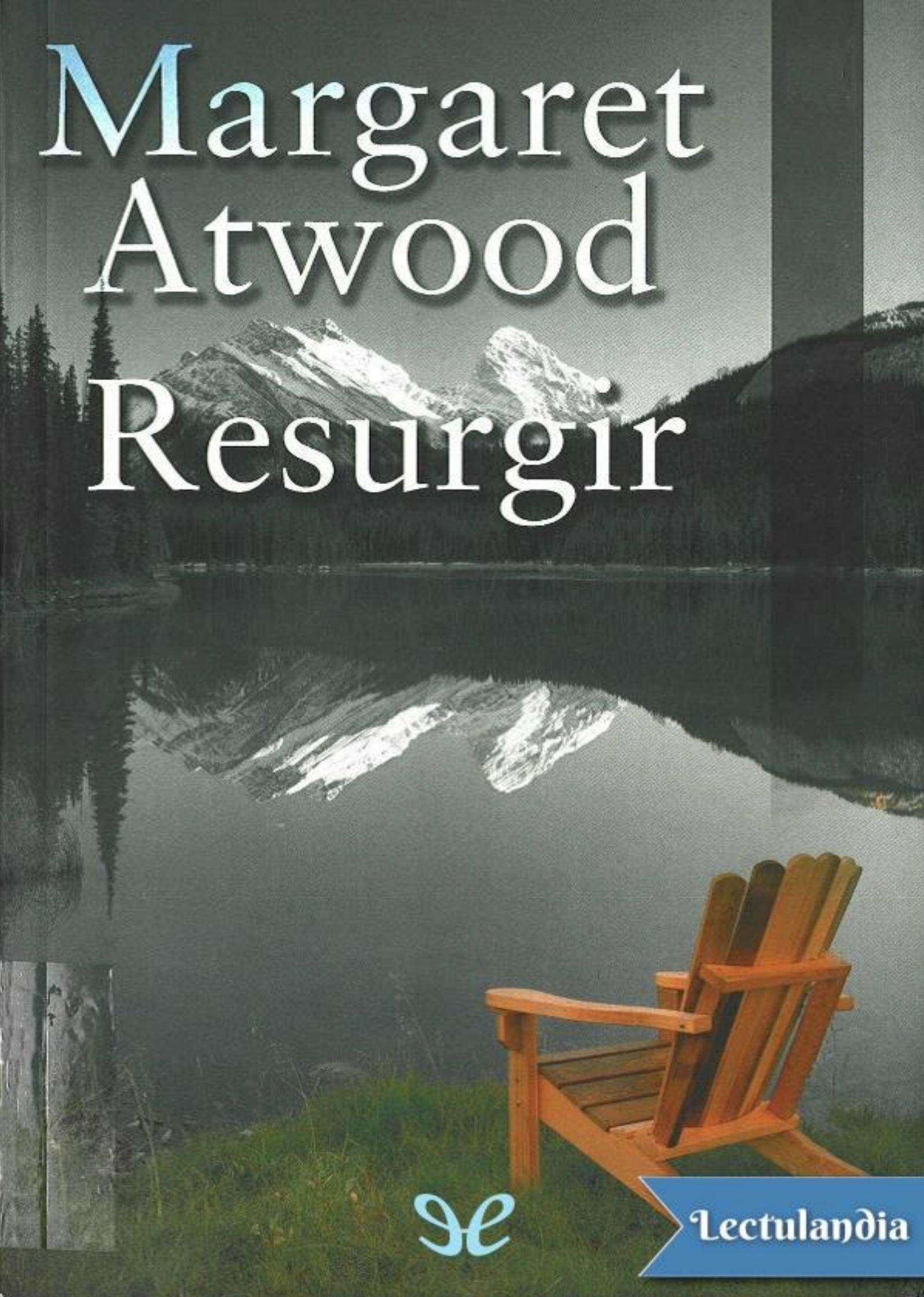


Margaret Atwood Resurgir



Lectulandia

Una artista canadiense, divorciada y sumida en una profunda crisis de identidad, regresa con su novio, Joe, a la cabaña familiar, en un lago al norte de Quebec. Les acompañan una pareja de amigos, David y Anna, que tratan de escapar del bullicio urbano buscando el sosiego de la naturaleza salvaje. Pero para la narradora el viaje tiene otro objetivo: encontrar a su padre, un botánico taciturno y solitario desde que enviudó. Trabaja para una papelería y ha desaparecido misteriosamente. Los siete días de convivencia en la cabaña, intentando hallar al padre, le descubrirán el trasfondo de sus acompañantes.

Lectulandia

Margaret Atwood

Resurgir

ePub r1.0

Ablewhite 20.06.16

Título original: *Surfacing*
Margaret Atwood, 1972
Traducción: Gabriela Bustelo

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

UNO

1

No puedo creer que me encuentre de nuevo en esta carretera llena de curvas que deja atrás el lago donde los abedules blancos se están muriendo, la enfermedad se va extendiendo desde el sur, y en el que observo que ahora alquilan hidroaviones. Sin embargo, esto sigue estando cerca de los límites de la ciudad; no la hemos atravesado, se ha agrandado lo suficiente como para tener una carretera de circunvalación, eso es tener éxito.

Nunca la había considerado una ciudad, sino como un punto de referencia, dependiendo de la dirección en que fuéramos; un amontonamiento de cobertizos y de casetas y una calle principal con un cine, el itz, el oyal, la R roja fundida, y dos restaurantes en los que se servían las mismas hamburguesas grisáceas cubiertas de salsa fangosa y guisantes de lata aguados y pálidos como ojos de pez, con patatas fritas empapadas de grasa. Pide un huevo escalfado, decía mi madre; por los bordes podrás saber si está fresco.

En uno de esos restaurantes, mi hermano, antes de que yo naciera, se metió debajo de la mesa y deslizó las manos de arriba abajo por las piernas de la camarera que nos servía la comida; esto ocurría durante la guerra, y ella llevaba medias de rayón naranja brillante; él nunca las había visto, mi madre no llevaba de esas. Otro año, atravesamos corriendo una acera, descalzos sobre la nieve, porque no teníamos zapatos, los habíamos roto durante el verano. Esa vez íbamos sentados en el coche con los pies envueltos en mantas, fingiendo estar heridos. Mi hermano decía que los alemanes nos habían volado los pies a tiros.

Pero ahora voy en otro coche, el de David y Anna; un monstruo pesado, adornado con aletas y rayas cromadas, que ha sobrevivido los últimos diez años. David tiene que meter la mano debajo del salpicadero para encender los faros. Dice que no pueden comprarse uno más nuevo, lo que probablemente es falso. Es un buen conductor, lo reconozco; a pesar de ello, apoyo la mano de fuera en la puerta para agarrarme y poder salir deprisa si hace falta. Ya he ido otras veces con ellos en el mismo coche, pero en esta carretera no estamos tan a gusto; alguien ocupa un lugar equivocado, o ellos tres o yo.

Voy en el asiento trasero con las mochilas; él, Joe, va sentado a mi lado mascando chicle y cogiéndome la mano, dos cosas que ayudan a pasar el rato. Examinó la mano: la palma es ancha, los dedos cortos se contraen y se relajan, juguetean con mi anillo de oro y le dan vueltas, es un gesto típico de él. Tiene manos de campesino, yo pies de campesina, eso nos dijo Anna. Ahora todo el mundo sabe hacer algo de magia; ella lee la mano en las fiestas, dice que sustituye a la conversación.

Cuando examinó la mía me preguntó:

—¿Tienes un hermano gemelo?

Respondí que no.

—¿Estás segura? —dijo—, porque algunas líneas las tienes dobles.

Las recorrió con el dedo índice:

—Tuviste una infancia feliz, pero aquí hay un corte raro.

Arrugó la frente y yo le manifesté que solo quería saber si iba a llegar a vieja, lo demás se lo podía saltar. Después nos dijo que las manos de Joe inspiraban confianza, pero carecían de sensibilidad, y yo me reí, lo cual fue un error.

De perfil, él parece el búfalo reproducido en la moneda americana de cinco centavos, greñado y chato de hocico, con ojos pequeños apretados y el aspecto indómito, pero también demencial, de una especie de toro en otro tiempo dominante y hoy en peligro de extinción. Así se considera destronado injustamente. En secreto, le gustaría que crearan una especie de parque para él, como un refugio para pájaros. Maravilloso Joe.

Advierte que lo estoy mirando y me suelta la mano. Luego se saca el chicle, lo envuelve en el papel plateado, lo mete en el cenicero y se cruza de brazos. Eso quiere decir que no tengo que observarlo. Miro hacia delante.

En las primeras horas de viaje avanzamos por una región de colinas lisas esmaltadas de vacas, árboles frondosos y esqueletos de olmos muertos, después entramos en la zona de coníferas y de tajos dinamitados en el granito gris y rosa, de endebles albergues para turistas y de carteles que indican LA PUERTA DEL NORTE; cuatro ciudades al menos proclaman serlo. El futuro está en el Norte fue, en otro tiempo, un eslogan político; cuando mi padre lo oyó, declaró que en el Norte solo existía, y no mucho, el pasado. Esté donde esté ahora, vivo o muerto, cosa que nadie sabe, ya no se dedica a hacer epigramas. No tienen derecho a envejecer. Envidia a las personas cuyos padres han muerto jóvenes; es más fácil recordarlos, permanecen sin haber cambiado. Yo estaba segura de que los míos se iban a quedar igual, podía irme y regresar mucho después y nada habría cambiado. Para mí era como si estuvieran viviendo en otro tiempo, dedicados a sus quehaceres, encerrados y seguros tras una pared translúcida como la gelatina, mamuts congelados en un glaciar. Lo único que tendría que hacer sería regresar cuando estuviera dispuesta, pero no hacía más que posponer ese momento, tendría que dar demasiadas explicaciones.

Estamos atravesando por el desvío que conduce a la fosa que excavaron los americanos. Desde aquí parece una cuesta inocente, cubierta de abetos, pero los gruesos cables eléctricos que atraviesan el bosque la delatan. Me habían dicho que se habían marchado, quizá se tratara de una artimaña; podían perfectamente continuar viviendo ahí dentro, los generales en los bunkers de cemento y los soldados rasos en apartamentos subterráneos con las luces siempre encendidas. No hay manera de comprobarlo porque no nos dejan entrar. La ciudad les invitó a quedarse, eran un buen negocio, bebían mucho.

—Ahí están los misiles —digo.

Estaban. No lo corrijo.

David dice: «Malditos cerdos yanquis fascistas», como si estuviera hablando del tiempo.

Anna no dice nada. Su cabeza reposa en el respaldo del asiento, las puntas de su fino pelo se alborotan por la corriente de la ventana lateral que no se cierra bien. Antes había cantado varias veces *La casa del sol naciente* y *Lili Marlene*; intentaba poner una voz gutural y profunda, pero le salía parecida a la de un niño ronco. David puso la radio, pero no encontraba nada, estábamos entre dos emisoras. Cuando ella iba por la mitad de *St. Louis Blues*, él empezó a silbar y ella paró. Es mi mejor amiga; la conozco desde hace dos meses.

Me inclino hacia delante y le digo a David:

—La casa de las botellas está a la izquierda, después de la primera curva.

Él asiente, con una inclinación de la cabeza, y conduce más despacio.

Ya se lo he dicho antes, supongo que es el tipo de objeto que puede interesarles. Están rodando una película, Joe se encarga de la cámara; no lo ha hecho nunca, pero, como dice David, son los nuevos hombres del Renacimiento, aprenden por sus propios medios lo que necesitan saber. Ha sido, sobre todo, una idea de David, que se considera el director: ya tienen asignados los créditos. Quiere efectuar tomas de las cosas que vayan apareciendo, muestras tomadas al azar, las llama; ese va a ser también el título de la película: *Muestras tomadas al azar*. Cuando se les acaben los rollos de película (es todo lo que han podido permitirse; y la cámara es alquilada), van a ver lo que han conseguido y a reorganizarlo.

—¿Cómo puedes decidir lo que quieres filmar si no sabes de qué trata la película?

—pregunté a David cuando estaba describiéndola.

Me lanzó una de sus miradas de iniciado a novato.

—Si cierras así tu mente, lo estropearás todo —dijo—. Tienes que dejarla fluir.

Anna, que preparaba café junto al hornillo, dijo que todas las personas a las que conocía estaban haciendo una película, y David respondió que qué coño, que ese no era un motivo para que él fuera una excepción. Ella se excusó: «Tienes razón, perdona». Pero se ríe de la película a sus espaldas, la llama *Costras tomadas al azar*.

La casa está hecha con botellas de refrescos pegadas con cemento y con los culos verdes y marrones hacia fuera, colocadas en zigzag como los adornos que nos mostraban en el colegio para dibujar encima de las tiendas de campaña de los indios; alrededor tiene una valla hecha también de botellas, las marrones forman las letras de VILLA BOTELLA.

—Cojonudo —dice David.

Y se bajan del coche con la cámara.

Anna y yo los seguimos; nos desperezamos, y Anna enciende un cigarrillo. Lleva una túnica morada y un pantalón blanco de campana, que se ha manchado con el lubricante del coche. Le dije que sería mejor que se pusiera vaqueros o algo así, pero cree que la hacen parecer gorda.

—¿Quién lo habrá hecho?, Dios, ¡qué cantidad de trabajo! —exclama ella.

Pero yo no sé nada de la casa, excepto que lleva ahí toda la vida, en medio de un pantano de abetos negros enmarañados que la hacen aún más inverosímil,

monumento insensato a algún exiliado extraño o quizá a un recluso voluntario, como mi padre, que hubiera elegido este pantano por ser el único lugar en el que puede realizar su sueño de toda la vida, vivir en una casa hecha de botellas.

Dentro de la valla hay un intento de césped ribeteado con matas de caléndulas naranja.

—Genial —dice David—. Chulísimo.

Rodea con el brazo a Anna y la abraza durante un instante para demostrarle su alegría, como si ella misma fuera en parte responsable de Villa Botella. Volvemos a meternos en el coche.

Miro las ventanas laterales como si fueran una pantalla de televisión. No hay nada de lo que pueda acordarme antes de llegar a la frontera, indicada con un cartel que lleva la inscripción BIENVENUE^[1] por un lado y WELCOME por el otro. El cartel tiene marcas de balas y los bordes oxidados de rojo. Siempre los ha tenido así; en otoño los cazadores lo utilizan para hacer prácticas de tiro; por muchas veces que lo cambien o pinten, las marcas vuelven a aparecer, como si se rigieran por una especie de lógica interna o por una infección, como moho o forúnculos.

Joe quiere filmar el cartel, pero David dice: «¿Para qué?».

Ahora estamos en mi propia tierra, en territorio extranjero. Se me agarrota la garganta, como me pasa desde que descubrí que la gente podía pronunciar palabras que entraban en mis oídos desprovistas de sentido. Ser sordomuda resultaría más fácil. Esas tarjetas que te enseñan con el alfabeto manual cuando quieren una moneda de veinticinco centavos. Aun así, habría que aprender a deletrearlo.

El primer olor es el del aserradero, del serrín, hay montículos en el almacén junto a las tablas de madera apiladas. La madera para pasta de papel se destina a otro lugar, al molino de papel. Los troncos más grandes quedan aprisionados en una barrera flotante en el río formando un anillo encadenado que entrechoca con los troncos que quedan libres dentro. Así, llevados por la corriente, avanzan por el río, metiendo un estruendo infernal, hasta el aserradero. Eso no ha cambiado. El coche pasa por debajo y, después de subir por una curva, entra en la diminuta ciudad manufacturera, bien organizada, con parterres y una fuente del siglo XVIII en el centro, delfines de piedra y un querubín al que le falta una parte de la cara. Parece una imitación pero quizá sea auténtica.

Anna dice:

—¡Hala, qué fuente tan grande!

—Todo este tinglado tiene que ver con la compañía —digo yo.

Y David dice:

—Malditos cabrones capitalistas —y empieza a silbar otra vez.

Le digo que gire a la derecha, y gira. La carretera debería estar aquí, pero en su lugar hay un cartel ajedrezado con abolladuras. El camino está cortado.

—¿Y ahora qué? —dice David.

No hemos traído un mapa porque estaba segura que no lo íbamos a necesitar.

—Voy a tener que preguntar —digo.

Así que él da marcha atrás y avanzamos por la calle principal hasta que llegamos a la tienda de la esquina, con los típicos caramelos y revistas.

—Se refiere usted a la carretera antigua —dice la mujer, que solo tiene un ligero acento—. Lleva años cortada; ahora tienen que utilizar la nueva.

Pido cuatro cucuruchos de helado de vainilla porque se supone que para poder preguntar hay que comprar algo. La mujer hunde la cuchara en el cilindro de cartón. Antes, el helado venía envuelto en unos papeles que se quitaban como una corteza, y los tronquitos cremosos se metían en los cucuruchos con el dedo pulgar. Pero este sistema ha debido de quedarse anticuado.

Vuelvo al coche y explico a David por dónde se va. Joe dice que le gusta más el chocolate.

Nada es como antes. Ya no conozco el camino. Deslizo la lengua por el helado, intentando concentrarme en él —ahora le ponen algas—, pero estoy empezando a temblar. ¿Por qué han hecho una nueva carretera? Deberían haberlo impedido. Quiero dar media vuelta y volver a la ciudad y no descubrir nunca lo que ha pasado. Me voy a poner a llorar, pero eso sería horrible; ninguno de ellos sabría qué hacer y yo tampoco. Muerdo el cucurucho y durante un instante no siento nada más que el dolor afilado como un cuchillo que me invade por un lado de la cara. Anestesia: he ahí una técnica; si te duele algo, invéntate otro dolor distinto. Ya estoy bien.

David termina su helado, tira la punta con sabor a cartón por la ventanilla y arranca el coche. Pasamos por una parte que le ha crecido a la ciudad desde la última vez que estuve aquí, con bungalós cuadrados recién construidos, iguales que los de la ciudad, excepto por el ribete rosa y azul pastel, y más allá unas cuantas casetas oblongas de cartón alquitranado y tablones desnudos. Un grupo de niños juega en el barro húmedo que sustituye a los jardines de césped; la mayoría de ellos van vestidos con ropas demasiado grandes que les hacen parecer atrofiados.

—Deben de follar mucho aquí —dice Anna—; apuesto a que es por lo de la Iglesia^[2]. —Después dice—: ¿A que soy tremenda?

David dice:

—El auténtico Norte fuerte y libre.

Más allá de las casas, dos niños mayores, con rostros cetrinos, ofrecen latas a los coches. Frambuesas quizá.

Llegamos a la gasolinera donde la mujer ha dicho que giremos a la izquierda y David da un gruñido de alegría: «Por Dios, mira eso». Y se bajan en tropel como si lo que han visto se les fuera a escapar si no se dan prisa. Lo que ha atraído su atención son tres alces disecados que hay en una tarima junto a los surtidores: llevan trajes y están levantados sobre las patas traseras; un padre alce con una trinchera y una pipa en la boca, una madre alce con un vestido estampado y un sombrero de flores y un niño alce con pantalones cortos, un jersey a rayas y una gorra de béisbol, agitando una bandera americana.

Anna y yo les seguimos. Me acerco a David por detrás y le digo:

—¿No necesitas gasolina?

No debería aprovecharse de los alces sin pagar; son como los aseos, están aquí para atraer a los clientes.

—¡Uy, mira! —dice Anna llevándose una mano a la boca—, hay otro en el tejado.

Y lo hay; una niña alce que lleva una falda de volantes, una peluca rubia con coletas y una sombrilla roja en la pezuña. La filman también. El dueño de la gasolinera, en camiseta tras el cristal de su garita, nos mira receloso a través de una capa de polvo.

Cuando volvemos al coche digo como si me estuviera defendiendo:

—Esos no estaban ahí antes.

La cabeza de Anna se gira; mi voz debe de sonar rara.

—¿Antes de qué? —dice.

La carretera nueva es lisa y recta, con carriles separados por una línea en medio. Ya está empezando a tener sus señas de identidad: unos cuantos anuncios, un crucifijo en el arcén con un Cristo de madera que tiene las costillas marcadas: el dios ajeno, tan misterioso para mí como siempre. A sus pies hay un par de frascos de mermelada con flores, margaritas y vellosillas rojas y blancas, que se pueden secar, minutisas, siempre vivas; debe de haber habido ahí un accidente de coche.

A intervalos nos atraviesa la carretera antigua; era de tierra, llena de baches y socavones, y se adaptaba al paisaje, subiendo y bajando las colinas y rodeando las cuestas y rocas. Ellos siempre la recorrían lo más deprisa posible, su padre conocía cada centímetro y era capaz de seguirla (según decía) con los ojos cerrados, que era lo que muchas veces parecían estar haciendo, traqueteando al pasar las señales que decían PETITE VITESSE y cayendo en picado al bajar las cuestas, como si fueran ascensores, y rozando los acantilados al pasar, GARDEZ LE DROIT, con grandes bocinazos; los demás, agarrotados dentro del coche, se mareaban más y más a pesar de los caramelos Lifesavers^[3] que les repartía su madre, y finalmente vomitaban agotados en la cuneta de la carretera, sobre ásteres azules y adelfillas rosa, si lograba parar a tiempo, o por la ventana del coche si no lo conseguía, o en bolsas de papel —preveía las emergencias— si tenía prisa y se negaba a parar.

Esto no funciona. No puedo llamarles «ellos» como si fueran la familia de otra persona: tengo que evitar contar esa historia. Pero a pesar de todo, ver la carretera antigua serpenteando a lo lejos entre los árboles (sus surcos y rastros, invadidos ya por la hierba y los árboles jóvenes, pronto habrán desaparecido) me impulsa a meter la mano en el bolso para sacar los Lifesavers que he traído. Pero ya no hacen falta, a pesar de que la carretera nueva pasa del asfalto a la gravilla («Han debido elegir al tío equivocado en las últimas elecciones», bromea David) y de que el olor familiar a polvo de carretera que humea detrás y alrededor de nosotros se mezcla con el olor a gasolina y tapicería del coche.

—Creía que habías dicho que esta parte iba a estar mal —dice David por encima

de su hombro—; no es para tanto.

Ya estamos casi en el pueblo. Las dos carreteras se unen aquí, pero ampliadas — roca dinamitada, árboles derribados con una excavadora, raíces al aire, agujas de pino enrojecidas—, más allá del muro liso de roca donde pintan eslóganes electorales y los vuelven a pintar, unos borrosos y desfigurados, otros de color amarillo y blanco reciente, VOTEZ GODET, VOTEZ OBRIEN, junto a corazones, iniciales, palabras y anuncios, THÉ SALADA, CASAS DE CAMPO BLUE MOON A ½ MILLA, QUÉBEC LIBRE, JÓDETE, BUVEZ COCA COLA GLACÉ, JESÚS TE SALVA; una mezcolanza de peticiones e idiomas; su radiografía revelaría la historia completa de la región.

Pero han hecho trampa; llegamos demasiado pronto y me siento despojada de algo, como si, para tener acceso pleno a este lugar, me fuera necesario sufrir; como si el lago, que percibimos ahora, de una calma y un azul redentores, debiera ser visto, la primera vez, a través de las lágrimas y de una neblina de vómito.

2

Trastabillamos bajando la última cuesta, con la grava rebotando en los bajos del coche, y de repente surge una cosa que supuestamente no debía estar aquí. MOTEL, BAR BIÈRE CERVEZA, se lee en el cartel, agrandado por la luz del neón. Pero el esfuerzo resulta vano, no hay coches aparcados fuera y está colgado el cartel de HABITACIONES DISPONIBLES. El edificio es como el de cualquier otro motel barato, estuco alargado y gris con puertas de aluminio; la tierra de alrededor, que sigue estando apelmazada y cruda, aún no ha sido avasallada por los hierbajos de la carretera.

—Vamos a comprar unas cuantas —dice David a Joe; ya ha hecho girar el coche.

Nos dirigimos hacia la puerta, pero entonces me detengo; es el mejor lugar donde dejarles y decir:

—Entrad vosotros y tomaos una cerveza o lo que os apetezca; yo vuelvo en media hora o así.

—Bueno —dice David, sabiendo lo que le conviene evitar.

—¿Quieres que vaya contigo? —Se ofrece Joe; pero cuando digo «no» el alivio se trasluce a través de su barba.

Los tres desaparecen por la puerta mosquitera del bar y yo bajo lo que queda de la cuesta.

Les tengo cariño, confío en ellos; no se me ocurre nadie a quien quiera más, pero ahora mismo me gustaría que no estuvieran aquí. Aunque son necesarios: el coche de David y Anna era la única forma de transporte de que disponía; no hay autobús ni tren y yo nunca hago autostop. Me están haciendo un favor, que han disimulado fingiendo que les parece divertido, que les gusta viajar. Pero el motivo por el que estoy aquí les desconcierta, no lo entienden. Todos han renegado de sus padres hace tiempo, como se supone que se debe hacer: Joe nunca menciona a su madre y a su padre, Anna dice que los suyos eran personas inútiles y David los llama Los Cerdos.

Aquí hubo un puente cubierto en algún momento, pero estaba demasiado al norte para ser pintoresco. Lo derribaron tres años antes de marcharme yo, para mejorar la presa, y lo sustituyeron por el puente de cemento que está aquí ahora, enorme, monumental, que hace parecer pequeño al pueblo. Es la presa que controla el lago: hace sesenta años elevaron el nivel de este para que cuando quisieran hacer salir los troncos por el estrecho cauce del río hasta la fábrica tuvieran suficiente potencia hidráulica. Pero aquí ya no talan muchos árboles. Unos cuantos hombres se ocupan del mantenimiento del ferrocarril, un tren de mercancías al día; un par de familias llevan las tiendas, la pequeña donde antes hablaban inglés, la otra donde se negaban a hablarlo. El resto vive de los turistas, empresarios cuyas camisas a cuadros aún mantienen los dobleces de su envoltorio de celofán, y sus mujeres, que vienen, se sientan de dos en dos en los porches con mampara contra las moscas en las cabañas de una sola habitación y se cuentan sus penas mientras los hombres se divierten

pescando.

Me detengo para apoyarme en la barandilla del lado del río. Las compuertas están abiertas, los rápidos, con espumarajos de color marrón, ruedan por encima de las rocas; el sonido es impetuoso. El sonido es una de las primeras cosas que recuerdo; ahí fue cuando les avisé. Era de noche, yo estaba tumbada en el fondo de la canoa; acababan de salir del pueblo, pero se había formado una niebla densa, tan densa que casi no veían el agua. Encontraron la costa y la fueron siguiendo; el silencio era total, oían lo que les parecía el aullido de los lobos, amortiguado por el bosque y la neblina; eso quería decir que habían tomado la dirección correcta. Entonces se oyó el ruido torrencial de los rápidos y vieron dónde estaban justo cuando les atrapó la corriente. Iban en sentido inverso, los aullidos eran los de los perros del pueblo. Si la canoa hubiera volcado, habríamos muerto, pero ellos estaban tranquilos, no actuaban como si estuvieran en peligro; lo que a mí se me quedó grabado en la mente fue solo la blancura de la niebla, el silencio del agua en movimiento y el balanceo, la seguridad total.

Anna tenía razón. Yo había tenido una infancia feliz; me cogió justo en la mitad de la guerra, con noticiarios moteados de gris que nunca veía, bombas y campos de concentración, políticos rugiendo a las masas embutidos en sus uniformes, dolor y muerte inútil, banderas ondeando al ritmo de los himnos. Pero eso no lo supe hasta después, cuando mi hermano lo descubrió y me lo contó. Entonces parecía como si hubiera paz.

Ahora estoy en el pueblo, atravesándolo a pie, esperando a que me invada la nostalgia, a que el racimo de edificios anodinos irradie una luz interna como un belén eléctrico, como tantas veces en mi memoria; pero nada de esto ocurre. El pueblo no ha aumentado de tamaño; hoy en día los jóvenes probablemente se mudan a la ciudad. Las mismas casas de madera de dos pisos con capuchinas en los alféizares y tejados con esquinas cuadradas, cuerdas con coladas multicolores que penden de ellas como colas de cometa; aunque algunas de las casas son más graciosas y han cambiado de color. La iglesia blanca, que parece una casa de muñecas en la cuesta de piedra, está descuidada, la pintura desconchada y una ventana rota; el viejo cura debe de haberse ido. Lo que quiero decir es que habrá muerto.

Abajo, en la orilla, hay muchos barcos amarrados al muelle principal, pero no demasiados coches aparcados: más barcos que coches, lo que constituye una mala temporada. Intento decidir cuál de los coches es el de mi padre, pero al recorrerlos con la vista me doy cuenta de que ya no sé qué tipo de coche tendrá ahora.

Llego al desvío que lleva a casa de Paul, un camino de tierra lleno de baches y surcos de ruedas que cruza las vías del ferrocarril y continúa por un campo pantanoso, con troncos alineados uno junto a otro en las partes encharcadas. Unas cuantas moscas negras loaran alcanzarme; es julio y ha pasado la época de aparcamiento, pero, como siempre, queda alguna.

La carretera asciende y yo subo por ella, contemplando las partes traseras de las

casas que Paul construyó para su hijo, su yerno y su otro hijo, su clan. La de Paul fue la primera, amarilla con un reborde marrón, un diseño de granja achaparrada; aunque esto no es una zona de cultivo, sino, sobre todo, de piedras, la tierra, si se la encuentra, es fina y arenosa. Lo más que se ha acercado Paul a un granjero fue cuando tuvo una vaca, que desapareció con la leche embotellada. El cobertizo donde vivían ella y los caballos es hoy un garaje.

En el claro detrás de la casa descansan dos coches de 1950, uno rosa y otro rojo, levantados sobre bloques de madera, sin ruedas; esparcidos a su alrededor están los restos oxidados de coches más antiguos: como mi padre, Paul guarda todo lo que puede ser útil. La casa ha desarrollado una estructura puntiaguda como la aguja de una iglesia, hecha de piezas de coches antiguos soldados; encima de ella hay una antena de televisión, y en lo más alto un pararrayos.

Paul está en casa, en el huerto que hay al lado. Se endereza para mirarme, su cara curtida y más inexpresiva que nunca, como una maleta cerrada; no creo que sepa quién soy.

—*Bonjour, monsieur* —digo al llegar a la verja. Él da un paso hacia mí, aún cauteloso, y yo digo—: ¿No me recuerda? —Y sonrío.

Otra vez la sensación de estrangulamiento, de parálisis en la garganta; pero Paul habla inglés, ha estado fuera.

—Fue muy amable al escribir.

—Ah —dice, sin reconocermelo pero intentando deducir quién puedo ser—. *Bonjour* —y entonces él también sonrío.

Junta las manos delante del cuerpo como un cura o un mandarín de porcelana; no dice nada más. Nos quedamos ahí de pie uno a cada lado de la verja, nuestras caras petrificadas pero cordiales, las bocas adornadas de paréntesis, hasta que yo digo:

—¿Él ha vuelto ya?

Al oír esto su barbilla se desploma, su cabeza se bambolea sobre el cuello.

—Ah, no. —Mira de reojo, acusador, a un patatal cercano a su pie izquierdo. Luego la cabeza se le endereza de golpe y dice alegremente—: Aún no, ¿eh? Pero puede que pronto. Tu padre conoce bien el bosque.

Madame ha aparecido en la puerta de la cocina y Paul habla con ella en ese francés sesgado y nasal que yo no sé interpretar porque solo aprendí unas cuantas palabras en el colegio. Canciones populares y villancicos y, a partir de los cursos superiores, pasajes memorizados de Racine y Baudelaire que aquí no me sirven de nada.

—Debes entrar —me dice— y tomar un té —y se inclina y abre el gancho de la verja de madera.

Avanzo hacia la puerta donde *Madame* me está esperando con los brazos tendidos en son de bienvenida, sonriendo y agitando la cabeza tristemente como si, a pesar de no tener yo ninguna culpa de nada estuviera condenada para siempre.

Madame prepara el té en un fogón eléctrico nuevo; una madona de cerámica azul

con un niño rosa cuelga encima; cuando entreví el fogón al pasar por la cocina me sentí traicionada; debería haber permanecido fiel a su horno de leña. Nos sentamos en el porche con mosquitera de cara al río, manteniendo en equilibrio nuestras tazas de té y meciéndonos uno junto al otro en tres mecedoras; me han dado el cojín comprado, que tiene una vista bordada de las cataratas del Niágara. El collie blanco y negro, al que yo tenía miedo, o tal vez su cría, está tumbado a nuestros pies encima de la alfombra trenzada.

Madame, que tiene la misma anchura de arriba abajo, lleva un vestido de falda larga y medias negras y un delantal estampado con un babero; Paul va con pantalones de cintura alta y tirantes, las mangas de franela remangadas. Estoy enfadada con ellos por parecerse tanto a unas esculturas de madera, esas de los lugareños que venden en las tiendas de artesanía para turistas; pero, por supuesto, ocurre lo contrario, son las esculturas las que se parecen a ellos. Me pregunto a qué pensarán ellos que me parezco yo; puede que mis vaqueros, mi sudadera y mi bandolera con flecos les parezcan raros, incluso inmorales, aunque estas cosas quizá sean más comunes en el pueblo desde que hay turistas y televisión; además, se me puede perdonar porque mi familia era, según decían, peculiar, aparte de *anglais*.

Levanto mi taza. Me están mirando ansiosamente: es imprescindible que mencione el té.

—*Tres bon* —consigo decir dirigiéndome hacia *Madame*—. *Délicieux*.

La duda me asalta, *thé* quizá sea femenino.

Lo que estoy recordando son las visitas que nuestra madre se veía obligada a hacer a *Madame* mientras nuestro padre visitaba a Paul. Mi padre y Paul se quedaban fuera, hablando de barcos, de motores, de incendios forestales o de una de sus expediciones, y mi madre y *Madame* se quedaban dentro en las mecedoras (mi madre con el cojín de las cataratas del Niágara), intentando con mucha buena voluntad entablar conversación. Ninguna de las dos sabía más de dos palabras del idioma de la otra, y después de los *bonjour* iniciales ambas alzaban inconscientemente la voz como si hablaran con una persona sorda.

—*Il fait beau* —gritaba mi madre, hiciera el tiempo que hiciera, y *Madame*, con una sonrisa forzada, decía:

—*Pardon? Ah, il fait beau, oui, il fait beau, ban oui.*

Cuando llegaban con esfuerzo al final, las dos reflexionaban desesperadamente, meciendo las sillas.

—¿Usted cómo está? —gritaba *Madame*, y mi madre, después de descifrarlo, decía:

—Bien, estoy bien. —Luego repetía la pregunta—: ¿Y usted cómo está, *Madame*?

Pero *Madame* no tenía respuesta y las dos, aún sonriendo, miraban furtivamente a través del mosquitero para ver si los hombres venían a rescatarlas.

Mientras tanto mi padre estaría dando a Paul las calabazas y las judías verdes que

había traído de su huerto y Paul estaría correspondiendo con tomates o lechugas del suyo. Puesto que en sus huertos se cultivaban los mismos productos, este intercambio de verduras era puramente ritual: una vez que había tenido lugar, sabíamos que la visita había terminado oficialmente.

Madame está ahora removiendo su té y suspirando. Dice algo a Paul, y Paul le contesta:

—Tu madre era una buena mujer; *Madame* dice que es muy triste; tan joven además.

—Sí —digo yo.

Mi madre y *Madame* eran más o menos de la misma edad y nadie llamaría joven a *Madame*; pero mi madre nunca se puso gorda como ella.

Fui a verla al hospital, donde solo permitió que la llevaran cuando ya no podía andar; uno de los médicos me lo contó. Debí de disimular el dolor durante semanas, engañando a mi padre para hacerle creer que solo tenía uno de sus habituales dolores de cabeza; era una de sus típicas mentiras. Odiaba los hospitales y los médicos; debió darle miedo que quisieran experimentar con ella, mantenerla viva mientras pudieran con tubos y jeringas, aunque lo suyo era eso que llaman terminal, como ocurre siempre cuando es de cabeza; y al final fue justo lo que hicieron.

La mantenían a base de morfina; decía que había telarañas flotando en el aire delante de ella. Estaba muy delgada, mucho más envejecida de lo que yo jamás hubiera creído posible; la piel tensa sobre la nariz curva en forma de pico, las manos sobre la sábana contraídas como garras de pájaro en torno a una percha. Me oteaba con ojos azules y vacíos. Quizá no supiera quién era yo: no me preguntó por qué me había marchado ni dónde había estado, aunque quizá no lo hubiera preguntado en ningún caso, por pensar, como siempre había pensado, que las preguntas personales son de mala educación.

—No voy a ir a tu funeral —dije.

Tenía que acercarme a ella; no oía por uno de sus oídos. Quería que lo entendiera por anticipado, y que lo aprobara.

—Nunca me han divertido —respondió recalcando cada palabra—. Hay que ponerse sombrero. No me gusta el alcohol.

Debía de estar hablando de una misa o de un cóctel. Levantó la mano despacio, como si estuviera metida en agua, y se tocó la coronilla; tenía un penacho de pelo blanco tieso.

—No he metido los bulbos dentro de casa. ¿Hay nieve fuera?

En la mesilla de noche, cerca de las flores, de los crisantemos, vi su diario; escribía uno todos los años.

Lo único que registraba era el clima y el trabajo hecho ese día: ni reflexiones, ni emociones. Se refería a él cuando quería comparar los años, decidir si la primavera se había retrasado o adelantado, si había sido un verano húmedo. Me indignaba verlo en ese cuarto sin ventanas donde era inútil; esperé hasta que tuvo los ojos cerrados y me

lo metí en el bolso. Al salir lo hojeé; pensé que podía haber algo sobre mí, pero excepto las fechas, las páginas estaban en blanco; lo había abandonado hacía meses.

—Haz lo que mejor te parezca —dijo con los ojos cerrados—. ¿Hay nieve?

Nos mecemos un poco más. Quiero preguntar a Paul sobre mi padre, pero debería empezar él; debe de tener noticias que darme. Quizá lo esté eludiendo; o quizá esté siendo discreto, esperando hasta que yo esté preparada. Finalmente digo:

—¿Qué le pasó?

Paul se encoge de hombros.

—Nada, que se ha ido —dice—. Voy un día a verle, la puerta está abierta, los barcos están ahí, me digo que se habrá ido a un sitio cercano y espero un rato. Al día siguiente vuelvo; todo igual, empiezo a preocuparme. ¿Dónde está? No lo sé. Así que te escribo, él ha dejado tu *caisse postale* y las llaves, cierro todo. Su coche está aquí, conmigo.

Señala, con un gesto, hacia la parte de atrás, al garaje. Mi padre se fiaba de Paul, decía que Paul sabía construir de todo y arreglarlo todo. Una vez se quedaron atrapados en una tormenta de tres semanas. Mi padre dijo entonces que si logras pasar tres semanas en una tienda de campaña húmeda con un hombre sin matarlo ni que él te mate a ti, quiere decir que es un buen hombre. Paul le justificaba su propio ideal de vida sencilla; pero en Paul ese anacronismo le había sido impuesto; él jamás lo había elegido.

—¿Ha mirado en la isla? —le digo—. Si los barcos están ahí no puede haberse ido de la isla.

—He mirado, claro —dice Paul—. Se lo cuento a la policía que hay bajando la calle, buscan un poco por todas partes, pero nadie encuentra nada. ¿Tu marido ha venido también? —pregunta sin venir a cuento.

—Sí, está aquí —digo, dejándome arrastrar instintivamente por mi mentira.

Lo que quiere decir es que de esto debería estar encargándose un hombre. Joe sirve como suplente. Mi estatus es un problema. Evidentemente creen que estoy casada. Pero estoy a salvo. Todavía llevo mi anillo. Nunca lo tiré; siempre es útil con las caseras. Envié una postal a mis padres después de la boda, deben de habérselo comentado a Paul; eso sí, pero el divorcio no. No forma parte del vocabulario de aquí, y no hay por qué disgustarles.

Estoy esperando a que *Madame* pregunte por el niño. Estoy preparada, atenta; le diré que lo he dejado en la ciudad; eso sería absolutamente cierto, solo que en una ciudad diferente; está mejor con mi manilo, con mi anterior marido.

Pero *Madame* no lo menciona; alza otro terrón de azúcar de la bandeja que tiene al lado. Entonces él hace irrupción frente a mí. En una cafetería, no de ciudad sino de carretera, de camino hacia algún sitio o de vuelta de él, pero con un fin preciso, tal vez un reencuentro. Él quita el envoltorio publicitario al azúcar y deja caer un terrón en la taza, yo estoy hablando y su boca se vuelve indulgente, debe de haber sido antes del niño. Sonríe y yo sonrío también, pensando en la rodaja de pepinillo clavada en la

parte de arriba de su sándwich-club. Una placa histórica redonda, en la pared de un supermercado o en un aparcamiento, indicando el lugar donde antes hubo un edificio en el que una vez sucedió un acontecimiento de poca importancia, ridículo. Pone su mano encima de la mía, eso lo intenta a menudo, pero es fácil librarse de él; cada vez más fácil. No tengo tiempo para dedicarle; cambio de problema.

Bebo un sorbo de té y me balanceo; a mis pies el perro se despereza, el lago de debajo se agita con el viento que se está levantando. Entonces, mi padre simplemente ha desaparecido, se ha esfumado. Cuando recibí la carta de Paul —«Tu padre se ha ido, nadie lo ha encontrado»— me pareció increíble, pero parece que es verdad.

Antes había un barómetro en la pared del porche, una casa de madera con dos puertas y un hombre y una mujer que vivían dentro. Cuando iba a hacer buen tiempo, la mujer, con su falda larga y delantal, salía por la puerta; cuando iba a llover ella entraba y el hombre salía, llevando un hacha. La primera vez que me lo explicaron pensé que ellos controlaban el clima, en vez de solo responder ante él. Mis ojos buscan la casa ahora, necesitaría una predicción, pero no está.

—Creo que voy a bajar al lago —digo.

Paul levanta las manos, las palmas hacia arriba.

—Ya hemos mirado dos o tres veces.

Pero debe de haberseles escapado algo, intuyo que será diferente si busco por mi cuenta. Probablemente, cuando lleguemos, mi padre habrá vuelto de donde haya estado y estará sentado en la cabaña esperándonos.

De vuelta al motel me desvío hacia la tienda, esa en la que se supone que hablan inglés: vamos a necesitar algo de comida. Subo los escalones de madera y paso junto a un chucho soñoliento, greñado como una fregona, atado al porche con un trozo de cuerda para tender la ropa. La puerta mosquitera tiene un picaporte donde pone CIGARRILLOS BLACK CAT; la abro y me dejo invadir por el olor a tienda, por ese aroma dulzón y esquivo que exhalan los paquetes de galletas y los refrescos azucarados del congelador. Durante un tiempo estuvo aquí la estafeta de correos, con el cartel que llevaba estampado sobre un escudo de armas del gobierno: DEFENSE DE CRACHER SUR LE PLANCHER.

Detrás del mostrador hay una mujer aproximadamente de mi edad, pero con pechos moldeados por un sujetador y un leve bigote castaño; en el pelo tiene rulos cubiertos de una redecilla rosa y lleva pantalones y un jersey sin mangas. El viejo cura se ha marchado definitivamente; desaprobaba los pantalones; las mujeres tenían que ponerse prudentes faldas largas y medias oscuras y llevar los brazos cubiertos en misa. Los pantalones cortos iban contra la ley, y muchas de ellas vivieron toda su vida junto al lago sin aprender a nadar porque les daba vergüenza ponerse traje de baño.

La mujer me mira, curiosa pero sin sonreír, y los dos hombres, aún con el pelo cortado a lo Elvis Presley, cola de pato por atrás y mechones engominados que forman un rizo en la frente, dejan de hablar y me miran también; siguen con los codos encima del mostrador. Dudo: puede que la tradición haya cambiado, puede que ya no hablen inglés.

—*Avez-vous du viande haché?* —le pregunto, sonrojándome por mi acento.

Ella sonrío entonces y los dos hombres sonrían también, no a mí sino uno al otro. Me doy cuenta de que he cometido un error, debía haber fingido ser americana.

—*Ambujuej*, ah, sí. Tenemos muchas. ¿Cuántas hamburguesas? —pregunta pronunciando la r despreocupadamente para demostrar que puede hacerlo bien si quiere. Esta es tierra fronteriza.

—Medio kilo, no, un kilo —digo, sonrojándome aún más por haber sido descubierta tan fácilmente; se están riendo de mí y no sé cómo hacerles saber que comparto la broma. Además, estoy de acuerdo con ellos, si vives en un sitio tienes que hablar su idioma. Pero no es aquí donde yo vivía.

La mujer golpea con un cuchillo de carnicero un bloque de carne congelada, lo pesa.

—*An kilou* —dice parodiando mi acento escolar.

Los dos hombres se ríen por lo bajo. Me consuelo recordando a un representante del gobierno que asistió a la inauguración de una galería en la que se exponían objetos de artesanía, tapices de cuerdas, manteles individuales trenzados, juegos de desayuno de cerámica; Joe quería ir para poder mostrarse ofendido por no haber sido

invitado a ella. El hombre parecía ser un agregado cultural o algo así, un embajador; le pregunté si conocía esta parte del país, mi parte, pero sacudió la cabeza y dijo: «*Des barbares...* No son personas civilizadas». En aquel entonces, aquello me indignó.

Cojo un insecticida en *spray* para los demás, también huevos y beicon, pan y mantequilla, latas variadas. Todo es más caro aquí que en la ciudad; ya nadie tiene gallinas, ni vacas ni cerdos, todo se importa de zonas más fértiles. El pan viene *tranchéen* envoltorios de papel encerado.

Me gustaría salir por la puerta sin volverme, no quiero que me miren desde atrás; pero me obligo a mí misma a andar lentamente hacia delante.

Antes solo había una tienda. Estaba en la parte delantera de una casa, llevada por una anciana también llamada *Madame*: ninguna de las mujeres tenían nombre entonces. *Madame* vendía a un centavo unos caramelos color caqui que teníamos prohibido comer, pero su principal fuente de poder provenía de que solo tenía una mano. Su otro brazo terminaba en un suave hocico rosa como la trompa de un elefante y rompía el cordel de los paquetes envolviéndoselo alrededor del muñón y tirando. Este brazo desprovisto de mano era para mí un gran misterio, casi tan perturbador como Jesús. Quería saber cómo había perdido la mano (quizá se la había arrancado ella misma) y dónde estaba ahora, y sobre todo si mi propia mano podría acabar desapareciendo así; pero nunca lo pregunté; sin duda, debía temer las respuestas. Al bajar las escaleras, intento recordar cómo era el resto de ella, su cara, pero solo veo los potentes caramelos, inaccesibles en su relicario de cristal, y el brazo, confusamente milagroso, como los dedos de los pies de los santos o las partes cortadas a los primeros mártires, los ojos en una bandeja, los pechos seccionados, el corazón con letras brillantes como una bombilla a través del pulcro agujero pintado en el pecho: historia del arte.

Me encuentro a los demás en el pequeño cuarto más bien frío bautizado como BAR; son los únicos clientes. Tienen seis botellas de cerveza y cuatro vasos en su mesa recubierta de formica naranja. Un chico con manchas en la piel y un corte de pelo como el de los hombres de la tienda, pero rubio, está sentado con ellos.

David me saluda con la mano cuando entro: está contento por algo.

—Tómame una cerveza —me dice—. Este es Claude; su padre es el dueño de este garito.

Claude se aleja taciturno, arrastrando los pies, para traerme una cerveza. Bajo la barra en sí hay un pez tosco de madera labrada con puntos rojos y azules, que posiblemente represente una trucha moteada; sobre su espalda arqueada soporta el mostrador de falso mármol. Encima de la barra hay un televisor, apagado o roto, y la consabida imagen: un marco de arabescos dorados con la foto ampliada de un arroyo con árboles y cascadas y un hombre pescando. Es una imitación de otros sitios, más sureños, que constituyen ellos mismos imitaciones, el recuerdo distorsionado que tendría alguien del refugio de caza de un caballero inglés del siglo XIX, de esos con

cabezas disecadas y muebles hechos con astas de ciervo. La reina Victoria tenía una colección así. Pero si es lo que gusta, ¿por qué no van a hacerlo ellos?

—Claude nos ha contado que el negocio va mal este año —dice David—, porque se ha corrido la voz de que el lago se ha quedado sin peces. Se van a otros lagos; el padre de Claude los lleva en su hidroavión, genial, ¿eh? Aunque dice que unos hombres salieron en primavera con una red de pesca y que aquí abajo los hay de todas clases, grandes de verdad, pero que se están volviendo demasiado listos.

Da vid está empezando a hablar con su acento paleta; lo hace de broma; es una parodia de sí mismo, de cómo dice que hablaba en los años cincuenta cuando quería ser cura y vendía Biblias de puerta en puerta para pagarse el seminario teológico: «Oiga, señora, ¿quiere comprar un libro guarro?». Aunque ahora parece un deje inconsciente, puede que lo esté haciendo por Claude, para dejar claro que él también es un hombre del pueblo. O quizá sea un experimento sobre comunicación; eso es lo que enseña, de noche, en el mismo sitio donde trabaja Joe; es un programa de Educación para Adultos. David lo llama Vegetación Adulta; consiguió el trabajo porque en otro tiempo fue locutor de radio.

—¿Hay noticias? —murmura Joe con un tono neutral para indicar que preferiría que yo me abstuviera de exteriorizar alguna reacción, fuera la que fuera.

—No. Nada distinto —digo yo en tono tranquilo.

Quizá era esa expresión sosegada lo que le gustaba de mí; algo de eso debía haber, aunque no lograba reconstruir nuestro primer encuentro. Ahora sí puedo: fue en una tienda, yo estaba comprando unos pinceles nuevos y una lata de *spray* fijador. Él dijo: «¿Vives por aquí?», y fuimos a la esquina a tomar un café, aunque yo tomé un Seven Up. Lo que le impresionó esa vez, como dijo después, fue la pachorra con que me quitaba la ropa y me la volvía a poner, muy tranquilamente, como si no sintiera ninguna emoción. Pero realmente no la sentía.

Claude vuelve con la cerveza, yo digo «Gracias», levanto la vista hacia él y su cara se disuelve y se recompone; tenía unos ocho años la última vez que yo estuve aquí; vendía gusanos en latas oxidadas a los pescadores junto al muelle principal. Ahora está inquieto, se da cuenta de que yo le reconozco.

—Me gustaría bajar al lago un par de días —digo a David, porque el coche es suyo—. Me gustaría echar un vistazo por ahí, si no es un problema.

—Genial —dice David—, voy a hacerme con uno de esos peces inteligentes.

Ha traído una caña de pescar prestada, aunque yo le había avisado de que quizá no tuviera oportunidad de usarla: si era verdad que mi padre había aparecido, nos íbamos a marchar sin hacerle saber que habíamos estado aquí. Si está a salvo, no quiero verle. No viene a cuento, nunca me perdonaron, no entendieron lo del divorcio; no creo que ni siquiera entendieran lo del matrimonio, cosa no tan sorprendente, ya que no lo entendía ni yo misma. Lo que les molestó fue la forma en que lo hice, tan repentinamente, y luego la huida y el abandono de mi marido y de mi hijo y mis bonitas ilustraciones de revista a todo color, idóneas para enmarcarlas.

Dejar a mi hijo, ese era el pecado imperdonable; era inútil intentar explicarles por qué no era realmente mío. Pero admito que fui idiota; la idiotez es igual que la maldad, a juzgar por los resultados, y yo no tenía excusas; nunca se me han dado bien. A mi hermano sí, se las inventaba por adelantado, antes de las transgresiones; esa es la manera lógica de actuar.

—¡Ay, Dios! —dice Anna—, David se cree un gran cazador blanco.

Le está tomando el pelo, lo hace mucho; pero él no la oye; se está levantando. Claude se lo va a llevar para sacarle un permiso, parece que es él quien se encarga de eso. Cuando David vuelve, tengo ganas de preguntarle cuánto ha pagado, pero está demasiado contento y no quiero estropearlo. Claude también está contento.

Averiguamos por Claude que podemos contratar a Evans, el dueño de las Cabañas Blue Moon, para que nos lleve al lago. Paul nos hubiera llevado gratis; se había ofrecido a hacerlo, pero a mí no me parecía bien. Además, estoy segura de que interpretaría mal la barba amorfa de Joe y el bigote y el peinado «Tres Mosqueteros» de David. Están de moda ahora, como los cortes de pelo militares, pero Paul puede pensar que son peligrosos, que revelan un espíritu contestatario.

David desliza el coche por la bifurcación, donde hay dos baches y una roca clavada en el centro que raspa los bajos del coche. Frenamos enfrente de la cabaña marcada como OFICINA; Evans, que está dentro, es un americano voluminoso y lacónico, con una camisa a cuadros, una gorra con visera y una gruesa chaqueta de punto con un águila en la espalda. Sabe dónde está la casa de mi padre; los guías mayores conocen todas las casas del lago. Se pasa la colilla del cigarrillo a la comisura de los labios y dice que él nos lleva; dieciséis kilómetros por cinco dólares; por otros cinco nos va a recoger dentro de cinco días, por la mañana. Eso nos dejará el resto del día para conducir de vuelta a la ciudad. Ha oído hablar de la desaparición, por supuesto, pero no la menciona.

—Un vejete enrollado, ¿eh? —dice David cuando ya estamos fuera.

Está pasándolo bien; esto le parece la realidad auténtica: una economía marginal y ancianos canosos, salidos directamente de esos trabajos fotográficos sobre la Depresión. Pasó cuatro años en Nueva York y le entró la inquietud política; fue durante los años sesenta, no sé bien cuándo. El pasado de mis amigos me resulta borroso y a ellos el de los demás también; cualquiera de nosotros podría tener amnesia durante años y el resto no se daría cuenta.

Una vez que David ha llevado el coche marcha atrás hasta el muelle Blue Moon, sacamos nuestras cosas, las mochilas con la ropa, las cámaras, la maleta Samsonite con toda mi carrera dentro, la media docena de gorras de béisbol de los Red Caps que le han dado en el motel y la bolsa de papel con comida. Nos instalamos como podemos en el barco, una lancha desvencijada de madera; Evans pone en marcha el motor y salimos lentamente. Las casas de veraneo están empezando a poblar esto; se propagan como el sarampión, será por la carretera asfaltada.

David se sienta enfrente, junto a Evans.

—¿Qué, se pesca mucho? —pregunta, campechano, cordial, astuto.

—Así asá, así asá —dice Evans, sin dar información gratis; luego pone el motor a tope y ya no oigo nada más.

Espero a que estemos en mitad del lago, en el momento adecuado miro por encima del hombro como hacía siempre y ahí está el pueblo, repentinamente distanciado y claro, las casas retrocediendo y agrupándose, la iglesia de un blanco deslumbrante sobre el oscuro de los árboles. La sensación que esperaba antes en vano llega ahora; la añoranza del país, de un lugar donde nunca he vivido; ya estoy lo suficientemente lejos; luego el pueblo se achica, pero es una ilusión óptica; estamos rodeando una punta de tierra, ahora queda detrás de nosotros.

Los tres estamos juntos en el asiento de atrás, Anna junto a mí.

—Esto es bueno —me dice, y su voz rechina por encima del rugido del motor—, es bueno que nos alejemos de la ciudad.

Pero cuando me vuelvo para contestar tiene lágrimas en la mejilla y me pregunto por qué; siempre está tan alegre. Luego me doy cuenta de que no son lágrimas, ha empezado a lloviznar. Los impermeables están en nuestras mochilas; no me había fijado en que el cielo se había nublado. Pero no nos vamos a mojar mucho; con este barco solo tardaremos media hora; antes, con barcos más grandes y motores rudimentarios, se tardaba entre dos y tres horas, dependiendo del viento. En la ciudad, la gente le decía a mi madre: «¿No tiene miedo? ¿Y si pasara algo?». Se referían al tiempo que se tardaría en llegar a un médico.

Tengo frío, encojo los hombros; me chispean gotas en la piel. La costa se despliega y se pliega de nuevo conforme avanzamos; a sesenta y cuatro kilómetros de aquí hay otro pueblo; en medio no hay nada más que una maraña enredada, cuevas bajas que se curvan al salir del agua, bahías que se ramifican, penínsulas que se convierten en islas, lenguas de tierra que conducen a otros lagos. En un mapa o en una fotografía aérea el dibujo del agua se irradia como una araña, pero en un barco solo ves una pequeña parte, la parte en la que estás.

El lago es traicionero; el tiempo cambia, el viento se levanta con rapidez; se ahoga gente todos los años, barcos muy cargados o pescadores borrachos se precipitan sobre los escollos a toda velocidad o sobre los trozos empapados de árboles viejos y medio podridos que flotan bajo la superficie; han quedado muchos de la serrería y de la época en que se aumentó el nivel del lago. Por los recodos es fácil perderse si no se han registrado los puntos de referencia; ahora los busco con la mirada, cuesta en forma de cúpula, pico con pino muerto, restos de troncos cortados asomando en un bajío. No me fío de Evans.

Pero de momento ha hecho bien los giros; estamos entrando en mi territorio; dos vueltas cortas y salimos por una vía entre orillas de granito a una bahía más ancha. La península está donde yo la dejé, abriéndose paso desde la costa de la isla con una casa que ni siquiera asoma entre los árboles, aunque yo sé dónde está; el camuflaje era una de las especialidades de mi padre.

Evans hace girar el barco en torno a la punta y reduce la marcha para acercarse al muelle. El muelle está inclinado, el hielo se lleva un poco de él cada invierno y el agua lo comba y pudre; lo han arreglado tantas veces que todos los materiales son distintos, pero es el mismo muelle del que se cayó mi hermano cuando se ahogó.

Lo tenían en un recinto de alambre que mi padre construyó para él; jaula grande o parque pequeño, con árboles, un columpio, rocas, un cajón de arena. La verja era demasiado alta para que trepara por ella, pero había una puerta y un día aprendió a abrirla. Mi madre estaba sola en casa; miró por la ventana, para echarle un vistazo, y ya no estaba en la jaula. Era un día tranquilo, sin ruido de viento, y ella oyó algo junto al agua. Corrió al muelle, pero no lo encontró allí; llegó al final y miró hacia abajo. Mi hermano estaba bajo el agua, la cara vuelta hacia arriba, los ojos abiertos, inconsciente. Se hundía lentamente; por la boca le salía aire.

Fue antes de que yo naciera pero lo recuerdo tan claramente como si lo viera, y quizá sí lo vi: creo que un hijo aún no nacido tiene los ojos abiertos y puede ver a través de las paredes del estómago de la madre, como una rana en un frasco.

Descargamos nuestro equipaje mientras Evans deja encendido el motor en ralentí. Cuando David le paga, nos dedica un desinteresado saludo con la cabeza y saca el barco marcha atrás, luego lo gira y rodea la punta; el sonido, reducido a un quejido, va desapareciendo conforme la tierra y la distancia se sitúan entre nosotros. Un ligero viento agita el borde del agua, las olas disminuyen, solo queda una leve capa iridiscente de gasolina, morada, rosa y verde. El lugar está tranquilo, el viento ha desaparecido y el lago, de un blanco plateado, está inmóvil; es la primera vez en todo el día (y después de mucho tiempo, de años) que quedamos fuera del alcance de cualquier motor. Los oídos me zumban y el cuerpo me hormiguea por el efecto de la vibración del motor, como ocurre con los pies sacados de unos patines sobre ruedas.

Los demás están ahí de pie, a lo tonto; parecen estar esperando a que yo les diga qué viene ahora.

—Vamos a subir las cosas —les digo.

Les prevengo sobre el muelle: está resbaladizo por la llovizna, que ahora es más ligera, casi una neblina; además, algunos de los tablones pueden ser blandos y traicioneros.

Lo que quiero hacer es gritar «¡Hola!» o «¡Estamos aquí!», pero no lo hago, no quiero escuchar la ausencia.

Cargo una mochila y camino por el muelle y la tierra hacia la cabaña, siguiendo el camino y ascendiendo los peldaños montados en la cuesta, tramos de cedro partido sujetos con una estaca clavada en cada punta. La casa está construida sobre una colina arenosa, parte de una cadena formada por los glaciares al retroceder; solo unas pulgadas de tierra y una delgada capa de árboles la mantienen en su sitio. Por el lado del lago, la arena expuesta a la intemperie se ha ido resquebrajando: las piedras y el carbón de la chimenea que usaban al principio cuando vivían aquí en tiendas de campaña desaparecieron hace tiempo, y los árboles del borde se hunden gradualmente; varios que yo recuerdo en posición vertical están inclinados ahora. Pinos rojos, con la corteza en escamas, las agujas agrupadas en las ramas de arriba. Hay un martín pescador posado en una de ellas que da su grito entrecortado como la alarma de un despertador; anidan en el acantilado, excavando en la arena, y esto acelera la erosión.

Enfrente de la casa, la verja de alambre sigue ahí, aunque uno de los extremos está medio caído por el precipicio. Nunca la desmontaron; hasta el columpio enano permanece en su sitio, las cuerdas deshilachadas, combadas y manchadas al estar expuestas a la intemperie. No solían quedarse las cosas que ya no les hacían falta; quizá esperaban nietos que vinieran a visitarlos. Él hubiera querido una dinastía como la de Paul, casas y descendientes proliferando a su alrededor. La verja es un reproche, apunta hacia mi fracaso.

Pero no podía traer al niño aquí; nunca lo identifiqué como mío; ni siquiera le

puse un nombre antes de que naciera, como se supone que hay que hacer. Era de mi marido, él me lo impuso, todo el tiempo mientras estuvo creciendo dentro de mí me sentí como una incubadora. Él medía todo lo que me dejaba comer, lo estaba alimentando a expensas mías, quería una réplica de sí mismo; una vez que nació yo ya no le servía para nada. Pero yo no podía demostrarlo, él era listo: no paraba de decir que me quería.

La casa es más pequeña porque (ahora me doy cuenta) los árboles de alrededor han crecido. Se ha vuelto más gris a lo largo de nueve años también, como el pelo. Los troncos de cedro están verticales en vez de horizontales, los troncos verticales son más cortos y fáciles de manejar para un hombre solo. El cedro no es la mejor madera, se pudre enseguida. Una vez mi padre dijo: «No la he construido para que dure toda la vida», y yo pensé entonces ¿por qué no?, ¿por qué no lo has hecho?

Espero que la puerta esté abierta, pero está cerrada con candado, como Paul ha dicho que la dejó. Escarbo en mi bolsa para sacar las llaves que me ha dado y me acerco cautamente: cualquier cosa que encuentre dentro será una pista. ¿Y si volvió después de que Paul la cerrara y no consiguió entrar? Pero hay otras formas de entrar, podía haber roto una ventana.

Joe y David ya están aquí con las otras mochilas y la cerveza. Anna está detrás de ellos con mi maleta y la bolsa de papel; está cantando otra vez *Mockingbird Hill*^[4].

Abro la puerta de madera y la puerta mosquitera de dentro y escudriño la habitación prudentemente, luego entro. Una mesa cubierta con un hule azul, un banco, otro banco que es una caja de madera construida junto a la pared, un sofá con armazón metálico y un colchón poco grueso, convertible en una cama. Ahí es donde siempre estaba nuestra madre: se pasaba el día tumbada sin moverse, tapada con una manta a cuadros marrones, la cara pálida y consumida. Hablábamos en voz baja; estaba tan distinta que no nos oía si le decíamos algo; pero al día siguiente volvía a estar igual que había estado siempre. Acabamos teniendo fe en su capacidad para recuperarse, de lo que fuera; dejamos de tomarnos sus enfermedades en serio, solo representaban fases naturales, como las de las crisálidas. Cuando murió, me decepcionó.

No hay nada fuera de su sitio. De los árboles caen gotas de agua sobre el tejado.

Los demás me siguen dentro.

—¿Aquí es dónde vivías? —pregunta Joe.

Es raro que pregunte algo sobre mí: no sé si está contento o descorazonado. Se acerca a los zapatos para la nieve que hay en la pared y coge uno, dándole cobijo entre sus manos.

Anna deja la compra en la encimera y cruza los brazos sobre el pecho.

—Debía ser raro —dice—. Así, tan apartados de todo.

—No —digo.

Para mí era natural.

—Depende de a qué estés acostumbrado —dice David—. A mí me parece genial.

Pero no está seguro.

Hay otros dos cuartos y abro las puertas rápidamente. Una cama en cada uno, estantes, ropa colgada de clavos: chaquetas, impermeables, siempre se dejaban ahí. Un sombrero gris, tenía varios como ese. En el cuarto de la derecha hay un mapa del distrito, pegado con chinchetas a la pared. En el otro hay unos cuadros, acuarelas; ahora recuerdo haberlas pintado cuando tenía doce o trece años; el hecho de haberlo olvidado es lo único que me inquieta.

Vuelvo a la sala. David ha tirado su mochila en el suelo y se ha tendido en el sofá.

—Dios, estoy baldado —dice—. Que alguien me abra una cerveza.

Anna le trae una y él le da una palmada en el trasero y dice:

—Así me gusta, buen servicio.

Ella saca latas para ella y para todos nosotros, que bebemos sentados en los bancos. Ahora que hemos dejado de movernos, en la cabaña hace más bien frío.

El olor, cedro, fogón de leña y brea de la estopa encajada entre dos troncos, es el adecuado para que no entren los ratones. Miro hacia el techo, hacia los estantes: hay un taco de papeles junto a la lámpara; quizá estuviera trabajando en ellos justo antes de que pasara lo que ha pasado, antes de que se marchara. Puede que haya algo para mí, una nota, un testamento, siempre esperé algo así después de morir mi madre, algún tipo de noticia, no dinero, sino un objeto, un recuerdo. Durante un tiempo fui dos veces al día al apartado de correos, que era la única de mis direcciones que les había dado; pero no llegó nada, puede que ella anduviera mal de tiempo.

No hay platos sucios, ni ropa tirada, ni rastros. No parece una casa en la que se haya vivido todo el invierno.

—¿Qué hora es? —pregunto a David.

Él levanta la muñeca con el reloj: son casi las cinco. Va a ser cosa mía organizar la cena, ya que en parte esta es mi casa; ellos son mis invitados.

Hay leña en una caja detrás del fogón, y unos trozos de abedul blanco; la enfermedad aún no ha llegado a esta parte del país. Encuentro las cerillas y me arrodillo delante del fogón; ya casi he olvidado cómo se hace, pero después de tres o cuatro cerillas consigo encenderlo.

Descuelgo el cuenco redondo esmaltado y cojo el cuchillo grande. Los demás me miran: ninguno de ellos me pregunta dónde voy, aunque Joe parece preocupado. Puede que haya estado esperando que me dé un ataque de histeria y esté ansioso porque no me ha pasado nada.

—Voy al huerto —digo para tranquilizarlos.

Saben dónde está, han podido verlo desde el lago al llegar.

La hierba está creciendo en el camino y frente a la puerta de la verja; las malas hierbas tienen la altura que corresponde a un mes. Normalmente tardaría un mes en arrancarlas, pero no merece la pena, solo vamos a estar aquí dos días.

Las ranas saltan por todas partes apartándose de mi camino, les gusta esto; está cerca el lago, es húmedo, tengo las alpargatas caladas. Cojo unas hojas de la lechuga

que no ha florecido ni se ha vuelto amarga, luego arranco una cebolla y le quito la piel marrón suelta del bulbo, blanco como un ojo.

El huerto lo han reorganizado: antes había estolones escarlatas que trepaban por un lado de la valla. Los capullos eran los más rojos del jardín, los colibríes se metían dentro, revoloteando y las alas veloces difuminadas. Las vainas que se dejaban crecer demasiado amarilleaban después de la primera helada y se abrían. Dentro había habas duras como piedras, de color negro y amoratado, temibles. Yo sabía que si lograba coger unas cuantas y quedármelas me haría todopoderosa; pero luego, cuando fui suficientemente alta y por fin pude llegar a alcanzarlas, no funcionó. Mejor así, pienso, porque no tenía ni idea de lo que iba a hacer con el poder una vez que lo consiguiera; si me hubiera parecido a los que tienen poder, me habría convertido en la encarnación del mal.

Voy al sembrado de zanahorias y arranco una; como no las han cuidado adecuadamente, está ahorquillada y rechoncha. Corto las hojas de la cebolla y la punta de la zanahoria y las tiro encima del montón de abono, luego meto lo recolectado en el cuenco y vuelvo hacia la puerta de la verja, calculando mentalmente el tiempo, el tiempo que necesitan las legumbres para crecer. A mitad de junio estaba sin duda aquí, no puede haber pasado más tiempo.

Anna está fuera de la verja, ha venido a buscarme.

—¿Dónde está el retrete? —dice—. Tengo la vejiga a punto de estallar.

La llevo a donde empieza el camino y le señalo por dónde es.

—¿Estás bien? —dice.

—Claro —contesto.

La pregunta me sorprende.

—Siento que no haya estado aquí —dice lastimeramente, observándome con sus redondos ojos verdes como si se tratara de su pena, de su catástrofe.

—Tranquila —le digo, consolándola—, tú sigue por este camino y lo encontrarás, aunque está bastante lejos —me río—, no te pierdas.

Llevo el cuenco al muelle y lavo las verduras en el lago. Debajo de mí, en el agua, hay una sanguijuela de las buenas, con puntos rojos en el lomo, que se desliza ondulándose como una serpentina cogida por un extremo y agitada sin cesar. Las malas tienen puntos grises y amarillos. Fue mi hermano quien se inventó estas distinciones morales; en un momento dado se obsesionó con ellas; sin duda debió extraerlas de la guerra. Todo debía tener una vertiente buena y otra mala.

Cocino las hamburguesas y comemos; después lavo los platos en la pila desconchada y Anna los seca; luego casi oscurece. Saco la ropa de cama del banco pegado a la pared y hago nuestra cama. Anna puede hacer la de ellos. Él debía dormir en la habitación grande, en el sofá.

Pero no están acostumbrados a dormirse en cuanto anochece, y yo ahora tampoco. Me temo que se van a aburrir porque no hay tele ni nada. Me pongo a buscar entretenimientos. Una caja de dominó, una baraja de cartas, eso siempre estaba

debajo de las mantas dobladas. Hay muchos libros de bolsillo en las estanterías de los dormitorios, sobre todo novela negra, lectura amena. Junto a ellas hay manuales técnicos sobre árboles y otros libros de referencia, *Plantas comestibles y brotes*, *Cómo preparar el cebo*, *Las setas comunes*, *Construcción de cabañas de madera*, *Una guía práctica de las aves*, *Explorando tu cámara de fotos*; él creía que con los libros prácticos adecuados lo puedes hacer todo solo. En seguida me topo con su lote de libros serios: la Biblia del rey Jacobo, de la que decía que disfrutaba por sus cualidades literarias, un Robert Burns completo, la *Vida de Johnson* de Boswell, las *Estaciones* de Thompson, selecciones de Goldsmith y Cowper. Admiraba a los que él llamaba racionalistas del siglo XVIII: los veía como hombres que habían evitado la corrupción de la Revolución Industrial y aprendido el secreto del término medio, la vida equilibrada; estaba seguro de que todos practicaban la agricultura orgánica. Me asombró descubrir mucho después, de hecho me lo dijo mi marido, que Burns era un alcohólico, Cowper un loco, el doctor Johnson un maníaco-depresivo y Goldsmith un indigente. También le pasaba algo a Thompson; «escapista» era el término que mi padre usaba. Después de eso me cayeron mejor, ya no eran prototipos.

—Voy a encender la lámpara —digo— y podemos leer.

Pero David dice:

—Ni hablar, ¿por qué leer aquí cuando eso puedes hacerlo en la ciudad?

Está girando el dial de su radio transistor; no encuentra nada más que interferencias y un aullido entrecortado, que podría ser música, y una diminuta voz de insecto susurrando en francés.

—Mierda —dice—, ojalá pudiera coger los resultados.

Se refiere al béisbol, es un forofo.

—Podríamos jugar al *bridge* —digo, pero nadie quiere.

Al cabo de un rato David dice:

—Bueno, niños, es hora de probar la hierba.

Abre su mochila y rebusca dentro. Anna dice:

—Qué sitio más tonto para ponerla; es el primer lugar donde mirarían.

—Tu culo —dice David, sonriéndole—, ahí es donde mirarían primero, saben valorar lo bueno cuando lo tienen delante. Tranquila, cielo, sé lo que me hago.

—A veces lo dudo —dice Anna.

Salimos fuera, bajamos al muelle y nos sentamos en la madera húmeda, mirando el atardecer, fumando un poco. Las nubes al oeste son amarillas y grises, difuminadas, y en el cielo, al sudeste de donde estamos, va ascendiendo la luna.

—Esto es genial —dice David—, es mejor que la ciudad. Si lográramos echar a los yanquis fascistas y a los capitalistas, este sería un país estupendo. Pero entonces, ¿quién nos quedaría?

—Por Dios —dice Anna—, no empieces con eso.

—¿Cómo? —digo yo—. ¿Cómo los echarías?

—Organizando a los castores —dice David—, que se los coman a pedazos, es la

única manera. Va un corredor de bolsa yanqui por Bay Street y los castores le tienden una emboscada, le caen encima desde un poste de teléfonos, ñam, ñam y se acabó. ¿Habéis oído hablar de cómo es la bandera nacional? Nueve castores meando encima de una rana.

El chiste es viejo y malo, pero me río de todas formas. Un poco de cerveza, un poco de hachís, unas bromas, un poco de charla política, el término medio; somos la nueva burguesía, y esto parece una sala de juegos. Pero me alegro de que estén conmigo, no querría estar aquí sola; en cualquier momento la impresión de pérdida, de vacío, se va a apoderar de mí, y ellos la mantendrán alejada.

—¿Os dais cuenta —dice David— de que este país se ha levantado sobre cadáveres de animales? Peces muertos, focas muertas y castores históricamente muertos. El castor es a este país lo que el hombre negro a Estados Unidos. Y no solo eso, en Nueva York ahora se ha convertido en una palabra obscena. Eso me parece muy significativo.

Se incorpora y me mira fijamente a través de la semioscuridad.

—No somos tus alumnos —dice Anna—, túmbate.

La cabeza de él descansa en su regazo, ella le está acariciando la frente, veo su mano moviéndose sin parar. Llevan casados nueve años, me ha dicho Atina; deben de haberse casado más o menos a la vez que yo; pero ella es mayor. Deben de tener un método especial, una fórmula, algún dato que yo me he perdido; o puede que él fuera la persona equivocada. Yo creía que eso me iba a ocurrir sin que yo hiciera nada por conseguirlo; me convertiría en parte de una pareja, dos personas enlazadas y equilibrándose entre sí, como el hombre y la mujer de madera en la casa-barómetro de Paul. Estuvo bien al principio, pero él cambió después de casarnos y de comprometernos mediante un papel. Aún no entiendo por qué la firma de un papel puede suponer que algo va a modificarse, pero él empezó a esperar cosas, quería alcanzar la plenitud. Tendríamos que haber seguido durmiendo juntos y dejarlo así.

Joe me rodea con el brazo, yo le tomo los dedos. Lo que estoy viendo es el remolcador blanco y negro que solía estar en el lago, o quizá fuera plano como una barcaza; arrastraba lentamente los lotes de troncos río abajo hacia la presa; yo siempre saludaba con el brazo cuando pasábamos a su lado en nuestro barco y los hombres me devolvían el saludo. Encima tenía una casa pequeña en la que ellos vivían, con ventanas y una salida de humos que atravesaba el tejado. Yo pensaba que esa sería la mejor forma de vivir, en una casa flotante llevando todo lo que se necesita y con personas queridas; cuando surgiera el deseo de mudarse a otro sitio, todo sería fácil.

Joe se está balanceando hacia atrás y hacia delante, meciéndose, lo que puede querer decir que está contento. Se vuelve a levantar un viento que nos roza al pasar por encima con aire a la vez tibio y fresco, los árboles detrás de nosotros mueven las hojas, con un suave murmullo; el agua emite una luz helada, una luna de cinc se quiebra sobre las pequeñas olas. La voz del somorgujo, cada pelo de mi cuerpo

erizándose con el escalofrío; los ecos rebotan desde todas partes, rodeándonos, aquí cada cosa tiene su eco.

Me despierta el canto de los pájaros. Es antes del amanecer, antes de que empiece el tráfico en la ciudad, pero he aprendido a dormir oyéndolo. Antes me conocía las especies; escucho, tengo los oídos oxidados, no hay nada más que un revoltijo de sonidos. Cantan por el mismo motivo que los camiones tocan la bocina, para proclamar sus territorios; es un idioma rudimentario. Lingüística, debería haber estudiado eso en vez de arte.

Joe está medio despierto también y refunfuña solo, con la sábana envuelta en la cabeza como una capucha. Ha arrastrado las sábanas desde los pies de la cama y asoman sus pies delgados, los dedos con ese aspecto pobretón de las patatas germinadas dentro de la bolsa. Me pregunto si se acordará de que me ha despertado cuando aún era de noche, sentándose en la cama y diciendo: «¿Dónde está esto?». Siempre que vamos a un sitio nuevo hace lo mismo. «Tranquilo —le he dicho—, yo estoy contigo», y aunque ha preguntado: «¿Quién?, ¿quién?», repitiéndolo como un búho, me ha dejado volver a meterle en la cama. Me da miedo tocarle en momentos como estos, puede tomarme por uno de los enemigos de su pesadilla; pero está empezando a fiarse de mi voz.

Examino la parte de su cara que se ve, un párpado y un lado de la nariz, la piel pálida como si hubiera estado viviendo en un sótano, cosa que hemos hecho; tiene la barba marrón oscura, casi negra, le continúa por el cuello y se funde bajo la sábana con el pelo de la espalda. Tiene la espalda más peluda que la mayoría de los hombres, de una textura cálida; es como la piel de un oso de peluche, aunque cuando se lo dije pareció tomárselo como un insulto a su dignidad.

Estoy intentando decidir si le quiero o no. Debería dar igual, pero siempre hay un momento en que la curiosidad se vuelve más importante para ellos que la paz y necesitan preguntarlo; aunque él todavía no lo ha hecho. Conviene tener la respuesta preparada de antemano: tanto si te evades como si lo haces por las bravas y cuentas la verdad; al menos no te cogen desprevenida. Lo considero en conjunto, dividiéndolo en categorías: está bien en la cama, mejor que el anterior; es temperamental pero no fastidioso, pagamos a medias el alquiler y no habla mucho, eso es una ventaja. Cuando sugirió que viviéramos juntos yo no lo dudé. Ni siquiera fue una decisión auténtica, fue más como comprar un pez de colores o un tiesto con un cactus, no porque lo quieras de antemano sino porque resulta que estás en la tienda y los ves alineados sobre el mostrador. Le tengo cariño, prefiero tenerlo cerca que no tenerlo; aunque estaría bien que significara algo más para mí. El hecho de que no sea así me entristece: no me ha vuelto a pasar con nadie después de mi marido. Un divorcio es como una amputación, sobrevives pero queda menos de ti.

Permanezco un rato tumbada con los ojos abiertos. Esta era mi habitación; Anna y David están en la del mapa, esta es la de los dibujos. Señoras con trajes exóticos, un pelo de hojaldre de salchicha que les atraviesa la frente, de bocas rojas hinchadas y

pestañas como cerdas de cepillo de dientes: cuando yo tenía diez años creía en el *glamour*, era una especie de religión y ellas eran mis ídolos. Tienen los brazos y las piernas constreñidos en poses de modelo, una mano enguantada en la cintura, un pie apuntando hacia delante. Llevan zapatos con puntas como las de Petunia Pig^[5] y tacones perpendiculares, y los vestidos tienen escotes sin tirantes como los de Rita Hayworth y tutús de bailarina con manchas que pretenden ser lentejuelas. No las dibujé muy bien entonces; les falla algo en las proporciones, los cuellos son demasiado cortos y los hombros son enormes. Debía de estar imitando las muñecas de papel que había en la ciudad, a las actrices de cartón, Jane Powell, Esther Williams, con bañadores de dos piezas impresos en el cuerpo y un vestuario recortable de trajes de noche y saltos de cama con puntillas. Unas niñas pequeñas con pichis grises y blusas blancas, trenzas sujetas a la cabeza con horquillas de plástico rosa, eran sus dueñas; las traían al colegio y las hacían desfilas durante el recreo, apoyándolas en la pared de ladrillos gastados, los pies en la nieve, los vestidos de papel que no servían de protección contra el viento helado, inventando para ellas bailes y fiestas, celebraciones, cambios de vestuario interminables. Una esclavitud del placer.

Bajo los dibujos, al pie de la cama, hay una chaqueta de cuero gris colgada de un clavo. Está sucia y el cuero está rajado y cuarteado. La miro un rato antes de reconocerla: perteneció a mi madre hace mucho tiempo; siempre llevaba pipas de girasol en los bolsillos. Yo creía que la había tirado; no debería seguir aquí, él tendría que haberse deshecho de ella después del funeral. La ropa de los muertos se debería enterrar con ellos.

Me doy la vuelta y empujo a Joe más cerca de la pared para poder acurrucarme.

Vuelvo a resurgir más tarde; Joe ya está completamente despierto, ha salido de debajo de la sábana.

—Has vuelto a hablar dormido —le digo.

A veces creo que dice más cosas estando dormido que estando despierto.

Da un gruñido poco comprometedor.

—Tengo hambre. —Luego, después de una pausa—: ¿Qué he dicho?

—Lo de siempre. Querías saber dónde estabas y quién era yo.

Me gustaría enterarme de cómo era su sueño; yo antes soñaba pero ya no.

—Pues menudo rollo —dice—. ¿Y solo ha sido eso?

Echo hacia atrás las sábanas y bajo los pies hasta el suelo. Es un suplicio menor: hasta en pleno verano aquí las noches son frías. Me visto lo más deprisa posible y salgo a encender el fuego. Anna está ahí, todavía con su camisón de nailon sin mangas y descalza, de pie frente al ondulante espejo amarillento. Hay una bolsa con cremallera en la repisa delante de ella, se está poniendo maquillaje. Me doy cuenta de que nunca la he visto sin él; despojada de las mejillas rosa y de los ojos realzados se le queda la cara curiosamente estropeada, como la de una muñeca gastada; la cara artificial es la natural. En la parte de atrás de los brazos tiene piel de gallina.

—Eso aquí no te hace falta —le digo—, no hay nadie que pueda verte.

Una frase de mi madre, dedicada a mí cuando yo tenía catorce años. Estaba viendo, consternada, cómo yo me embadurnaba la boca con Tango Tangerine. Le dije que solo estaba haciendo pruebas.

Anna dice en voz baja:

—A él no le gusta verme sin pintar —y luego, contradiciéndose—: No sabe que me pinto.

Me imagino el subterfugio que eso debe suponer, o quizá sea abnegación: ¿tiene que salir a escondidas de la cama todas las mañanas antes de que él se despierte y meterse de noche con la luz apagada? Puede que David diga mentiras piadosas; pero ella se difumina y enmudece tan bien que puede que él no se dé cuenta.

Mientras el fogón se está calentando salgo fuera, primero al retrete exterior y luego bajo al lago de nuevo para remojarme las manos y la cara; luego a la nevera, un cubo de basura metálico hundido en la tierra con una tapadera ceñida a prueba de mapaches y por encima de ella una pesada cubierta de madera. Cuando los guardabosques llegaban en su lancha de policía, como hacían una vez al año, nunca se creían que no tuviéramos una nevera, siempre buscaban por todas partes intentando encontrar pesca ilegalmente oculta.

Alargo la mano para sacar los huevos; el beicon está en una caja de alambre bajo la cabaña, al aire, pero protegido de moscas y ratones. En la casa de un colono esto habría servido de fresquera y de secadero; pero a mi padre le gustan estas pequeñas adaptaciones de lo considerado clásico.

Llevo la comida dentro y empiezo a preparar el desayuno. Joe y David están levantados, Joe sentado en el banco de la pared, el rostro aún embotado por el sueño, David examinándose la barbilla en el espejo.

—Puedo prepararte agua caliente si quieres afeitarte —sugiero, pero su reflejo me sonrío e indica que no con la cabeza.

—Nada —dice—, me voy a dejar una buena barba.

—Ni se te ocurra —dice Anna—. No me gusta que me dé besos cuando tiene barba, me recuerda a un coño. —La mano le tapa la boca como si estuviera escandalizada—. ¿No es una salvajada?

—Cuánta palabrota, mujer —dice David—. Es una ignorante y una vulgar.

—Ah, ya lo sé. Siempre he sido así.

Es una farsa rápida. Joe y yo somos el público, pero Joe sigue encerrado en ese sitio dentro de sí mismo donde pasa la mayor parte del tiempo y yo estoy en el fogón dando la vuelta al beicon; no puedo mirarles, así que paran.

Me agacho delante del fogón y abro la pequeña puerta del horno de leña para hacer las tostadas encima de las brasas. Ya no hay palabras groseras, se han neutralizado, ahora solo forman parte del idioma; pero recuerdo la sensación de perplejidad y desconcierto cuando descubrí que unas palabras eran sucias y el resto eran limpias. En francés, las groseras procedían de la religión. Las peores en

cualquier idioma eran las referentes a lo que más temía la gente, y en inglés era el cuerpo, les daba incluso más miedo que Dios. También podías exclamar Saaanto Dios, pero eso quería decir que estabas enfadado o asqueado. Me enteré de lo que era la religión como casi todos los niños de entonces se enteraban de lo que era el sexo, no en la calle sino en la gravilla y el cemento del patio de recreo, durante los meses de invierno cuando había colegio de verdad. Ellas se juntaban en grupos agarrándose las manos enfundadas en mitones y susurrando. Me aterrorizaron diciéndome que había un hombre muerto en el cielo mirando todo lo que yo hacía y me desquité explicando de dónde vienen los niños. Algunas de sus madres llamaron por teléfono a la mía para quejarse, aunque creo que yo me enfadé más que ellas: a mí no me habían creído, pero yo a ellas sí.

Termino con las tostadas; el beicon también está hecho, lo reparto, echando después la grasa al fuego, manteniendo la mano apartada de la llamarada.

Después del desayuno, David dice:

—¿Qué planes hay?

Les digo que me gustaría investigar la ruta que recorre casi un kilómetro junto a la costa; mi padre puede haberla utilizado para recoger leña. Había otra ruta que llegaba casi hasta el pantano, pero era de mi hermano y secreta, a estas alturas debe de ser casi irreconocible.

No puede haberse ido de la isla; las dos canoas están en el cobertizo y la motora de aluminio está atada con cadenas a un árbol junto al muelle; los tanques de combustible para el motor están vacíos.

—En cualquier caso —digo—, solo hay dos lugares donde puede estar, en la isla o en el lago.

La razón me contradice: alguien podía haberle recogido aquí y haberle llevado al pueblo en la otra punta del lago; sería la manera perfecta de desaparecer; puede que ni siquiera haya pasado el invierno aquí.

Pero eso es esquivar el problema; no es raro que un hombre desaparezca en el campo, ocurre docenas de veces al año. Solo hace falta un pequeño error, separarse demasiado de la casa en invierno, las tormentas de nieve son repentinas, o torcerte una pierna de forma que no puedas seguir andando; en primavera las moscas negras te comerían vivo; se te meten dentro de la ropa; en un solo día acabarías cubierto de sangre y delirando. Pero no puedo aceptarlo; mi padre tenía mucha experiencia de las cosas y era demasiado prudente.

Doy a David el machete, no sé en qué condiciones estará la ruta, puede que tengamos que desbrozarla; Joe lleva el hacha. Antes de salir les cubro las muñecas y tobillos con un insecticida y a mí también. Antes era inmune a los mosquitos, por lo mucho que me habían picado, pero ya no; en las piernas y en el cuerpo tengo varios bultos rosa que me pican desde anoche. Tales son en el norte los sonidos del amor: un beso, una palmada.

El cielo está cubierto de nubes bajas; hay un ligero viento del sudeste; puede que

llueva después o que pase de largo junto a nosotros, el clima llega aquí en bolsas, como el petróleo. Nos adentramos en la hierba, que nos llega hasta el cuello, mezclada con tallos de frambuesa salvaje, entre el huerto y el lago, dejando atrás el montón de basura quemada y la pila de abono. Tendría que haber desenterrado la basura para ver si es reciente; también hay una fosa en la que las latas quemadas se aplastan y entierran, eso podría excavarse. Mi padre lo consideraba un problema arqueológico.

Vamos por el camino al interior del bosque; la primera parte está bastante despejada, aunque de vez en cuando pasamos por delante de unos tocones gigantescos, planos y cortados con sierra, restos de los árboles que había aquí antes de que la zona se talara. Nunca volverán a dejar que los árboles crezcan igual de altos, los matan en cuanto son valiosos, los árboles grandes son tan escasos como las ballenas.

El bosque se espesa y yo busco las marcas, aún visibles después de catorce años; los árboles en los que están los tajos tienen hinchados los bordes de las heridas. Piel cicatrizada.

Empezamos a escalar y mi marido vuelve a alcanzarme con una de sus breves apariciones, esos recuerdos enmarcados en los que está especializado: una imagen cristalina rodeada por una pared en blanco. Él está escribiendo sus iniciales en una valla, trazos elegantes para enseñarme a hacerlo; rotulación era una de las cosas que enseñaba. Hay otras iniciales en la valla, pero hace las suyas más grandes. Deja ahí su huella. No logro identificar la fecha ni el lugar, era en una ciudad, antes de casarnos; yo me agacho junto a él, admirando la caída del sol invernal sobre su pómulo y la nariz cincelada, noble e inclinada como el perfil de una moneda romana; era cuando todo lo que él hacía era perfecto. En la mano lleva un guante de cuero. Dijo que me quería; la palabra mágica que se suponía que tenía que iluminarlo todo, nunca volveré a fiarme de esa palabra.

La amargura que él me produce me sorprende: yo fui lo que se conoce como la parte causante, la que se marchó, él no me hizo nada. Quería un hijo, eso es normal, quería que estuviéramos casados.

Por la mañana, mientras estábamos lavando los platos, decidí preguntar a Anna. Estaba secando uno, canturreando trozos de *The Big Rock Candy Mountain*^[6] en voz baja.

—¿Cómo lo consigues? —le dije.

Dejó de canturrear.

—¿Conseguir qué?

—Estar casados. ¿Cómo lográis que funcione?

Me miró de reojo rápidamente como si desconfiara.

—Contamos muchos chistes.

—No, en serio —dije.

Si había un truco secreto, yo quería saberlo.

Entonces me habló, no a mí exactamente sino a un micrófono invisible suspendido encima de su cabeza: la voz de la gente se hace radiofónica cuando da consejos. Ella dijo que solo tenías que aceptar un compromiso emocional, era como esquiar, no veías de antemano lo que iba a pasar pero tenías que soltarte. Soltarte de qué, quería preguntarle; tomaba sus palabras como punto de comparación con mi caso. Quizá por eso fallé, porque no sabía qué era lo que tenía que soltar. Para mí no había sido como esquiar, era más como tirarse por un precipicio, esa fue la sensación que tuve todo el tiempo que estuve casada; por los aires, bajando, esperando al batacazo del final.

—¿Por qué no salió bien lo tuyo? —dijo Anna.

—No lo sé —dije—, supongo que era demasiado joven.

Asintió comprensivamente.

—Tienes suerte de no tener hijos, eso sí.

—Sí —dije.

Ella tampoco tiene hijos; si los tuviera no podría haberme dicho eso. Nunca le he contado lo del niño; a Joe tampoco se lo he dicho, no hay motivo para hacerlo. No lo va a descubrir, como suele pasar, no tengo fotos del niño atisbando desde una cuna o una ventana, o tras los barrotes de un parque en el cajón de mi cómoda o en la cartera donde pudiera encontrarlas de repente y quedarse atónito o enfurecido o triste. Tengo que comportarme como si no existiera, porque en mi caso no puede existir, me lo han quitado, exportado, deportado. Una sección de mi propia vida desgajada de mí como un mellizo siamés, mi propia piel anulada. Desliz, recaída. Tengo que olvidar.

La ruta serpentea ahora por cuevas donde hay rocas saliendo de la tierra, arrastradas y soltadas por glaciares, con musgo y helechos encima; estamos en un clima húmedo. Voy con los ojos clavados en el suelo, van reapareciendo nombres, gaulteria, menta verde, pepino indio; antes era capaz de citar todas las plantas de aquí que se pueden usar o comer. Me aprendía de memoria manuales de supervivencia, *Cómo sobrevivir en el campo*, *Huellas y rastros de animales*, *El bosque en invierno*, a una edad en que los de la ciudad estaban leyendo revistas sobre el Amor Auténtico: no fue hasta entonces cuando descubrí que de hecho era posible perderse. Van saliendo a flote los dichos: lleva siempre cerillas y no morirás de hambre; en una tormenta de nieve cava un hoyo; evita las setas sin clasificar; las manos y pies son lo más importante, si se congelan estás perdido. Conocimientos inútiles; las revistas baratas y sus cuentos con moraleja habrían sido más prácticos: las doncellas que ceden y reciben el castigo de un hijo mongoloide, con la columna fracturada, las madres muertas o la mejor amiga que te roba el novio.

La ruta desciende y atraviesa una ensenada pantanosa en la punta de una bahía; aquí los cedros, las eneas, las escilas, rebosan. Avanzo despacio, buscando pisadas. No hay nada más que un sendero de ciervos, ni rastro de nadie: aparentemente Paul y los buscadores no llegaron hasta aquí. Los mosquitos nos han olido y se arremolinan en torno a nuestras cabezas; Joe dice un taco en voz baja, David en voz alta, al final

de la fila va Anna dando manotazos.

Nos alejamos de la costa y esto es una selva, ramas atravesando el camino, avellanos y arces estriados, árboles como juncos bulbosos. No se ve nada a medio metro hacia dentro, los troncos y las hojas se entrelazan en una sólida valla, verde, gris verdoso, marrón grisáceo. Ninguna de las ramas está cortada o partida para apartarla. Si ha estado aquí las ha rodeado y sorteado milagrosamente en vez de atravesarlas. Me pongo a un lado mientras David desbroza este muro con su machete, no muy bien; más que cortar, destroza y dobla.

Llegamos a un árbol atravesado sobre el camino. Ha arrastrado consigo en su caída varios abetos balsámicos jóvenes: yacen embrollados juntos. Una maraña de troncos.

—No creo que nadie haya pasado por aquí —digo yo, y Joe lo corrobora:

—Parece claro —está enfadado: es evidente.

Escudriño el bosque para ver si han talado otro camino que rodee los árboles derribados por el viento, pero no hay indicios; o hay demasiados; estoy inquieta porque cada abertura entre dos árboles parece un camino.

David pincha el tronco seco con el machete, abriendo agujeros en la corteza. Joe se sienta en el suelo: está sin respiración, el efecto de la ciudad y las mocas lo están agobiando, se rasca el cuello y el dorso de las manos.

—Supongo que se acabó —digo, porque tengo que ser yo la que confiese la derrota, y Anna exclama:

—Gracias a Dios; los bichos me están comiendo viva.

Damos la vuelta. Aún podría estar ahí dentro, en algún sitio, pero ahora veo la imposibilidad de rastrear la isla buscándole, tiene tres kilómetros de largo. Harían falta veinte o treinta hombres como poco, situados a intervalos y que atravesaran el bosque en línea recta, e incluso entonces podrían no dar con él, vivo o muerto, accidente, suicidio o asesinato. O si por algún motivo insondable su ausencia es voluntaria y se está escondiendo, nunca lo encontrarían: no habría nada más fácil en este país que dejar a los buscadores ir por delante de ti y luego seguirles a cierta distancia, parando cuando paran ellos, sin perderlos de vista, de modo que, torcieran hacia donde torcieran, siempre fueras detrás de ellos. Eso es lo que haría yo.

Atravesamos la luz verde, las pisadas amortiguadas sobre las hojas húmedas y podridas. La fila cambia al volver: ahora yo voy al final. Cada pocos pasos miro a los lados, esforzando la vista, escrutando el suelo en busca de rastros, de algo humano: un botón, un cartucho, un trozo de papel.

Es como esas veces que jugaba al escondite con nosotros en la semioscuridad después de cenar. Era distinto a jugar en una casa, el espacio donde esconderse era interminable; incluso cuando sabíamos detrás de qué árbol se había colocado daba miedo que lo que saliera al llamarle fuera cualquier otra criatura.

Nadie puede esperar otra cosa de mí. Lo he repasado, lo he intentado todo; ahora estoy absuelta de saber más. Debería estar contándoselo a alguien con un cargo oficial, rellenando formularios, obteniendo ayuda como se supone que tienes que hacer en una emergencia. Pero es como buscar un anillo perdido en una playa o en la nieve: inútil. No hay ningún acto que pueda ejecutar más que esperar; mañana Evans nos llevará en barco al pueblo, y después viajaremos a la ciudad y al tiempo presente. He terminado lo que vine a hacer y no quiero quedarme aquí, quiero volver a donde haya electricidad y entretenimiento. Ahora ya me he acostumbrado, rellenar el tiempo sin ellos requiere un esfuerzo.

Los demás están intentado divertirse. Joe y David han salido en una de las canoas; tendría que haberles hecho llevar chalecos salvavidas, ninguno de los dos sabe gobernar un barco, van cambiando los remos de un lado a otro. Les veo por la ventana de delante y por la ventana lateral veo a Anna, medio tapada por los árboles. Está tumbada boca abajo, en bikini y con gafas de sol, leyendo una novela negra, aunque debe de tener frío: el cielo se ha despejado algo, pero cuando las nubes se ponen delante del sol el calor desaparece.

Excepto por el bikini y el color del pelo, podía ser yo a los dieciséis años, enfurruñada sobre el muelle, amargada por estar lejos de la ciudad y del novio con cuya conquista había demostrado mi normalidad; llevaba su anillo, demasiado grande para cualquiera de mis dedos, en torno al cuello con una cadena, como un crucifijo o una condecoración militar. Joe y David, ahora que la distancia disfraza sus caras y su torpeza, podrían ser mi hermano y mi padre. El único lugar que me queda por rellenar es el de mi madre; un problema: lo que hacía por las tardes entre las rutinas de la comida y de la cena. A veces sacaba migas de pan o semillas del comedero de los pájaros y esperaba a los arrendajos, quedándose quieta como un árbol, o arrancaba malas hierbas en el huerto; pero algunos días simplemente desaparecía, paseando sola hacia el bosque. Imposible ser como mi madre, haría falta un salto en el tiempo; iba o con diez mil años de retraso o con cincuenta de adelanto.

Me cepillo el pelo delante del espejo, sin prisa; luego pienso en mi trabajo, mi hora límite, la carrera que repentinamente me vi desempeñando. No lo pretendía pero tuve que encontrar algo que poder vender. Aún no termino de acostumbrarme, no sé qué ropa llevar a las entrevistas: es como si la llevara atada con correas, como una escafandra o un miembro que sobra, artificial. Pero tengo un título, una categoría, y eso ayuda: soy lo que llaman un artista comercial o, cuando el trabajo es más pretencioso, una ilustradora. Hago carteles, portadas, algo de publicidad, cosas en revistas y el esporádico libro de encargo, como este. Durante un tiempo iba a ser una artista de verdad; a él eso le parecía gracioso pero equivocado, dijo que debería estudiar algo que pudiera serme útil porque nunca ha habido mujeres artistas importantes. Eso fue antes de casarnos y yo aún hacía caso a lo que me decía, así que

entré en Artes decorativas y hacía diseños de telas. Pero él tenía razón, no ha habido ninguna.

Este es el quinto libro que hago; el primero fue un manual sobre empleo para el Departamento de Trabajo, jóvenes con sonrisas lobotomizadas, entusiasmados en sus nichos acolchados: Programador de Ordenadores, Soldador, Secretaria Ejecutiva, Técnico de Laboratorio. Dibujos lineales y unos cuantos gráficos. Los otros eran libros infantiles, igual que este, *Cuentos populares de Quebec*, que es una traducción. No es mi terreno pero me hace falta el dinero. Tengo el texto mecanografiado desde hace tres semanas, pero aún no se me han ocurrido las ilustraciones finales. Normalmente trabajo con más rapidez.

Los cuentos no son lo que yo me esperaba; se parecen a los cuentos de hadas alemanes, salvo por la ausencia de borceguíes de color hierro candente y barriles tachonados de clavos. Me pregunto si esta clemencia procede de los narradores originales, del traductor o del editor; probablemente provenga del señor Percival, el editor, que es un hombre cauteloso y huye de todo lo que él llama «inquietante». Tuvimos una discusión sobre ello: él decía que uno de mis dibujos daba demasiado miedo y yo le contesté que a los niños les gusta pasar miedo. «No son los niños quienes compran los libros —dijo—, son sus padres». Así que transigí; ahora transijo antes de ponerme a trabajar, me ahorra tiempo. He aprendido el tipo de ilustraciones que quiere: elegantes y estilizadas, con colores decorativos, como tartaletas de pastelería. Eso sé hacerlo, imito cualquier cosa: falsos Walt Disney, aguafuertes Victorianos en tono sepia, galletas bávaras, esquimales artificiales para el mercado doméstico. Aunque lo que más les gusta es lo que pueda interesar igualmente a los editores ingleses y americanos.

Agua limpia en un vaso, cepillos en otro vaso, acuarelas y acrílicos en sus tubos metálicos como los de pasta de dientes. Una moscarda se aproxima a mi codo, su abdomen tiene reflejos metálicos, su lengua chupadora recorre el hule como una séptima pata. Cuando llovía nos sentábamos en esta mesa y dibujábamos en nuestros cuadernos de recortes, con tizas o lápices de colores, cualquier cosa que quisiéramos. En el colegio tenías que hacer lo que hacían los demás.

En la cresta de la colina a la vista de todos Dios plantó un arce de color rojo, repetido sobre treinta y cinco páginas alineadas en la parte de arriba de la pizarra, cada una con una hoja de arce seca y encolada, aplastada entre pliegos de papel de cera.

Pinto la silueta de una princesa, de una normal y corriente, con el busto estilizado de una modelo y cara infantil, como las que hice para *Cuentos de hadas favoritos*. Antes me indignaban, las historias nunca revelaban las cosas esenciales sobre ellas, como lo que comían o si sus torres y mazmorras tenían cuartos de baño, era como si sus cuerpos fueran puro aire. No era la capacidad de Peter Pan para volar lo que lo hacía parecer increíble a mis ojos, era la falta de un retrete junto a su refugio subterráneo.

Mi princesa inclina la cabeza: está observando a un pájaro que sale de un nido en llamas, las alas despichadas como un emblema heráldico o la marca de una compañía de seguros contra incendios: *El Cuento del Fénix Dorado*. El pájaro tiene que ser amarillo y el fuego solo puede ser amarillo también —hay que mantener el presupuesto bajo— y no puedo usar el rojo; así que me quedo también sin el naranja y el morado. Yo había pedido rojo en vez de amarillo, pero el señor Percival quería «un tono frío».

Me detengo un instante para juzgar mi trabajo: la princesa parece alelada en vez de llena de asombro. La descarto y vuelvo a intentarlo, pero esta vez me sale bizca y con un ojo más grande que el otro. Noto los dedos agarrotados, puede que acabe teniendo artritis.

Vuelvo a repasar la historia en busca de un episodio diferente, pero no llego a imaginar ninguna imagen. Cuesta creer que alguien de aquí, incluso alguna abuela, haya sabido estas historias alguna vez: este no es un país de princesas. *La Fuente de la Juventud* y el *Castillo de los Siete Esplendores* no son de aquí. Contarían historias sobre algo mientras se sentaban en torno al fuego del fogón por la noche: perros embrujados y árboles maléficos quizá, y los poderes mágicos de los candidatos políticos rivales, cuyas efigies de paja quemaban durante las elecciones.

Pero lo cierto es que no sé qué pensaban los habitantes del pueblo ni de qué hablaban; estaba tan aislada de ellos. Los más viejos de vez en cuando se santiguaban cuando pasábamos por delante, posiblemente porque mi madre llevaba pantalones, pero ni eso nos explicaron nunca. Aunque durante las visitas jugábamos con los hijos solemnes, ligeramente hostiles, de Paul y *Madame*, los juegos eran breves y sin palabras. Nunca logramos descubrir lo que ocurría en la diminuta iglesia de la colina donde entraban en fila india los domingos: nuestros padres no nos dejaban acercarnos a escondidas y espiar por las ventanas, cosa que lo convertía en ilícito y atractivo. Cuando mi hermano empezó a ir al colegio en invierno, me contó que eso se llamaba la Misa y que lo que hacían dentro era comer; yo me lo imaginaba como una especie de fiesta de cumpleaños, con helado —entonces las fiestas de cumpleaños eran mi única experiencia de personas comiendo en grupo—, pero según mi hermano lo único que comían eran galletas saladas.

Cuando yo también empecé a ir al colegio supliqué que me dejaran ir a la catequesis de los domingos, como a todos los demás; quería enterarme, y también quería llamar menos la atención. Mi padre no dio su visto bueno, reaccionó como si yo hubiera pedido ir a una sala de billares: la cristiandad era algo de lo que él había logrado huir, quería protegerme de sus deformaciones. Pero pasados un par de años, decidió que yo ya tenía edad suficiente para juzgarlo todo por mí misma, la razón me defendería.

Yo sabía lo que había que ponerse, medias blancas que picaban, sombrero y guantes; iba con una de las niñas del colegio cuya familia mostraba por mí el interés estricto de un misionero. El templo de la «Iglesia Unitaria» se levantaba en una larga

calle gris con edificios en forma de bloque. En la aguja, en vez de una cruz, había una cosa parecida a una cebolla dando vueltas que, al parecer, era un ventilador, y dentro olía a polvos de maquillar y a pantalones de lana húmedos. La catequesis se daba en el sótano, que tenía pizarras como el colegio normal, con «Kickapoo Joy Juice^[7]» escrito en una de ellas con tiza naranja, y debajo, con tiza verde, las misteriosas siglas I. D. C. C. Estas solo ofrecían posibles pistas, hasta que me las tradujeron: Instrucción de Chicas Canadienses. La profesora llevaba pintauñas granate y un sombrero azul del tamaño de una tortita sujeto a la cabeza con dos lengüetas; nos hablaba mucho de sus admiradores y de los coches que estos tenían. Al final nos repartió fotos de Jesús, que no tenía corona de espinas y torso desnudo, sino que estaba vivo y envuelto en una sábana, con aspecto cansado, incapaz seguramente de hacer milagros.

Siempre, después de la misa, la familia con la que yo iba se dirigía en coche hasta una cuesta sobre la estación de ferrocarril para ver los trenes que salían y entraban; era su diversión de los domingos. Luego me llevaban con ellos a comer, siempre lo mismo, carne de cerdo y judías y piña de lata de postre. Al principio el padre bendecía la mesa: «Por estos alimentos que vamos a recibir quedamos sinceramente agradecidos al Señor. Amén», mientras los cuatro niños se pellizcaban y daban patadas por debajo de la mesa; y al final decía:

Carne de cerdo y judías, la fruta musical. Cuanto más comas, mejor cantarás.

La madre, que tenía un moño de pelo grisáceo y pelos como púas alrededor de la boca, como un *schmoc*^[8], fruncía el ceño y me preguntaba qué había aprendido sobre Jesús esa mañana, y el padre sonreía débilmente, ignorado por todos; era un empleado de banco, los trenes del domingo su única diversión, el pareado su única tosquedad. Durante un tiempo tuve la noción equivocada de que la piña en lata realmente era musical y te hacía cantar mejor, hasta que mi hermano me lo aclaró.

—Puede que me haga católica —le dije a mi hermano; me daba miedo decírselo a mis padres.

—Los católicos están locos —me dijo.

Los católicos iban a un colegio en una calle muy cerca de la nuestra y los chicos les tiraban bolas de nieve en invierno y piedras en primavera y otoño, «Crean en la S. V. M.^[9]».

Yo no sabía qué era eso y él tampoco, así que me dijo:

—Crean que si no vas a misa te conviertes en un lobo.

—¿Es verdad? —dije.

—Nosotros no vamos —dijo—, y no nos hemos convertido.

Quizá fuera por eso por lo que no perdían más tiempo buscando a mi padre, les

daba miedo, creían que se había convertido en un lobo; era un candidato perfecto porque no había ido a misa jamás. *Les maudits anglais*, los malditos ingleses, lo dicen en serio; están seguros de que todos estamos literalmente condenados. Debería haber una historia sobre el *loup-garou* en *Cuentos populares de Quebec*, puede que la hubiera y que el señor Percival la quitara, era demasiado dura para él. Pero en algunas de las historias ocurre al revés, los animales son humanos por dentro y se quitan las pieles de animal tan fácilmente como uno se quita la ropa.

Recuerdo el pelo de la espalda de Joe, un vestigio, como los apéndices y los dedos diminutos de los pies: pronto evolucionaremos hacia la calvicie total. Pero su pelo me gusta, lo mismo que sus dientes fuertes, sus hombros anchos, sus caderas inesperadamente menudas, sus manos cuya textura aún siento sobre mi piel, endurecidas y curtidas por la arcilla. Todo lo que valoro de él parece corresponder al físico: el resto es desconocido, desagradable o ridículo. No me interesa mucho su carácter, que alterna entre la hosquedad y la tristeza, ni los cacharros desmesurados que lanza tan diestramente sobre el torno y luego mutila, haciéndoles agujeros, estrangulándolos, abriéndolos en canal. Es injusto, nunca usa un cuchillo, solo los dedos, y una gran parte del tiempo solo los dobla, los repliega sobre sí mismos; aun así tienen una desagradable capacidad mutante. Tampoco los admira nadie más: las amas de casa con ambiciones artísticas a quienes da clase dos tardes por semana, Alfarería y Cerámica 432-A, quieren hacer ceniceros y platos con alegres margaritas pintadas, pero estos objetos nunca se venden en las pocas tiendas de artesanía que aceptan comercializarlos. Así que se acumulan en nuestro ya abarrotado apartamento-semisótano como recuerdos fragmentarios o víctimas de asesinatos. Ni siquiera puedo meter flores dentro, el agua se saldría por las grietas. Su única función es mantener la reivindicación callada que hace Joe de una seriedad artística superior: cada vez que yo vendo un diseño para un póster o consigo un nuevo encargo él destroza otro cántaro.

Pretendía que mi tercera princesa corriera ligera por un prado, pero el papel está demasiado mojado, y ella se me desmadra y desarrolla un enorme trasero; intento arreglarlo convirtiéndolo en un polisón, pero no resulta convincente. Me rindo y garabateo. Añado a mi princesa colmillos y un bigote; la rodeo de lunas y peces y de un lobo con pelo erizado y gruñendo; pero eso tampoco funciona; se parece más a un pastor escocés rechoncho. ¿Cuál es la alternativa a las princesas? ¿Qué es lo que más compran los padres a sus hijos? Osos humanoides y cerdos habladores, trenes audaces que alcanzan su más alto nivel y triunfan en todo.

Quizá no sea solo su cuerpo lo que me gusta, quizá sea igualmente su fracaso; en eso hay también una especie de pureza.

Arrugo mi tercera princesa, echo el agua sucia con pintura en un cubo y limpio los pinceles. Examino desde las ventanas: David y Joe siguen en el lago pero ahora parece que regresan. Anna está en mitad de las escaleras de la cuesta, con una toalla sobre el brazo. La veo momentáneamente cuadrículada por el mosquitero de la

puerta, pero enseguida se presenta delante de mí.

—Hola —dice—, ¿has conseguido hacer algo?

—No mucho —respondo.

Se acerca a la mesa y alisa mis princesas malogradas.

—Están bien —dice sin mucha convicción.

—Todo eso son descartes —digo.

—Ah —vuelve las hojas boca abajo—. ¿Tú te creías esas cosas de pequeña? —dice—. Yo sí, yo creía de verdad que era una princesa y que iba a acabar viviendo en un castillo. A los niños no deberían enseñarles cosas de esas.

Va al espejo, se estira la cara y se da golpecitos en ella, luego se pone de puntillas, mirándose la espalda para ver si se ha enrojecido.

—¿Qué era lo que podía hacer aquí metido? —pregunta de repente.

Tardo un momento en comprender a qué se refiere. Mi padre, su trabajo.

—No lo sé —digo—. Pues ya sabes.

Me mira haciendo un gesto raro, como si yo hubiera atentado contra el decoro, y me quedo desconcertada, ella me dijo una vez que no te debes definir a ti mismo por tu trabajo sino por ser quien eres. Cuando le preguntan qué hace, habla de movilidad y del Ser en lugar del Hacer; aunque si no le cae bien la persona solo dice: «Soy la mujer de David».

—Vivía —digo.

Esto es casi correcto, le satisface; entra en el dormitorio a cambiarse de ropa.

De repente me indigno con él por desaparecer así, por el problema sin resolver, dejándome sin respuestas que dar cuando se me pregunta. Si iba a morirse debería haberlo hecho abiertamente, a plena luz, para que pudieran marcarlo con una piedra y acabar con el asunto.

Les debe parecer raro, un hombre de su edad que se queda solo todo el invierno en una cabaña a dieciséis kilómetros de cualquier sitio; yo nunca me lo planteé, me parecía lógico. Mis padres siempre quisieron instalarse aquí permanentemente en cuanto pudieran, al retirarse él, que deseaba el aislamiento. No odiaba a las personas, sencillamente las consideraba irracionales; los animales, decía, tenían más lógica, su comportamiento al menos era predecible. Para él eso era lo que ejemplificaba Hitler: no el triunfo del mal, sino el fracaso de la razón. La guerra le parecía irracional también, mis padres eran pacifistas, pero él sí que hubiera luchado, en defensa de la ciencia quizá, si se lo hubieran permitido; este debe ser el único país en que un botánico se puede catalogar como crucial para la defensa nacional.

En cualquier caso, se aisló; podíamos haber vivido todo el año en la pequeña ciudad de la compañía, pero él nos dividió entre dos anonimatos, la ciudad y el campo. En la ciudad vivimos en una sucesión de apartamentos y en el campo eligió el lago más remoto que pudo encontrar; al nacer mi hermano ni siquiera llegaba una carretera hasta allí. Incluso en el pueblo había demasiada gente para su gusto, necesitaba una isla, un sitio donde pudiera recrear no la tranquila vida rural de su

propio padre, sino la de los primeros hombres que llegaron aquí cuando no había nada más que bosque y ninguna ideología más que las que traían consigo. Cuando dicen libertad nunca se refieren a un valor absoluto, sino a estar libre de intromisiones.

El taco de papeles sigue en la estantería junto a la lámpara. Lo he estado rehuyendo, mirarlo sería una intrusión si sigue vivo. Pero ahora que ya he admitido que está muerto más vale que descubra lo que me ha dejado. Ejecutora testamentaria.

Me esperaba algo parecido a un informe, sobre plagas o enfermedades de árboles, asuntos sin resolver; pero en la página de arriba solo hay un dibujo rudimentario de una mano, hecho con un rotulador o un pincel, y unas anotaciones: números, un nombre. Echo un vistazo a las páginas siguientes. Más manos, luego una rígida figura infantil, sin cara y sin pies ni manos, y en la página siguiente una criatura similar con dos cosas como unas ramas de árbol o cornamentas saliéndole de la cabeza. En todas las páginas están los números, y en algunas aparecen unas cuantas palabras garabateadas: LIQUENES ROJO ROPA IZQUIERDA. No consigo entenderlas. La letra es de mi padre, pero modificada, más apresurada o descuidada.

Fuera oigo un crujido de madera sobre madera cuando la canoa embiste el muelle; la han metido demasiado deprisa; luego sus risas. Vuelvo a dejar el taco de papeles en la repisa, no quiero que lo vean.

Eso es a lo que se ha dedicado todo el invierno, ha estado encerrado en esta cabaña haciendo dibujos ininteligibles. Me siento junto a la mesa, el corazón acelerado como de haber abierto lo que yo creía que era un armario vacío y haberme encontrado algo que no debería estar ahí, como una garra o un hueso. Esta es la posibilidad olvidada: puede haberse vuelto loco. Demente, majareta. «Ha perdido el norte», dicen los cazadores de alguien que pasa demasiado tiempo solo en el bosque. Y si se ha vuelto loco, es posible que aún esté con vida; en este caso, ninguna de las reglas sería igual.

Anna sale de la habitación; de nuevo viste vaqueros y una camisa. Se peina delante del espejo, puntas claras, raíces oscuras, canturreando en voz baja *You Are My Sunshine*^[10]; volutas de humo salen de su cigarrillo. *Socorro*, pienso dirigiéndome a ella en silencio, *habla*. Y lo hace.

—¿Qué hay de cenar? —dice; luego, saludando con la mano—: Ahí vienen.

A la hora de cenar nos terminamos la cerveza. David quiere ir a pescar; es la última noche, así que le dejo los platos a Anna y bajo al huerto con la pala y la lata de guisantes que he guardado.

Escarbo en la parte donde hay más hierbajos, cerca del montón de abono, cojo el barro y dejo que se desmenuce; después cribo los gusanos con los dedos. La tierra es rica, los gusanos, rojos y rosa, se mueven.

Nadie me quiere. Todos me odian. Me voy al jardín a comer gusanos.

Lo cantaban sin parar durante el recreo: era un insulto, pero quizá sean comestibles. Se venden como las manzanas de temporada, VERS 5c en los carteles de la carretera, después VERS 10c, es la inflación. En la clase de francés, *vers libre*, lo traduje la primera vez como *gusanos libres* y la profesora creyó que me estaba haciendo la lista.

Meto los gusanos en la lata y les echo un poco de tierra. Al volver a la cabaña los cubro con la palma de la mano; ya están empujando con la punta de la cabeza, intentado salir. Les hago una tapa con un trozo de papel arrancado de la bolsa de la compra, y la sujeto con una goma. Mi madre era de las que guardaban: gomas, cuerdas, imperdibles, botes de mermelada, para ella la crisis no terminó nunca.

David está juntando las partes de su caña de pescar prestada; es de fibra de vidrio, yo no tengo ninguna fe en ella. Descuelgo de los ganchos de la pared la caña de arrastre.

—Vamos —digo a David—, esa puedes usarla para hacer pesca con lastre.

—Enséñame cómo se enciende la lámpara —dice Anna—, yo me voy a quedar aquí leyendo.

No quiero dejarla sola. Lo que me da miedo es mi padre; escondido en algún sitio de la isla, puede, atraído quizá por la luz, surgir en la ventana como una enorme polilla andrajosa; o bien, si le queda algo de lucidez, preguntarle quién es y conminarla a que se marche de su casa. Mientras seamos cuatro se mantendrá alejado, nunca le gustaron los grupos.

—Qué aburrida —dice David.

Le digo a Anna que la necesito en la canoa para hacer contrapeso; es mentira porque ya vamos demasiado cargados, pero ella toma mi afirmación como palabra de experta.

Mientras se están metiendo en la canoa vuelvo al jardín y cojo una rana leopardo pequeña como cebo de repuesto. La meto en un bote de mermelada, al que hago unos agujeros en la tapa.

La caja del aparejo huele a pescado rancio, a bicho viejo; lata de gusanos y frasco

con rana, cuchillo y un montón de ramas de helecho para que los peces sangren encima. Joe en la proa, Anna detrás de él encima de un chaleco salvavidas mirando hacia mí, David encima de otro chaleco salvavidas dándome la espalda y con las piernas entrelazadas con las de Anna. Antes de salir ato un anzuelo plateado y dorado con ojos de rubí al sedal de David y le engancho un gusano, ondulándolo de forma seductora. Las dos puntas se retuercen.

—Aj —dice Anna, que ve lo que estoy haciendo.

«No les hace daño —decía mi hermano— no lo notan». «Entonces, ¿por qué se retuercen?», respondía yo. Él decía que por la tensión nerviosa.

—Pase lo que pase —les digo—, quedaos en el centro.

Salimos pausadamente de la bahía. Esto es demasiado para mí: llevo años sin meterme en una canoa, tengo los músculos hechos trizas; Joe rema como si estuviera removiendo el lago con un cucharón y vamos hundidos de proa. Pero ninguno de ellos va a notar la diferencia. Pienso: menos mal que nuestras vidas no dependen de coger un pez. Si la comida empieza a faltar, muérdete el brazo y chupa la sangre, eso es lo que hacen en los botes salvavidas; o al estilo indio, si no hay cebo prueba con un trozo de tu propia carne.

La línea de la costa retrocede a nuestras espaldas, aquí él no puede seguirnos. Sobre los árboles, unas nubes deshilachadas se extienden por el cielo, como pintura sobre una página mojada; no hay viento al nivel del lago. Suavidad del aire antes de la lluvia. A los peces les gusta esto, a los mosquitos también, pero no puedo usar un insecticida porque impregnaría el cebo y los peces lo notarían.

Costeo tierra firme. Una garza azul surge de una bahía donde ha estado pescando y aletea encima de nosotros, cuello y pico estirados hacia delante y patas largas desplegadas hacia atrás, una serpiente alada. Nos descubre con un áspero graznido de pterodáctilo y se eleva más, dirigiéndose hacia el sudeste. Allí había una colonia de ellas, que aún debe seguir. Pero ahora tengo que hacer más caso a David. El sedal cobrizo se inclina hacia abajo, cortando el agua, vibrando ligeramente.

—¿Se mueve algo? —pregunto.

—Vibra un poco.

—Eso es la cucharilla dando vueltas —digo—. Ten la punta inclinada si notas que muerden, espera un segundo y tira bruscamente, ¿de acuerdo?

—Vale —dice él.

Tengo los brazos cansados. Detrás de mí oigo el tictac de la rana saltando y golpeándose el morro contra la tapa del frasco.

Cuando nos acercamos al acantilado le digo que enrolle el sedal; vamos a pescar con lastre y puede usar su propia caña.

—Túmbate, Anna —dice—, voy a sacar mi propia caña.

Anna dice:

—Por Dios, siempre haces lo mismo con todo, ¿verdad?

El suelta una risita, gira el carrete y el sedal sube; el agua se desliza por él; el

pálido brillo de la cucharilla oscila al salir del lago. Cuando, después de golpear sobre la superficie, llega hasta nosotros, veo que el gusano ha desaparecido. En un gancho hay un jirón de piel de gusano; antes me sorprendía que los señuelos con sus toscos ojos de ídolo africano pudieran engallar a los peces, pero puede que, con el tiempo, ya se lo sepan.

Estamos enfrente del acantilado, losa de piedra gris recta como un monumento, que sobresale ligeramente; un saliente como un escalón en la mitad, líquenes marrones dentro de las fisuras. Pongo una pesa, de plomo, una cucharilla diferente y un gusano nuevo en el sedal de David y lo echo al agua; el gusano cae, rosa, marrón rosáceo, hasta que desaparece en la sombra del acantilado. Los peces, torpedos oscuros, lo están viendo, olfateando, empujando con el morro, creo en ellos como otras personas creen en Dios: no los veo pero sé que están ahí.

—Quédate muy quieta —le digo a Anna, que está empezando a moverse, incómoda.

Los peces oyen.

La luz se disipa, silencio; allá en el bosque, la espiral líquida de la voz del tordo canta al atardecer. El brazo de David se eleva y vuelve a caer.

No pasa nada. Le digo que recoja el sedal; el gusano ha desaparecido otra vez. Saco la ranita, la solución de emergencia, y la engancho firmemente mientras chillaba. Esto antes siempre me lo hacía otra persona.

—Dios, qué sangre fría tienes —dice Anna.

La rana desciende por el agua, moviendo las patas como un hombre nadando.

Todos se concentran, incluso Anna: intuyen que este es mi último truco. Miro fijamente al agua; esto ha sido siempre una especie de meditación. Mi hermano pescaba a base de técnica, les adivinaba las intenciones, pero yo pescaba a base de rezar, escuchando.

Padre nuestro que estás en los cielos. Por favor, haz que piquen los peces.

Después, cuando supe que eso no funcionaba, decía solo: «Por favor que piquen»; por invocación o hipnosis. Él cogía más peces, pero yo podía fingir que los míos se prestaban a ello, que habían elegido morir y me habían perdonado de antemano.

Empiezo a pensar que la rana ha fallado. Pero la magia sigue existiendo, la caña se dobla como la de un zahorí y Anna da un grito de sorpresa.

Yo digo: «Mantén la línea tensa», pero David no atiende, gira el carrete como una tórnix y se dice a sí mismo: «Hala, hala»; repentinamente, el pez sale a la superficie, se eleva y cuelga en el aire como una foto enmarcada encima de la barra de un bar, pero con la diferencia de que se mueve. Se zambulle y da tirones, el sedal se comba, está nadando hacia atrás, intentando soltarse; pero cuando vuelve a saltar, David zarandea la caña haciendo fuerza con todo el cuerpo, ha sido una torpeza, podía haberlo perdido, y el pez sale volando y cae en la canoa con un chasquido, encima de

Anna, que da un bote, gritando: «¡Quítamelo! ¡Quítamelo!», y casi volcamos. Joe dice: «Mierda» y se agarra a la borda, yo me inclino hacia el otro lado, haciendo contrapeso. David está intentando agarrarlo. Se desliza por encima del armazón de la canoa, serpenteando y palmoteando.

—Toma —digo—, dale detrás de los ojos.

Le paso el cuchillo enfundado, prefiero no matarlo yo.

David lo intenta, pero no lo consigue: Anna se tapa los ojos y dice: «Puaj, puaj». Cae con un chasquido delante de mí y yo lo mantengo quieto con el pie, agarro el cuchillo y le doy rápidamente con el mango, aplastándole el cráneo; le tiembla espasmódicamente todo el cuerpo, y se acabó.

—¿Qué es? —pregunta David, estupefacto por lo que ha cogido, pero orgulloso también.

Todos se están riendo, contentos con la victoria y el alivio, como los noticieros de los desfiles al final de la guerra, y eso me pone contenta. Sus voces rebotan en el acantilado.

—Perca —digo—, una lucioperca. Vamos a tomárnosla de desayuno.

Tiene un buen tamaño. La cojo, con los dedos enganchados debajo de las agallas y sujetando firmemente; pueden morder y soltarse incluso estando muertas. La pongo encima de las ramas de helecho y lavo mi mano y el cuchillo. Tiene uno de los ojos colgando y me pongo un poco mala, es porque la he matado, porque la he hecho morir; pero sé que es irracional; tenemos el derecho de matar algunas cosas, lo que nos alimenta y al enemigo, peces y mosquitos; y avispas, cuando hay demasiadas se les echa agua hirviendo dentro de sus galerías. «No las molestes y ellas tampoco te molestarán», nos decía nuestra madre cuando se posaban en nuestros platos. Eso era antes de construir la casa, estábamos viviendo fuera en tiendas de campaña. Nuestro padre decía que venían en ciclos.

—Bonito, ¿eh? —dice David a los demás; está con tentó, quiere halagos.

—Puaj —dice Anna—, da grima. Yo no voy a comer ni un trozo.

Joe gruñe. Me pregunto si estará celoso.

David quiere intentar ir por otro pez; es como el casino, solo paras cuando pierdes. No le recuerdo que ya no me quedan ranas mágicas; saco un gusano y dejo que lo enganche.

Pesca durante un rato, pero no está teniendo suerte. Justo cuando Anna se está volviendo a poner nerviosa oigo un zumbido, una motora. Escucho, puede que vaya a otro sitio, pero rodea un saliente y se convierte en un rugido que se cierne sobre nosotros, una lancha grande, el agua blanca salta desde la popa. El motor para y se desliza a nuestro lado, su estela nos bambolea con fuerza. Una bandera americana delante y otra detrás, dos ejecutivos que parecen enfadados, con cara de perro de presa y buenos trajes, y un lugareño delgado y astroso al timón. Veo que es Claude el del motel; frunce el ceño, le parece que estamos haciendo pesca furtiva en su reserva.

—¿Pican? —grita uno de los americanos, enseñando los dientes, amable como un

tiburón.

Digo «No» y doy un leve puntapié a David. A él le gustaría contárselo, aunque solo fuera por fastidiar.

El otro americano tira la colilla de su puro por la borda.

—Este sitio no es para tanto —le dice a Claude.

—Lo era —contesta Claude.

—El año que viene me voy a Florida —dice el primer americano.

—Recoge el sedal —le digo a David.

Ya no tiene sentido quedarse. Si pescan uno, van a quedarse aquí toda la noche, si no pescan nada en quince minutos van a montar un buen follón dando vueltas por el lago en su barco lleno de cachivaches, dejando sordos a los peces. Son de esos que pescan más de lo que van a comer y lo harían con dinamita si tuvieran facilidades.

Antes creíamos que era gente inofensiva, graciosa y simpática, como el presidente Eisenhower. Una vez conocimos a dos de ellos de camino hacia el lago de las percas, acarreaban su lancha de metal con el motor por una travesía para no tener que remar una vez dentro del lago interior; la primera vez que les oímos haciendo ruido al atravesar el bosque creímos que eran osos. Otro de ellos apareció con una caña de carrete y metió un pie en nuestra hoguera, chamuscándose las botas nuevas; al intentar lanzar el anzuelo metió el cebo, un piscardo auténtico envuelto en plástico transparente, en los arbustos del otro lado de la bahía. Nos reímos de él a sus espaldas y le preguntamos si estaba cazando ardillas, pero no le importó, nos enseñó su encendedor automático, su juego de cocina con asas desmontables y su butaca plegable. Le gustaba todo lo que se pudiera plegar.

En el camino de vuelta nos pegamos a la costa, evitando el centro del lago por si los americanos se empeñaban en pasar rozándonos a toda velocidad; a veces lo hacen por divertirse, su estela podría hacernos volcar. Pero antes de que hayamos recorrido la mitad de la distancia pasan zumbando y se esfuman en el espacio como marcianos en una película de sesión de madrugada, y me relajo.

Cuando volvamos a la casa voy a colgar el pez y a lavarme las manos con jabón para quitarme las escamas y el olor de axila salada. Después de eso voy a encender la lámpara y el horno y voy a hacer chocolate caliente. Por primera vez me siento cómoda aquí, y que es porque nos marchamos mañana. Mi padre va a tener la isla toda para él; la locura es privada, eso lo respeto, viva como viva es mejor que un psiquiátrico. Antes de irnos voy a quemar sus dibujos, son pruebas que no conviene dejar.

El sol ya se ha puesto, nos deslizamos hacia la isla en el crepúsculo. Voces de somorgujo a lo lejos; los murciélagos revolotean cerca, acercándose a la superficie del agua, en calma chicha ahora; los bultos de la costa, rocas grises blancuzcas y árboles muertos, se duplican en el espejo oscuro. A nuestro alrededor la ilusión de un espacio infinito o de ningún espacio, solo nosotros y la costa oscura que parece que podemos tocar; el agua, una ausencia. El reflejo de la canoa flota con nosotros, los

remos se duplican sobre el lago. Es como ir por el aire, sin nada debajo que nos sostenga suspendidos, flotamos hacia la casa.

Por la mañana temprano Joe me despierta; sus manos al menos sí son inteligentes, avanzan sobre mí con delicadeza como las de un ciego leyendo por braille, hábiles, moldeándome como un jarrón, me estudian; repiten pautas que él ya ha establecido, ya saben lo que funciona, y mi cuerpo responde así también, se anticipa a él, educado, presto como una máquina de escribir. Es mejor si no los conoces. Recuerdo una frase, un chiste entonces, pero ahora lúgubre; alguien, en un coche aparcado, después de un baile en el instituto que dijo: «Con una bolsa de papel encima de la cabeza todas son iguales». En aquel momento no entendí lo que él quería decir, pero desde entonces he reflexionado sobre ello. Es casi como un escudo de armas: dos personas haciendo el amor con bolsas de papel encima de la cabeza, incluso sin agujeros para los ojos. ¿Eso estaría bien o mal?

Cuando terminamos y después de descansar, yo me levanto, me visto y salgo a preparar el pescado. Lleva colgado toda la noche, la cuerda que le atraviesa las branquias está atada a una rama de árbol fuera del alcance de posibles rateros: mapaches, nutrias, visones, mofetas. Un chorro de mierda de pez, como la de un pájaro, pero más marrón, babea del ano. Desato la cuerda y bajo el pez al lago para limpiarlo y filetearlo.

Me arrodillo sobre la piedra plana junto al lago, el cuchillo y la fuente para los filetes a mi lado. Esto nunca fue cosa mía; lo hacían otros, mi hermano o mi padre. Le corto la cabeza y la cola y le rajo la tripa y parto el pescado en sus dos mitades. Dentro del estómago hay una sanguijuela a medio digerir y unos restos de cangrejo. Lo divido siguiendo el espinazo, luego según las dos líneas laterales: cuatro trozos, de un color blanco azulado, translúcido. Las entrañas se entierran en el huerto, son fertilizante.

Mientras estoy lavando los filetes, David se acerca al muelle con el cepillo de dientes en la mano.

—Eh —dice—, ¿ese es mi pez?

Mira con interés las vísceras de encima de la fuente.

—Espera —dice—, esa es una muestra imprevista.

Va a buscar a Joe y a coger la cámara; los dos filman solemnemente las tripas del pescado, vejigas desmoronadas y tubos y cuerdas blandas, reorganizándolas entre tomas para conseguir mejores ángulos. A David jamás se le ocurriría dejarse hacer una foto con una pequeña máquina Kodak, sujetando su pez por la cola y sonriendo, ni jamás lo habría disecado y puesto en un pedestal; aun así, quiere inmortalizarlo a su manera. Un álbum de fotos, yo salgo en él en algún sitio, encarnaciones sucesivas de mí misma conservadas y aplastadas como flores prensadas en diccionarios; ese era el otro libro que ella tenía, el álbum de cuero, un cuaderno de bitácora como los diarios. Yo odiaba quedarme quieta, esperando a que sonara el clic.

Meto los filetes en harina y los frío y nos los comemos con tiras de beicon.

—Buena comida, buena carne, buen Dios, qué hambre —dice David; y luego, relamiéndose—: Esto no se consigue en la ciudad.

Anna dice:

—Claro que sí, congelado. Ahora encuentras todo lo que quieras.

Después de desayunar voy a mi cuarto y empiezo a preparar la mochila. A través de la pared de madera contrachapada oigo a Anna ir y venir, sirviendo más café, y el crujido del sofá cuando David se estira sobre él.

Quizá debería doblar todas las sábanas y toallas y la ropa abandonada, atarla en fardos y llevármelos. Aquí ya no va a vivir nadie y las polillas y los ratones acabarán comiéndoselo. Si decide no volver jamás supongo que la casa me pertenece a mí, o la mitad a mí y la mitad a mi hermano; pero mi hermano no va a ocuparse del asunto, desde que se fue les ha rehuido tanto como yo. Aunque él se lo ha montado mejor, simplemente se fue todo lo lejos que pudo: si yo clavara una aguja de hacer punto recta en el globo terráqueo, el pincho saldría donde está él ahora, acampado en el interior del país, inaccesible; probablemente ni siquiera ha recibido mi carta todavía. Derechos mineros, eso es lo que explora, para una de las grandes empresas internacionales, un perito catastral; pero yo no puedo creérmelo, nada de lo que ha hecho desde que nos hicimos mayores me parece real.

—Me gusta esto —dice David. No hay respuesta de los demás—. Vamos a quedarnos un tiempo, una semana, sería genial.

—¿No tenías el seminario ese? —dice Anna poco convencida—. El Hombre y su Entorno Eléctrico, o algo así.

—Electrizante. Eso no es hasta agosto.

—Yo creo que no deberíamos —dice Anna.

—¿Por qué nunca quieres que hagamos algo de lo que yo quiero hacer? —dice David, y se hace un silencio. Luego dice—: ¿Tú qué opinas?

Y Joe dice:

—Por mí, bien.

—Genial —dice David—, podemos volver a pescar.

Me siento en la cama. Me podían haber preguntado a mí primero, es mi casa. Aunque puede que estén esperando a que yo salga, entonces me preguntarán. Si digo que no quiero, por mucho que quieran no van a poder quedarse; pero ¿qué excusa puedo darles? No puedo contarles lo de mi padre, traicionarle; además, podrían pensar que me lo estoy inventando. Está lo de mi trabajo, pero saben que me lo he traído. Podría irme yo sola con Evans pero solo llegaría hasta el pueblo: el coche es de David, tendría que robar las llaves, y además —me recuerdo a mí misma— nunca he aprendido a conducir.

Anna hace un último intento a la desesperada.

—Me voy a quedar sin tabaco.

—Mejor para ti —dice David alegremente—, es un mal vicio. Te vas a quedar como nueva.

Él es mayor que nosotros, tiene más de treinta años, está empezando a preocuparle ese asunto; de vez en cuando se da una palmada en el estómago y dice: «Grasa».

—Me voy a poner de mal humor —dice Anna, pero David solo se ríe y dice:

—Tú inténtalo.

Podría decirles que no hay suficiente comida. Pero se darían cuenta de que es mentira, está el huerto y hay varias filas de latas en las estanterías, carne en conserva Spam^[11], judías en lata, pollo, leche en polvo, de todo. Voy a la puerta de la habitación, la abro.

—De todas formas, tenéis que darle a Evans los cinco dólares —digo.

Por un momento se quedan atónitos, se dan cuenta de que les he oído. Luego David dice: «Sin problemas». Me lanza una mirada rápida, triunfal y calculadora, como si acabara de ganar algo: no una guerra sino la lotería.

Cuando Evans aparece a la hora señalada, David y Joe bajan al muelle a ponerse de acuerdo con él. Les he avisado de que no hablen del pez: si lo hacen, esta parte del lago se pondrá hasta los topes de americanos, tienen una habilidad pasmosa para comunicarse, como las hormigas cuando hay azúcar o las langostas. Al cabo de unos minutos oigo que el barco se pone en movimiento, acelera, después el ruido disminuye. Se ha ido.

Me he librado de Evans, de las explicaciones y de las negociaciones yendo a encerrarme dentro del retrete exterior. Es donde iba cuando había algo que no quería hacer, como arrancar las malas hierbas del huerto. Es el retrete nuevo, el antiguo se quedó viejo. Este está hecho de troncos; mi hermano y yo hicimos el agujero, él cavaba con la pala y yo sacaba la arena con un cubo. Una vez se cayó dentro un puerco espín, les gusta comer mangos de hacha y tapas de retrete.

En la ciudad nunca me escondía en los cuartos de baño; no me gustaban, eran demasiado claros y demasiado blancos. El único sitio de la ciudad donde recuerdo haberme escondido es detrás de la puerta en las fiestas de cumpleaños. Las odiaba, los vestidos de terciopelo morado como bancos de iglesia con cuellos de encaje como tapetes y los regalos, las voces diciendo «Uuuy» con tono de envidia cuando los abrían, y los juegos absurdos: encontrar un dedal o memorizar un revoltijo de cosas encima de una bandeja. Solo había dos cosas que podías ser, un ganador o un perdedor; las madres intentaban amañarlo para que a todos les tocara un premio, pero no sabían qué hacer conmigo, porque yo no quería jugar. Al principio me escapaba, pero después mi madre dijo que tenía que ir. Tenía que aprender a ser bien educada; «civilizada», decía ella. Así que miraba desde detrás de la puerta. Cuando por fin participé en un juego de sillas musicales me acogieron triunfalmente, como a un converso religioso o a un tráfuga político.

Algunos se quedaron decepcionados, aunque, en general, mis costumbres de

cangrejo ermitaño les parecían graciosas, yo les parecía graciosa. Cada año un colegio distinto, en octubre o noviembre cuando la primera nevada caía sobre el lago, era yo la que no conocía las costumbres locales, como una persona de otra cultura: conmigo podían ensayar los trucos y torturas menores que ya se habían infligido unos a otros hasta la extenuación. Cuando los chicos perseguían y capturaban a las chicas después del colegio y las ataban con sus propias cuerdas de jugar a la comba, yo era a la que olvidaban desatar aposta. Pasé más de una tarde atada a vallas y puertas y árboles adecuados, esperando a que pasara un adulto benévolo y me soltara; luego me convertí en una especie de artista de la evasión, experta en deshacer nudos. En los días buenos se apiñaban a mi alrededor, compitiendo por mí.

—Adán y Eva y pellízcame —gritaban:

Al río me fui a bañar;
Adán y Eva cayeron dentro,
¿Quién crees que se va a salvar?

—No lo sé —decía yo.

—Tienes que contestar —decían ellos—, así es el juego.

—Adán y Eva —decía yo astutamente—. Los dos se salvaron.

—Si haces trampas, no jugamos contigo —decían.

Ser retrasado social es como ser retrasado mental, despierta en los demás asco y compasión y un deseo de atormentar y reformar.

Lo pasaba peor mi hermano; nuestra madre le había enseñado que luchar estaba mal, así que volvía a casa todos los días hecho papilla de los golpes. Finalmente ella tuvo que dar marcha atrás: le dejaba pelear, pero solo si los otros le pegaban primero.

Yo no duré mucho en la catequesis. Una niña me dijo que había rezado para conseguir una muñeca de Barbara Ann Scott^[12] con patines de hielo y un traje con adornos de plumón de ganso, y se la habían regalado por su cumpleaños; así que yo decidí rezar también, no como el padre nuestro o la oración de los peces sino para conseguir algo real. Recé para hacerme invisible, y cuando a la mañana siguiente todos siguieron viéndome, supe que se habían equivocado de dios.

Un mosquito se me posa en el brazo y dejo que me pique, esperando hasta que su abdomen se abulte con la sangre antes de exprimirlo con el dedo gordo, como si fuera una uva. Necesitan sangre para poder poner sus huevos. Se ha levantado aire, filtrándose por el mosquitero de la ventana; se está mejor aquí que en la ciudad, con el humo de los tubos de escape y el calor húmedo, el olor a goma quemada del metro, la grasa marrón que se te congela en la piel si paseas al aire libre. Cómo habré podido vivir tanto tiempo en la ciudad, no es un sitio seguro. Aquí siempre me he sentido a salvo, hasta de noche.

Eso es mentira, dice mi propia voz claramente. Me pongo a pensar en ello, planteándomelo, y sí que es mentira: a veces me quedaba aterrorizada, con la linterna

iluminaba el camino que tenía delante, oía un ruido de hojas moviéndose dentro del bosque y sabía que lo que fuera me estaba cazando a mí, un oso, un lobo o algo indefinido sin nombre, eso era peor.

Miro alrededor, a las paredes, la ventana; está igual, no ha cambiado, pero las formas son inexactas, como si todo se hubiera combado ligeramente. Debo tener más cuidado con mis recuerdos, tengo que asegurarme de que son míos y no los recuerdos de otras personas diciéndome qué sentía yo, cómo me comportaba, qué decía: si los hechos son falsos, también lo serán los sentimientos que asocio a ellos. Empezaré a inventármelos y no habrá manera de establecer la verdad, quienes podrían ayudarme ya no están. Repaso rápidamente mi versión de las cosas, mi vida, verificándola como una coartada; encaja, está todo hasta el momento en que me fui. Luego, interferencias, como una pista interrumpida; durante un momento no doy con ello, se borra por completo; ni siquiera mi edad exacta, cierro los ojos, ¿qué ocurre? Es tener el pasado pero no el presente, eso supone el comienzo de la senilidad.

Me niego a dejarme invadir por el pánico, me obligo a mí misma a abrir los ojos, la mano, mi vida grabada en ella, una referencia: arqueo la palma y las líneas se fragmentan, se extienden como ondas. Concentro mi atención en la telaraña que hay junto a la ventana, donde los cadáveres desechados de moscas capturadas capturan a su vez todo el sol; en mi boca, mi lengua articula mi nombre, lo repite como una salmodia.

Entonces alguien llama a la puerta.

—Estés o no estés, te tengo que coger —dice una voz. Es David, puedo identificarle, alivio, vuelvo a ubicarme en mi sitio.

—Un minuto —digo, y él vuelve a llamar con los nudillos y dice:

—Rapidito con esa mierda —soltando una carcajada a lo Pájaro Loco.

Antes de comer les digo que me voy a nadar. Los demás no quieren, dicen que el agua va a estar demasiado fría, y sí está fría, como agua con hielo. No debería ir sola, eso nos lo enseñaron, podría darme un calambre.

Lo que hacía antes era correr hasta la punta del muelle y saltar, era como un ataque al corazón o un relámpago, pero mientras ando hacia el lago me doy cuenta de que ya no tengo valor para hacer eso.

Aquí fue donde él cayó al agua, se salvó solo de casualidad; si hubiera habido viento, mi madre no lo habría oído. Se agachó, estiró el brazo y lo agarró del pelo, lo sacó a pulso y le hizo soltar el agua que tenía dentro. Este ahogamiento nunca pareció afectarle a mi hermano tanto como yo pensé que debería, ni siquiera se acordaba de ello. Si me hubiera pasado a mí, yo me habría considerado una persona con algo especial, por haber resucitado de entre los muertos de esa manera; yo habría vuelto con secretos, habría sabido cosas que la mayoría de la gente no sabe.

Cuando mi madre nos contó la historia, le pregunté dónde habría ido él si ella no le hubiera podido salvar. Dijo que no lo sabía. Mi padre lo explicaba todo, pero mi madre jamás, lo que solo servía para convencerme de que sabía todas las respuestas

pero no quería darlas. «¿Estaría en el cementerio?», dije. En el colegio también se sabían un verso sobre el cementerio:

Mételo en el horno del pan,
Pégale en la mandíbula,
En el cementerio está.
Ja, ja, ja.

«Nadie lo sabe», respondió ella. Estaba haciendo la pasta de una tarta y me dio un poco de masa para que me distrajera. Mi padre hubiera dicho «sí»; él decía que uno muere cuando se le muere el cerebro. Me pregunto si lo sigue pensando.

Abandono el muelle y entro lentamente en el lago, echándome agua por los hombros y el cuello, mientras el frío me atrapa por los muslos; las plantas de mis pies notan la arena, las ramas y las hojas hundidas. En aquel entonces me zambullía y recorría el fondo del lago con los ojos abiertos, la distancia y mi propio cuerpo borrosos y erosionados; o me alejaba más, tirándome desde la canoa o la balsa y poniéndome de espaldas bajo el agua para mirar hacia arriba, las pompas escapándoseme de la boca. Nos quedábamos dentro hasta que la piel se nos entumecía y se ponía de un color raro, violeta azulado. Yo debía de ser sobrehumana, ahora no podría hacerlo. Puede que me esté haciendo vieja, por fin, ¿será eso posible?

Me quedo ahí temblando, viendo a través de mi reflejo mis pies blancos sobre la arena como carne de pez, hasta que finalmente estar al aire es más doloroso que estar en el agua y me doblo y me obligo sin ganas a meterme en el lago.

Dos

Todo el problema está en el bulto de encima de nuestros cuerpos. No estoy contra el cuerpo ni contra la cabeza tampoco: solo contra el cuello, que crea la ilusión de que están separados. El lenguaje se equivoca, no debería tener palabras distintas para ellos. Si la cabeza se uniera directamente con los hombros, como la de un gusano o una rana, sin esa constricción, sin esa mentira, la gente no podría bajar la mirada hacia su cuerpo ni moverlo en todas las direcciones, como si fuera un robot o una marioneta; tendrían que darse cuenta de que si la cabeza se separa del cuerpo los dos morirán.

No estoy segura de cuándo empecé a sospechar la verdad, sobre mí y sobre ellos, qué era yo y en qué se estaban convirtiendo ellos. Una parte de la revelación me llegó velozmente, como las banderas cuando se despliegan, como brotan los champiñones, pero la evidencia se hallaba dentro de mí, solo esperaba a ser descifrada. Desde donde estoy ahora parece como si siempre lo hubiera sabido todo, el tiempo está comprimido como el puño que cierro sobre mi rodilla en el dormitorio oscurecido, tengo dentro de él las claves y soluciones y el poder necesario para lo que debo hacer ahora.

Estaba viendo mal, traduciendo mal, era un problema de dialecto, debería haber usado el mío. En los experimentos que hacían con niños, encerrándolos con enfermeras sordomudas, encerrándolos en armarios, privándolos de las palabras, descubrieron que a partir de una determinada edad la mente es incapaz de absorber ningún idioma; pero ¿cómo podían estar seguros de que el niño no hubiera inventado uno, irreconocible para todos menos para él? Eso salía en el libro verde del instituto, *La salud*, junto a las fotografías de los cretinos y las personas con deficiencias tiroideas, los tullidos y deformes, los ejemplos, con franjas oblongas negras sobre los ojos como criminales convictos: las únicas fotos de cuerpos desnudos que se consideraban apropiadas para que las viéramos. El resto eran diagramas, transparencias con etiquetas y flechas: los ovarios, criaturas marinas moradas, el útero, una pera.

Las voces de los demás y el barajeo y las palmadas sobre las cartas me llegan a través de la puerta cerrada. Risa enlatada, la llevan consigo, los rollos diminutos de cinta y el botón de puesta en marcha oculto en alguna parte de su pecho, con *playback* instantáneo.

Después de que Evans se marchara ese día me puse nerviosa: la isla no era segura, estábamos atrapados. No se daban cuenta pero yo sí; yo era la responsable de todos ellos. La sensación de ojos vigilantes, su presencia al acecho justo detrás de la pantalla de hojas verdes, listo para abalanzarse o salir huyendo, no era predecible lo que iba a hacer, yo intentaba pensar en formas de mantenerles fuera de peligro; no les pasaría nada siempre que no fueran a ningún sitio solos. Quizá fuera inofensivo, pero yo no podía tener la certeza.

Terminamos de comer y saqué las migas de pan fuera para los pájaros. Los arrendajos habían descubierto que había gente viviendo en la cabaña; son inteligentes, sabían que una silueta junto al comedero significaba comida; o quizá unos cuantos fueran suficientemente mayores como para recordar la imagen de mi madre, el brazo extendido. Dos o tres de ellos hacían guardia ahora, inalcanzables, cautos.

Joe me siguió fuera y me miró mientras esparcía las migas. Me puso los dedos en el brazo, frunciendo el ceño, lo que podía significar que quería hablar conmigo: expresarse le suponía todo un esfuerzo, una batalla, las palabras agolpadas detrás de su barba y emitidas de una en una, pesadas y cuadradas como tanques. Su mano me agarró en un espasmo preliminar, pero David apareció con el hacha.

—Oiga, señora —dijo—. Veo que su montón de leña está muy bajo. Le vendría bien un ayudante.

Quería hacer algo útil, y tenía razón; si nos íbamos a quedar una semana, necesitábamos aumentar las provisiones. Le pedí que buscara árboles que estuvieran en pie, muertos pero no demasiado viejos ni podridos. «Sí, señora», me dijo parodiando un saludo militar.

Joe cogió el hacha pequeña y fue con él. Eran hombres de ciudad, me daba miedo que se cortaran los pies de un hachazo; aunque esa sería una salida, pensé, tendríamos que volver. Pero no hacía falta prevenirles contra él, llevaban armas. Él lo vería y saldría corriendo.

Cuando ya habían desaparecido por la ruta hacia el bosque, yo dije que iba a bajar a arrancar las malas hierbas del huerto, otro trabajo que quedaba por hacer. Quería estar ocupada, mantener al menos una apariencia de orden, ocultar el miedo, tanto a los demás como a él. El miedo tiene un olor, como lo tiene el amor.

Arma se dio cuenta de que convenía ayudar; abandonó su novela negra y apagó su cigarrillo, solo a medio fumar; los estaba racionando. Nos atamos un pañuelo a la cabeza y yo fui al cobertizo a coger el rastrillo.

El jardín estaba lleno de sol y caldeado, húmedo como un invernadero. Nos arrodillamos y empezamos a arrancar hierbajos; se resistían, quedándose dentro, arrastrando consigo terrones de barro al salir o partiéndose por el tallo, dejando raíces metidas en la tierra para poder regenerarse; yo buscaba los pies de las plantas en el barro caliente, mis manos verdes de sangre vegetal. Poco a poco las verduras fueron saliendo, pálidas y atrofiadas casi todas, prácticamente estranguladas. Rastrillamos los hierbajos en montones entre las hileras donde se fueron marchitando, muriendo lentamente; después arderían, como brujas, para impedir que reaparecieran. Había unos cuantos mosquitos y estaban los tábanos con sus ojos de arco iris resplandeciente y agujones como agujas puestas a calentar.

Cada cierto tiempo me detenía, mirando la verja, la linde, pero no había nadie. Quizá fuera irreconocible, su forma anterior transfigurada por la edad y la locura y el bosque, un manojo harapiento de ropa podrida, la piel de su cara lanosa por las hojas

secas. El pasado, pensé rápidamente.

Tardaron años en hacer el huerto, la tierra original era demasiado arenosa y anémica. Este óvalo era artificial, producto de la destreza y del abono echado a paladas, un fango negro sacado de los pantanos, estiércol de caballo transportado en barco desde los aserraderos de invierno cuando aún tenían caballos para arrastrar los troncos hasta el lago congelado. Mi padre y mi madre lo transportaban en cestas de cereales puestas encima de una parihuela, dos varas con dos tablones clavados, cada uno de ellos llevando un extremo.

Me acordaba de antes de eso, cuando vivíamos en tiendas de campaña. Fue más o menos aquí donde encontramos el cubo de manteca, rajado como una bolsa de papel, zarpazos y dentelladas arañando la pintura. Nuestro padre se había marchado en un viaje largo, como hacía a menudo, a investigar árboles para la fábrica de papel o para el gobierno, yo nunca estaba segura de para cuál de los dos trabajaba. A nuestra madre le dieron una remesa de comida para tres semanas. El oso se metió andando en la parte trasera de la tienda de la comida, lo oímos por la noche. Pisó los huevos y los tomates y abrió todas las latas de conservas y desparramó el pan envuelto en papel de estraza y rompió los botes de mermelada, salvamos lo que pudimos por la mañana. Lo único con lo que ni se molestó fueron las patatas. Nos las estábamos tomando de desayuno en torno a la hoguera cuando el oso se materializó en el camino, resoplando, con su enorme masa y sus pies planos, una gran alfombra con colmillos, que volvía por más. Mi madre se levantó y caminó hacia él; el oso dudó y gruñó. Ella le gritó una palabra que sonó como «¡Fuera!» y agitó los brazos. El oso se dio la vuelta y se fue pateando el suelo hacia el bosque.

Esa fue la imagen con la que me quedé, mi madre vista desde detrás, los brazos levantados como si estuviera volando, y el oso aterrorizado. Cuando ella contó la historia después, dijo que estaba muerta de miedo, pero yo no me lo creía; había estado tan convencida, tan segura, como si supiera una fórmula mágica infalible: gesto y palabra. Llevaba su chaqueta de cuero.

—¿Estás tomando la píldora? —preguntó Anna repentinamente.

La mire, atónita. Tarde un instante antes responderle, ¿por qué quería saberlo? Era lo que se solía llamar una pregunta personal.

—Ya no —dije.

—Yo tampoco —dijo taciturna—. Ya no conozco a nadie que la siga tomando. A mí me salió un coágulo en una pierna. ¿A ti qué te salió?

Tenía una mancha de barro en la mejilla, la capa rosa de la cara se le estaba ablandando con el calor como alquitrán.

—No veía bien —dije—. Veía las cosas borrosas Dijeron que se me quitaría en un par de meses pero no se me quitó.

Era como tener vaselina en los ojos, pero eso no lo dije.

Anna asintió, tiraba de los hierbajos como arrancara pelo.

—Cabrones —dijo—, con lo listos que son, lo normal es que descubran algo que

funcione sin matarte. David quiere que vuelva a tomarla, dice que no te sienta peor que la aspirina, pero la próxima vez puede ser el corazón o algo así. Sabes, yo no quiero correr ese tipo de riesgos.

Amor sin miedo, sexo sin riesgo, eso es lo que querían que fuera verdad; y casi lo consiguieron, pensé, casi se salieron con la suya, pero igual que con los trucos de los magos o los robos, un éxito a medias es un fracaso y hemos vuelto a lo otro. El amor es tomar precauciones. Habrás tomado precauciones, dicen, no antes sino después. El sexo olía a guantes de goma y ahora vuelve a oler a eso, se acabaron los cómodos paquetes de plástico verde con forma de luna para que la mujer pueda fingir que sigue siendo natural, cíclica, en vez de una máquina tragaperras química. Pero pronto sacarán el útero artificial, me pregunto cómo me voy a tomar eso. Después del primero ni siquiera quise volver a tener otro niño, era preciso aguantar demasiado para nada, te encierran en un hospital, te afeitan el pelo y te atan las manos y no te dejan ver, no quieren que entiendas, quieren que creas que el poder es suyo, no tuyo. Te clavan agujas para que no oigas nada, para ellos podías ser un cerdo muerto, tienes las piernas en alto y metidas en un soporte metálico, se inclinan sobre ti técnicos, mecánicos, carniceros, estudiantes patosos o que ríen por lo bajo mientras hacen prácticas con tu cuerpo, sacan al niño con un tenedor como un pepinillo de un bote de pepinillos. Después de eso te llenan las venas de plástico rojo; lo he visto bajando por el tubo. No voy a dejar que me vuelvan a hacer eso nunca más.

Él no estuvo allí conmigo, no lograba recordar por qué; debería haber estado, ya que fue idea suya, culpa suya. Pero trajo su coche para recogerme después, no tuve que ir en taxi.

Del bosque de detrás nos llegaba el sonido de unos hachazos esporádicos: unos cuantos golpes, los ecos, una pausa, unos cuantos golpes más, la risa de uno de ellos, el eco de la risa. Fue mi hermano el que desbrozó el camino, el año antes de irse, el hacha cortando y el machete dando tajos a la maleza señalando su progreso al irse abriendo camino a lo largo de la costa.

—¿No hemos hecho lo suficiente? —preguntó Anna—. Seguro que me está dando una insolación.

Se sentó sobre los talones y sacó su cigarrillo a medio fumar. Creo que quería que intercambiáramos más confidencias, quería hablar de sus otras enfermedades, pero yo seguí arrancando hierbajos. Patatas, cebollas; el fresal era una selva insalvable, no la tocaríamos; en cualquier caso, la temporada se había acabado.

David y Joe aparecieron entre la hierba larga del otro lado de la verja, uno en cada punta de un tronco delgado. Estaban orgullosos, habían cogido algo. El tronco tenía muescas en muchos sitios como si lo hubieran atacado.

—Hola —gritó David—. ¿Qué tal esas trabajadoras de la plantación?

Anna se puso en pie.

—Vete a la mierda —dijo mirándoles, entrecerrando los ojos bajo el sol.

—Casi no habéis hecho nada —dijo David, incombustible—, ¿a eso le llamáis un

huerto?

Valoré sus hachazos con el ojo recapitulador de mi padre. En la ciudad, él les habría estrechado la mano, evaluándoles astutamente: ¿eran capaces de manejar un hacha?, ¿qué sabían sobre el estiércol? Ellos se quedarían ahí de pie avergonzados con su piel descolorida de suburbio y su ropa universitaria, sin saber qué hacer.

—Está muy bien —dije.

David quería que sacáramos la cámara de cine y rodáramos unas imágenes de ellos llevando el tronco, para *Muestras imprevistas*; declaró que su aparición constituiría un cameo. Joe dijo que no sabíamos manejar la cámara. David contestó que solo había que apretar un botón; hasta un idiota sabría hacerlo; además, podía ser incluso mejor si estaba desenfocado o sobreexpuesto, introduciría el elemento del azar, como un pintor tirando pintura en un lienzo, sería orgánico. Pero Joe dijo que qué pasaba si rompíamos la cámara, quién iba a pagarla. Al final clavaron el hacha en el tronco, después de varios intentos, y se turnaron filmándose uno al otro, los brazos cruzados y un pie encima del tronco, como si fuera un león o un rinoceronte.

Al anochecer jugamos al *bridge*, con las cartas ligeramente grasientas que siempre habían estado ahí, caballitos de mar azules en una baraja, caballitos de mar rojos en la otra. David y Anna formaban equipo contra nosotros. Nos ganaron fácilmente: Joe no sabía jugar bien y yo llevaba años sin jugar. Nunca se me había dado bien; lo único que me gustaba era recoger las cartas y organizarlas.

Después esperé a que Anna fuera andando hasta el retrete conmigo; normalmente yo iba la primera, sola. Nos llevamos las dos linternas; hacían círculos protectores de una débil luz amarilla, moviéndose con nuestros pies conforme andaban. Crujidos, sapos entre las hojas secas; una vez el rápido golpe de aviso de un conejo. Los sonidos no serían de peligro mientras yo supiera lo que eran.

—Ojalá tuviera un jersey más gordo —dijo Anna—. No sabía que iba a hacer tanto frío.

—Hay unos impermeables —le dije—, puedes ver si te sirven.

Cuando volvimos a la cabaña los otros dos estaban en la cama; ellos no se molestaban en ir hasta el retrete después de anochecer, hacían pis en el suelo. Yo me lavé los dientes; Anna empezó a quitarse el maquillaje a la luz de una vela y con su linterna puesta de pie, ellos habían apagado la lámpara.

Entré en mi habitación y me desvestí. Joe murmuró algo, estaba medio dormido; le pasé un brazo por encima.

Fuera, el viento agitaba los árboles; nada más. La diana amarilla de la linterna de Anna se veía en el techo; se movió, ella estaba entrando en su habitación y yo les oía. Primero su respiración, un sonido rápido y desacompasado como si estuviera corriendo; luego empezó su voz, no la de verdad sino deformada, como debía estar su cara, el gimoteo desesperado de un mendigo, *por favor, por favor*. Me puse la almohada encima de la cabeza, no quería escuchar, quería que se acabara pero seguía, *cállate* susurré, pero ella no se callaba. Se estaba implorando a ella misma, era como

si David ni siquiera estuviera allí. *Jesús Jesús ay sí por favor Jesús*. Luego algo diferente, no una palabra sino dolor a secas, puro como el agua, el dolor de un animal en el momento de cerrarse el cepo.

Es como la muerte, pensé, lo peor no es la cosa en sí sino el hecho de ser testigo, supongo que ellos pueden habernos oído igualmente las veces anteriores. Pero yo nunca digo nada.

La puesta de sol había sido roja, de un morado rojizo, y al día siguiente siguió haciendo sol, como yo me había imaginado; sin radio ni barómetro tienes que hacer tus propias profecías. Era el segundo día de la semana, yo iba tachándolos en mi cabeza, las marcas de un prisionero en la pared; estaba rígida, tirante como una cuerda de la ropa, el hecho de que él aún no hubiera aparecido solo aumentaba la posibilidad de que lo hiciera. El séptimo día parecía estar a una enorme distancia.

Yo quería sacarles de la isla, protegerles de él, protegerle a él de ellos, evitarles saber. Podrían empezar a explorar, abrir otros caminos; ya estaban empezando a inquietarse: fuego y comida, las dos únicas necesidades, estaban cubiertas y no quedaba nada por hacer. Sol saliendo, cruzando lentamente el cielo, sombras cambiando irremediabilmente, brisa continua, ausencia de límites definitorios, la única alteración, un ocasional avión lejano, surco de vapor, para ellos debía de ser como vivir en una hamaca.

Por la mañana David pescaba en el muelle, sin coger nada; Anna leía; iba por su cuarta o quinta novela barata. Yo barría el suelo, la escoba se llenaba de largas hebras, oscuras y claras, del sitio donde Anna y yo nos cepillábamos el pelo delante del espejo; después yo intentaba trabajar. Joe se quedaba en el banco de la pared, los brazos rodeándole las rodillas en la postura de uno de esos enanos de jardín, mirándome. Siempre que yo levantaba la vista sus ojos estaban ahí, azules como puntas de bolígrafo o como Superman; hasta con la cabeza vuelta del otro lado notaba su mirada de rayos X fisgándome bajo la piel, una ligera sensación de cosquilleo como si estuviera silueteándome. Era difícil concentrarse; volví a leer dos de los cuentos populares, sobre el rey que aprendió a hablar con animales y sobre la fuente de la vida, pero no pasé de un tosco esbozo de algo que parecía un jugador de fútbol americano. Se suponía que era un gigante.

—¿Qué te pasa? —le dije finalmente, soltando el pincel, rindiéndome.

—Nada —dijo.

Le quitó la tapa al cuenco de la mantequilla y empezó a esculpir agujeros en ella con el dedo índice.

Tendría que haberme dado cuenta mucho antes de lo que estaba pasando, tendría que haber solucionado el problema mientras aún estábamos en la ciudad. Era injusto por mi parte permanecer con él, que se había acostumbrado a esto, se había enganchado, pero yo no me había dado cuenta. A partir del momento en que no puedes distinguir entre placer y dolor, eres un drogadicto. Yo hacía eso, le había suministrado cantidades ilimitadas de nada, que le era preciso llenar de nuevo, como las personas aisladas en un cuarto vacío que ven dibujos.

Después de comer todos se quedaron sentados a mi alrededor expectantes, como esperando a que yo repartiera las ceras y la plastilina o que dirigiera el canto del coro, que les dijera a qué jugar. Rebusqué en el pasado: ¿qué hacíamos cuando había sol y

no teníamos trabajo?

—¿Qué os parece —dije— ir a coger arándanos?

Lo ofrecí como una sorpresa; tenía que ser un trabajo disfrazado bajo otra forma, un juego.

Picaron, contentos por la novedad.

—Eso sí que mola —dijo David.

Anna y yo hicimos sándwiches de crema de cacahuete para un tentempié de media tarde; luego nos bañamos la nariz y los lóbulos de las orejas con la crema bronceadora de Anna y nos pusimos en marcha.

David y Anna iban en la canoa verde, nosotros cogimos la más grande. Aún no sabían remar muy bien pero no había demasiado viento. Yo tenía que dedicar mucha energía solo a mantener recto el rumbo, porque Joe no sabía gobernar; además no lo admitía, lo que empeoraba las cosas.

Zigzagamos en torno a la punta de piedra adonde lleva el sendero; luego llegamos al archipiélago de islas, crestas de colinas hundidas, en tiempos posiblemente una sola cordillera antes de que el lago se inundara. Ninguna de ellas es suficientemente grande para tener un nombre; algunas no son más que rocas con unos cuantos árboles agarrados y anudados a ellas por las raíces. En una de ellas, más adelante, estaba la colina de las garzas. Yo tenía que forzar la vista para verla: en los nidos las crías tenían inmóviles los cuellos de serpiente y las cabezas puntiagudas, imitando ramas muertas. Los nidos estaban todos en un solo árbol, un pino blanco, agrupados para protegerse mutuamente como los chalés de las afueras. Cuando las garzas empiezan a dar picotazos, acaban peleando.

—¿Las ves? —dije a Joe, señalando.

—¿El qué? —dijo él.

Estaba sudando, extenuado, teníamos el viento en contra. Frunció el ceño hacia el cielo, pero no logró distinguirlas hasta que una de ellas se fue elevando y se posó de nuevo batiendo las alas.

Más allá de la isla de las garzas había una mayor, aplastada, con varios pinos rojos alzándose rectos como mástiles de un suelo áspero con arbustos de arándanos. Desembarcamos, atamos las canoas y yo di a cada uno de ellos un bote de hojalata. Los arándanos estaban justo empezando a madurar, sus redondeles contrastaban con el verde como las primeras gotas de lluvia moteando el lago. Cogí mi bote y me puse a la tarea cerca de la orilla; ahí maduran antes.

Durante la guerra, o fue después, nos pagaban un centavo por bote; no había dónde gastarlo, yo no entendía al principio para qué eran los discos metal: hojas por un lado y la cabeza de un hombre cortada por el cuello en el reverso.

Estaba acordándome de otros que también venían habitualmente. No había mucha gente en el lago ni siquiera entonces, el gobierno los había llevado a otro sitio, los había acorralado, pero quedaban los miembros de una familia.

Todos los años aparecían en el lago al llegar la temporada de los arándanos; iban

directamente a los sitios buenos, lo mismo que hacíamos nosotros; a menudo se materializaban como si vinieran desde el aire, cinco o seis de ellos en una canoa que soportaba un gran peso: el padre en la popa, cabeza arrugada y con surcos como una raíz seca; la madre, con cuerpo de calabaza y pelo cortado a la altura de la nuca; el resto, hijos o nietos. Miraban para comprobar cuántos arándanos había, rostros neutros y distanciados, pero cuando veían que nosotros también estábamos cogiendo, se marchaban, deslizándose sin prisa junto a la costa y luego desapareciendo al rodear un cabo o entrar en una bahía, como si nunca hubieran estado ahí. Nadie sabía dónde vivían durante el invierno; aunque una vez pasamos junto a dos de los niños de pie en el arcén de la carretera, vendiendo latas de arándanos. Nunca se me había ocurrido, hasta ahora, que debían de odiarnos.

Los arbustos de la costa crujieron: era Joe, que bajaba detrás de mí. Se puso en cuclillas encima de la roca a mi lado; su bote solo estaba un tercio lleno, alfombrado de hojas y de arándanos todavía de un verde pálido.

—Descansa un poco —dijo.

—Dentro de un minuto.

Yo casi había acabado. Hacía calor, la luz deslumbraba sobre el lago; al sol los arándanos eran tan azules que parecían iluminados desde dentro. Al caer en el bote hacían *plip* como el agua.

—Deberíamos casarnos —dijo Joe.

Dejé el bote cuidadosamente sobre la roca y me volví para mirarle, protegiéndome los ojos con la mano. Quería reírme; era incongruente por completo; no era lo que él llamaría su rollo, las frases oficiales y el papeleo y las promesas, especialmente el carácter definitivo del asunto; además, se había equivocado en el orden, no había llegado a preguntarme si le quería; eso se suponía que iba antes, para eso hubiera estado preparada.

—¿Por qué? —dije—. Estamos viviendo juntos. No necesitamos un certificado para eso.

—Creo que deberíamos —dijo—. Estaría bien.

—Pero no supondría ninguna diferencia —dije—. Todo seguiría igual.

—Entonces, ¿por qué no hacerlo?

Se había acercado más, se mostraba lógico, estaba amenazándome con algo. Giré en redondo, buscando ayuda con los ojos, pero estaban en la otra punta de la isla, la camisa rosa de Anna diminuta y chillona como la banderola de una gasolinera.

—No —dije; la única respuesta a su lógica.

Era porque yo no lo quería, por eso le gratificaría, sería un sacrificio, el de mi repugnancia, el de mi aversión.

—A veces —recalcó, colocando las palabras regular y deliberadamente, estacas clavadas en un tablero— me da la sensación de que te importo una mierda.

—Sí me importas —dije—. No me importas solo una mierda —repitiéndolo como una rima sincopada.

Pensé si sería el equivalente a decir que le quería. Estaba calculando cuánto dinero tenía en el banco para fugarme, cuánto tardaría en hacer las maletas y marcharme, lejos del polvo de arcilla y el olor a moho del sótano y los monstruosos cántaros humanoides, cuánto tardaría en encontrar un sitio nuevo. Demuestra tu amor, te dicen. De verdad quieres casarte conmigo, entonces déjame que te folie. De verdad quieres follar, entonces déjame que me case contigo. Lo importante es que haya una victoria, una bandera que yo pueda agitar, un desfile que montarme en la cabeza.

—No, no te importo, lo noto —dijo, apenado más que furioso; eso era peor, su furia yo sabía manejarla.

Estaba aumentando de tamaño, convirtiéndose en un alienígena, tridimensional; empezó el pánico.

—Oye —dije—, ya he estado casada y no funcionó. También tuve un hijo —mi baza, la voz tranquila—. No quiero volver a pasar por eso.

Era verdad, pero las palabras me salían como las palabras mecánicas de una muñeca parlante, de esas que tienen detrás un cordón del que hay que tirar; el discurso entero se iba desenrollando, todo en orden, un carrete. Yo siempre iba a ser capaz de decir lo que acababa de decir: lo he intentado y he fracasado, estoy inoculada, exenta, clasificada como herida de guerra. No era que no hubiera sufrido, en eso fui concienzuda, era lo que me hacía reunir las cualidades necesarias. Pero el matrimonio era como jugar al Monopoly o hacer crucigramas, el cerebro te podía funcionar así, como a Anna, o no; y yo había demostrado que el mío no. Un pequeño país neutral.

—Con nosotros sería diferente —dijo, ignorando lo que yo había dicho del niño.

Para mi boda rellenamos impresos, nombre, edad, lugar de nacimiento, grupo sanguíneo. Fue en una oficina de correos, se encargó un juez de paz; retratos al óleo de los jefes de correos precedentes presidían desde las paredes *beige*. Recordaba los olores exactos, pegamento y calcetines húmedos, el efluvio a blusa puesta por segunda vez y desodorante cristalizado de la secretaria malhumorada, y desde otra puerta, una ráfaga glacial de antiséptico. Era un día cálido, cuando salimos al sol no vimos nada durante unos instantes; luego apareció la bandada de palomas despeluchadas picoteando el césped raído de la oficina de correos junto a una fuente. La fuente tenía delfines y un querubín al que le faltaba parte de la cara.

—Se acabó —dijo él—. ¿Te encuentras mejor?

Enroscó los brazos alrededor de mí, protegiéndome de algo, el futuro, y me besó en la frente. «Tienes frío», dijo. Las piernas me temblaban tanto que apenas podía mantenerme en pie y notaba un dolor, lento como un gemido. «Vamos —dijo él—, hay que llevarte a casa». Me alzó la cara, escudriñándola a la luz. «Quizá debería llevarte en brazos hasta el coche».

Me hablaba como si fuera una inválida, no una recién casada. Yo en una mano llevaba un bolso o una maleta; la otra la llevaba cerrada. Pasamos andando entre las palomas; a nuestro alrededor revoloteo de alas, confeti. En el coche no lloré, no le

quería mirar. «Sé que es duro —dijo él—, pero es mejor así». Se abren comillas, se cierran comillas. Sus manos flexibles sobre el volante. Un círculo perfecto, giraba; y las marchas entraron, el motor suave como un reloj, la voz de la razón.

«¿Por qué me haces esto?», dije, perdiendo el control. «Vas a estropearlo». Luego me arrepentí, como si hubiera pisado un animal pequeño sin querer, él se quedó tan abatido: él había abdicado, traicionado a los que yo creía que eran sus principios, para poder salvarse, por mí, de mí, y no había conseguido nada a cambio.

Le cogí la mano; me dejó cogérsela, poniéndome mala cara, triste como un felpudo. «No soy todo lo buena que tú te mereces», dije, un lema, palabras escritas en un pergamino como una galleta china de las que tienen un augurio dentro. Le di un beso en un lado de la cara. Estaba intentando ganar tiempo; además, le tenía miedo: el gesto que me hizo al alejarme fue de furia y de frustración.

Estábamos sentados fuera en la jaula de alambre; Joe en la caja de arena con la espalda medio vuelta hacia nosotros, raspando y amasando un montón enorme de arena. Había terminado con su tarta, los demás seguíamos comiendo. Hacía demasiado calor para comer dentro de casa, habíamos tenido que tener el fogón encendido durante dos horas. Tenían bocas moradas y dientes azules que se les veían al hablar o reírse.

—Es la mejor tarta que he comido nunca —dijo David—. Igualita a las que hacía mi madre.

Se relamió los labios y posó, fingiendo ser un anuncio de televisión.

—Vete por ahí —dijo Anna—, no puedes permitirte ni un miserable cumplido, ¿verdad?

La boca morada de David sonrió.

—Eeh —dijo—, si eso era precisamente un cumplido.

—Y una mierda —dijo Anna—. Yo conozco a tu madre.

David suspiró y se echó hacia atrás apoyándose en su árbol, pidiendo comprensión a Joe con los ojos. Pero no consiguió nada, así que optó por mirar hacia el cielo.

—Esto es vida —dijo al cabo de un rato—. Deberíamos montar una colonia, vamos, una comunidad, aquí arriba, juntarnos con más gente, huir de la familia urbana nuclear. Este país no estaría mal si pudiéramos echar a los jodidos cerdos americanos, ¿eh? Entonces podríamos tener algo de paz.

Nadie le contestó. Se quitó uno de los zapatos y empezó a rascarse la planta del pie pensativamente.

—Yo creo que eso sería un escaqueo —dijo Anna abruptamente.

—¿El qué? —dijo David, demasiado tolerante, como si le hubiera interrumpido en mitad de una frase—. ¿Echar a los cerdos?

—Ay, mierda —dijo Anna.

—Si no lo vas a hacer, ¿de qué carajo estás hablando? —dijo él, fingiéndose ofendido.

Pero ella se quedó sentada abrazándose las rodillas, el humo saliéndole por las fosas nasales. Yo me levanté y empecé a recoger los platos.

—Me pone cachondo cuando se agacha —dijo David—. Tiene un culo bonito. A mí me va mucho el rollo de los culos. Joe, ¿no te parece que tiene un culo bonito?

—Te lo regalo —dijo Joe.

Estaba aplastando el montón de arena que había hecho, seguía furioso.

Raspé los restos de la pasta para echarlos al fogón y lavé los platos, el agua se ponía azul rojiza, el color de las venas. Los demás fueron entrando; no les apetecía jugar al *bridge*, se sentaron alrededor de la mesa leyendo novelas negras y números atrasados de revistas, *Maclean's* y *National Geographic*, algunas de ellas eran de hace diez años. Yo ya las había leído todas, así que fui al cuarto de David y Anna con una vela para buscar más.

Tuve que subirme a la cama para llegar al estante. Había una pila alta de libros; la cogí y la bajé adonde estaba la vela. Encima había una fila de novelas baratas, las típicas, pero debajo de ellas había cosas que estaban fuera de su sitio: el álbum de fotos de cuero marrón que debería haber estado dentro de un baúl en la ciudad, junto con los regalos de boda no estrenados de mi madre, cuencos de plata sin brillo y manteles de encaje, y los cuadernos en los que dibujábamos cuando llovía. Yo creía que los había tirado; me pregunté quién los habría traído aquí, cuál de ellos.

Había varios cuadernos; me senté en la cama y abrí uno al azar, con sensación de estar abriendo el diario privado de alguien. Era de mi hermano: explosiones en rojo y naranja, soldados desmembrándose en el aire, aviones y tanques; entonces ya debía estar yendo al colegio, sabía lo bastante como para dibujar unas esvásticas pequeñas a los lados. Más adelante había hombres voladores con capas de cómic y exploradores de otro planeta; se pasaba horas explicándome estos dibujos. Las selvas moradas, me había olvidado de ellas, el sol verde con siete lunas rojas, animales con escamas y púas y tentáculos; y una planta devoradora de hombres, engullendo a una víctima desprevenida, un globo con SOCORRO dentro brotándole de la boca como chicle. Los demás exploradores lo estaban rescatando con sus armas: lanzallamas, fusiles con forma de trompeta, pistolas de rayos. Al fondo estaba su nave espacial, cuajada de artilugios.

El siguiente cuaderno era mío. Lo revisé cuidadosamente, buscando algo en lo que pudiera reconocerme, de dónde venía o qué había fallado; pero no había ni un dibujo, solo ilustraciones recortadas de revistas y pegadas. Eran señoras de todo tipo: sosteniendo latas de detergente, haciendo punto, sonriendo, pasando modelos con sandalias de tacón y medias con costura negra y bonetes y velos. De señora era de lo que te disfrazabas en Halloween cuando no se te ocurría otra cosa, si no querías vestirme de fantasma; o era lo que contestabas en el colegio cuando te preguntaban qué ibas a ser de mayor; decías «Una señora» o «Una madre», cualquiera de las dos

te dejaba a salvo; y no era mentira, yo sí que quería ser eso. En algunas de las páginas había vestidos de mujer recortados de catálogos de compras por correo, sin cuerpos dentro.

Probé con otro: también mío, anterior. Los dibujos eran de huevos de Pascua profusamente decorados, por separado y en grupos. Algunos de ellos tenían conejos con forma de persona que subían a ellos con escaleras de cuerda; aparentemente los conejos vivían dentro de los huevos, había puertas en las partes de arriba, podían quitar las escaleras después de subir. Junto a los huevos más grandes había otros pequeños conectados con ellos por puentes, los retretes. Página tras página de huevos y conejos, hierba y árboles, normales y verdes, rodeándolos, y flores radiantes; el sol en la esquina superior derecha de cada dibujo, la luna simétricamente a la izquierda. Todos los conejos sonreían y algunos reían desternillándose; varios aparecían comiendo cucuruchos de helado protegidos en lo alto de su huevo. Ni monstruos, ni guerras, ni explosiones, ni heroísmo. No recordaba haber hecho jamás estos dibujos, estaba decepcionada conmigo misma: parecía haber sido una niña hedonista, pensé, y bastante indolente también, interesada solo en el bienestar social. O quizá fuera una visión del Cielo.

Detrás de mí alguien entró en la habitación; era David.

—Oiga, señora —dijo—, ¿qué hace metida en mi cama? ¿Es una cliente o qué?

—Perdona —dije.

Volví a dejar el álbum en el estante, pero me llevé los cuadernos a mi habitación y los escondí debajo del colchón, no quería que figonearan.

De noche Joe permaneció vuelto hacia el otro lado, apartado de mí; no pensaba transigir. Le pasé los dedos por la espalda tupida para demostrarle que quería una tregua, restablecer las fronteras donde estaban antes, pero cuando me apartó con un respingo y gruñó iracundo me retiré. Me hice un ovillo, concentrándome en excluirle: era simplemente un objeto en la cama, como un saco o un grelo grande. Hay más de una manera de desollar a un gato, decía siempre mi padre; a mí eso me agobiaba, no veía por qué había que desollar a un gato aunque fuera de una sola manera. Miré a la pared y pensé en refranes: eso es cosa de dos; bodas veloces, bodas atroces; en boca cerrada no entran moscas, sabiduría popular que nunca servía para nada.

Durante el desayuno me ignoró y a los demás también, agazapado sobre su plato, contestando entre dientes.

—¿Qué le pasa? —dijo David.

Le estaba saliendo su barba nueva, una mancha marrón en la barbilla.

—Calla —dijo Anna; pero me miró de reojo, intrigada, haciéndome responsable de lo que fuera.

Joe se pasó la manga de la sudadera por la boca y salió de casa, dejando que la puerta mosquitera se cerrara de golpe.

—Puede que esté estreñido —dijo David—, eso pone a la gente de mal humor. ¿No será que tiene que hacer más ejercicio? —Luego dijo—: Arf, arf —como Popeye, moviendo las orejas.

—Idiota —dijo Anna cariñosamente; le alborotó el pelo.

—Oye, no me hagas eso —dijo él—, que se me va a caer entero.

Se levantó de un salto y fue al espejo para volver a colocarse el pelo por encima de la frente; yo no me había dado cuenta de que se lo peinaba así para cubrir los huecos donde alguna vez le había salido.

Cogí los restos de beicon y las cortezas de pan tostado y los saqué al comedero de los pájaros. Los arrendajos ya estaban allí. Vieron que yo tenía comida y se lo dijeron unos a otros con chillidos roncós. Yo me quedé quieta con el brazo extendido, pero no quisieron bajar volando; aleteaban por encima de mí, haciendo un reconocimiento. Puede que me estuviera moviendo sin saberlo, tenías que convencerles de que eras un objeto, no un enemigo. Nuestra madre nos hacía quedarnos en casa mirando, decía que los asustábamos. Antes la gente creía que el vuelo de los pájaros era un presagio: un augurio.

Oí el silbido de mosquito de un motor acercándose; dejé el puñado de migas encima del comedero y fui a mirar desde la punta. Era el barco de Paul, pintado de blanco, amazacotado, hecho a mano; él me saludó desde la popa. Había otro hombre con él, sentado en la proa, de espaldas.

Llegaron al muelle y yo bajé corriendo los escalones para ir a recibirles; cogí el cabo y lo amarré.

—Cuidado —les dije al bajarse—, hay sitios donde está podrido.

Paul me había traído un montón enorme de verduras de su huerto: me dio un ramo de acelgas, una cesta de judías verdes, un manojo de zanahorias, una coliflor del tamaño de un cerebro, tímidamente, como si no fuera un regalo aceptable. La respuesta apropiada hubiera sido un surtido igual o incluso mayor. Pensé con espanto en el brécol deshilachado y en los rábanos germinados.

—Aquí hay un hombre —dijo—. Me lo han enviado a mí porque conozco a tu padre.

Dio un paso hacia atrás, queriendo pasar desapercibido, y estuvo a punto de caerse del muelle.

—Malmstrom —dijo el hombre como si fuera un código secreto; su mano salió disparada hacia mí. Me trasladé las acelgas al antebrazo y agarré su mano, que apretó la mía confidencialmente—. Bill Malmstrom; por favor, llámame Bill.

Tenía pelo gris bien cortado y un bigote de ejecutivo como los anuncios de camisas, los anuncios de vodka; llevaba ropa campera, algo usada, en el límite de lo auténtico. Colgado de su cuello había un par de prismáticos en una funda de ante.

Caminamos hacia tierra firme; el hombre había sacado una pipa y la estaba encendiendo. Me planteé si sería del gobierno.

—Paul me estaba hablando —dijo, buscando a Paul con la mirada— de la propiedad tan bonita que tiene.

—Es de mi padre —dije.

Su cara descendió formando una curva hacia abajo; si hubiera llevado sombrero se lo habría quitado.

—Ah, sí —dijo—, una tragedia.

No me fiaba de él: no sabía de dónde era el acento; el nombre sonaba alemán.

—¿De dónde es usted? —pregunté, intentando ser educada.

—Michigan —dijo, como si fuera algo de lo que se podía estar orgulloso—. Soy miembro de la delegación de Detroit de la Asociación Protectora de Animales de América; tenemos una delegación en este país, una pequeña delegación bastante activa —me dedicó una gran sonrisa, condescendiente—. De hecho, eso es lo que quería comentar con usted. Nuestros terrenos en el lago Erie se están agotando, por así decirlo. Creo que puedo hablar en nombre del resto de los miembros de Michigan al decir que estamos dispuestos a hacerle una oferta.

—¿De qué? —dije yo.

Sonaba como si quisiera que yo comprara algo, una revista o una tarjeta de socio.

Hizo un barrido en semicírculo con la pipa.

—Esta hermosa propiedad —dijo—. La usaríamos como una especie de refugio, donde los miembros podrían meditar y observar —dio una calada— las maravillas de la naturaleza, y quizá hacer algo de caza y de pesca.

—¿No la quiere ver? —pregunté—. Me refiero a la casa y todo lo demás.

—Debo admitir que ya la he visto; le habíamos echado el ojo a este terreno hace

bastante tiempo. Llevo años viniendo aquí a pescar, y me he tomado la libertad, cuando parecía que no había nadie, de darme una vuelta.

Soltó un leve *ejem*, un mirón de buena posición social pillado de lleno; luego dio un precio que significaba que me podía olvidar de los *Cuentos populares de Quebec* y de los libros para niños y de todo lo demás, al menos durante un tiempo.

—¿Le harán cambios? —pregunté.

Me imaginé moteles, rascacielos.

—Bueno, tendríamos que instalar un generador eléctrico, por supuesto, y un pozo séptico; pero aparte de eso, no, creo que nos gustaría dejarla como está, tiene un evidente —se acarició el bigote— encanto rural.

—Lo siento, pero no está en venta —dije—, ahora mismo no; quizá después.

Si mi padre hubiera muerto quizá le habría gustado la propuesta, pero tal y como estaban las cosas se iba a poner furioso si volvía y se enteraba de que yo había vendido su casa. En cualquier caso, no estaba segura de ser la dueña. Debía de haber escrituras escondidas, títulos de propiedad, papeles legales, yo nunca había tratado con abogados; tendría que firmar impresos o cédulas, quizá tuviera que pagar impuestos de sucesión.

—Bueno —dijo con la cordialidad del perdedor—. Estoy seguro de que la oferta seguirá en pie indefinidamente, por así decirlo.

Sacó la cartera y me dio una tarjeta en la que se podía leer: *Bill Malmstrom, Chiquilandia, Moda para Nenes y Peques.*

—Gracias —dije—, lo tendré en cuenta.

Cogí a Paul del brazo y lo llevé a la huerta, como para corresponderle por lo de las verduras: me parecía que tenía que darle una explicación, al menos a él; se había tomado muchas molestias conmigo.

—Tu huerto no va tan bien, ¿eh? —dijo, inspeccionando.

—No —dije—, acabamos de escardarlo; pero quiero darle...

Miré desesperadamente a mi alrededor, agarré una lechuga mustia y se la entregué, raíces y todo, con la mayor elegancia que pude.

La cogió, parpadeando, desmoralizado.

—A *Madame* le va a gustar —dijo.

—Paul —dije, bajando la voz—, el motivo por el que no puedo vender es que mi padre sigue vivo.

—¿Sí? —dijo, animándose—. Ha vuelto, ¿está aquí?

—No exactamente —dije—. Ahora está fuera, en algo parecido a un viaje; pero quizá esté aquí pronto.

Por lo poco que yo sabía, podía habernos estado escuchando en ese mismo momento, desde detrás de las cañas del frambueso o el montón de restos quemados.

—¿Se ha ido a ver árboles? —dijo Paul, ofendido de que no se le hubiera consultado; normalmente, solían ir juntos—. ¿Tú le has visto primero, antes?

—No —dije—, ya se había ido al llegar yo aquí, pero me ha dejado una nota, más

o menos.

—Ah —dijo, mirando nervioso por encima de mi hombro hacia el bosque.

Estaba claro que no me creía.

Para comer tomamos la coliflor de Paul y unas latas, maíz y jamón frito. Durante las peras en lata David dijo:

—¿Quiénes eran esos dos tíos mayores?

Debía haberles visto desde la ventana.

—Era un hombre que quiere comprar esto —le dije.

—Seguro que es un yanqui —dijo David—, soy capaz de distinguirlos en un cuarto lleno de gente.

—Sí —dije—, pero es de una asociación protectora, que es para la que lo compra.

—Una mierda —dijo David—, es un intermediario de la CIA.

Me reí.

—No —dije; le enseñé la tarjeta de *Chiquilandia*.

Pero David hablaba en serio.

—Tú no les has visto en funcionamiento como yo —dijo misteriosamente, invocando su pasado en Nueva York.

—¿Qué iban a querer hacer aquí arriba? —dije.

—Una base para fisgonear —dijo—, observadores de pájaros, prismáticos, todo encaja. Saben que este tipo de sitio va a ser estratégicamente importante durante la guerra.

—¿Qué guerra? —pregunté, y Anna dijo:

—Ya empezamos.

—Es evidente. Se están quedando sin agua, sin agua limpia, están ensuciando toda la suya, ¿no? Que es justo lo que a nosotros nos sobra; este país es casi todo agua si lo miras en un mapa. Así que dentro de poco, yo calculo que diez años, van a estar arrinconados. Intentarán llegar a un acuerdo con el gobierno, conseguir que les demos agua barata o gratis a cambio de más jabón en polvo o algo así, y el gobierno cederá, serán una panda de marionetas como siempre. Pero para entonces el Movimiento Nacionalista será lo bastante fuerte y obligarán al gobierno a echarse atrás; disturbios o secuestros o lo que sea. Entonces los cerdos yanquis mandarán a los marines, no tendrán más remedio; la gente de Nueva York y Chicago caerá como chinches, la industria se estancará, habrá un mercado negro de agua, la mandarán en buques cisterna desde Alaska. Entrarán por Quebec, que ya se habrá separado para entonces; los Pepsis incluso les ayudarán, se reunirán un montón. Llegarán a las ciudades grandes y cortarán las comunicaciones y se harán con el control, hasta puede que tiroteen a unos cuantos niños, y las guerrillas nacionalistas se meterán en los bosques y empezarán a volar los conductos de agua que los yanquis construyan en sitios como este para llevar el agua hasta allí.

Parecía estar muy convencido de ello, como si ya hubiera ocurrido. Pensé en los manuales de supervivencia. Si los guerrilleros nacionalistas se parecían en algo a

David y Joe, jamás lograrían sobrevivir a los inviernos. No podrían pedir ayuda a las ciudades: estarían demasiado lejos y la gente de ahí sería apática, no les importaría otro cambio de bandera. Si lo intentaban en las granjas de las afueras, los granjeros les perseguirían con escopetas. Los americanos no tendrían ni que defoliar los árboles, los guerrilleros morirían en cualquier caso de inanición y frío.

—¿De dónde os vais a sacar la comida? —dije.

—¿Por qué dices *os vais*? —dijo él—. Solo estoy haciendo conjeturas.

Pensé en cómo saldría en los libros de historia cuando se hubiera acabado: un párrafo con fechas y un breve resumen de lo que había pasado. Así es como era en el instituto, lo enseñaban de forma neutra, una larga lista de guerras y tratados y alianzas, la gente quitando y perdiendo el poder frente a otras personas; pero nadie se planteaba nunca los motivos, por qué lo habían querido, si era bueno o malo. Usaban palabras largas como «demarcación» o «soberanía», no decían lo que significaban y no lo podías preguntar: en el instituto lo adecuado era mirar fijamente al profesor como a una pantalla de cine, y era peor hacer preguntas siendo chica que chico. Si un chico preguntaba algo, los otros chicos hacían ruidos irónicos con la boca como de estar sorbiendo; pero si preguntaba una chica, las demás chicas decían en el baño, después: «Te crees muy lista». En los márgenes que bordeaban el Tratado de Versalles yo dibujaba adornos, plantas con ramas rizadas, corazones y estrellas en vez de flores. Me colocaba para poder dibujar invisiblemente, apenas moviendo los dedos.

Los generales y los momentos históricos quedaban mejor enmarcados. Si pegabas el ojo a la fotografía se desintegraban en puntos grises.

Anna estaba apretujada junto a David en el banco, jugando con una de sus manos mientras él hablaba.

—¿Te había dicho alguna vez que tienes el dedo pulgar de un asesino? —dijo.

—No me interrumpas —dijo él, pero cuando ella puso gesto compungido le dijo —: Sí, me lo has dicho, casi todos los días —y le dio palmaditas en el brazo.

—Tiene la punta ancha y plana —dijo ella, explicándonoslo.

—Espero que no hayas vendido el chiringuito —me dijo David.

Yo dije no con la cabeza.

—Buena chica —dijo él—, tienes el corazón donde tiene que estar. Y el resto del cuerpo también —le dijo a Joe—. Me gusta redondo, compacto y bien puesto. Anna, estás comiendo demasiado.

Yo lavé los platos y Anna los secó, como siempre. De repente Anna dijo:

—David es un gilipollas. Es uno de los tíos más gilipollas que conozco.

Me di la vuelta y la miré: su voz era como un cuchillo, nunca la había oído hablar así de David.

—¿Por qué? —dije—. ¿Qué pasa?

Él no había dicho nada a la hora de comer que pudiera molestarla.

—Seguro que crees que le pones cachondo.

Tenía la boca tensa, estirada, con los labios hacia dentro, como los de un sapo.

—No —dije desconcertada—, ¿por qué iba a pensar eso?

—Esas cosas que dice, ya sabes, como eso de tu culo y que lo tienes bien puesto —dijo con impaciencia.

—Yo creía que era una broma.

Sí que lo había creído, que era una costumbre, tomo meterte el dedo en la nariz, pero verbal.

—Broma, y una mierda. Iba contra mí. Siempre lince eso con otras mujeres delante de mí; se las tiraría estando yo en el mismo cuarto si pudiera. En vez de eso se las tira en otro sitio y luego me lo cuenta.

—Ah —dije. Yo no había deducido eso—. ¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué te lo cuenta?

Anna caviló, con el trapo colgando en la mano.

—Dice que lo hace por honestidad. Menudo cerdo. Cuando me enfado dice que soy celosa y posesiva y que no debería agobiarme, dice que los celos son burgueses, que son los restos de la ética de la propiedad, cree que todos deberíamos ser desinhibidos y compartir el sexo. Pero yo digo que hay unas emociones básicas; si sientes algo deberías dejarlo salir, ¿verdad?

Era un artículo de fe; me miró furiosa, retándome a afirmar o negar; yo no estaba segura, así que no dije nada.

—Finge que él no siente nada de eso, que está por encima —dijo—, pero en realidad es para demostrarme que él puede hacerlo y quedarse tan fresco, yo no puedo impedirselo; todas esas teorías sobre ello son patrañas asquerosas para encubrirlo —levantó la cabeza, sonriente, amable otra vez—. He preferido avisarte para que sepas que si te agarra o algo así no tiene mucho que ver contigo, en realidad lo hace por mí.

—Gracias —dije.

Lamentaba que me lo hubiera dicho; seguía queriendo creer que lo que llamaban un matrimonio bien avenido aún era posible para alguien. Pero era amable de su parte, considerado; sabía que yo en su lugar no lo hubiera hecho, la habría dejado arreglárselas a ella sola, lo del Guardián de Mi Hermano siempre me recordaba a zoos y a manicomios.

El cubo del agua sucia estaba lleno; lo llevé al jardín para vaciarlo en la zanja. Joe estaba tumbado solo encima del muelle, boca abajo; cuando me acerqué para enjuagar el cubo no se movió. En las escaleras me crucé con Anna, que llevaba puesto su biquini naranja, engrasada para su ritual al sol.

En la cabaña metí el cubo debajo de la repisa. David estaba meditando sobre los pelos de su barbilla en el espejo; me deslizó el brazo por media espalda y dijo con voz gutural:

—Tú venir conmigo al retrete.

—Ahora mismo no —dije—, tengo trabajo que hacer.

Fingió pesar.

—Ah, bueno —dijo—, otra vez será.

Saqué mi maleta Samsonite y me senté a la mesa. Él miró por encima de mi hombro.

—¿Dónde está el bueno de Joe?

—Abajo, en el muelle —dije.

—Lo veo pachucho —dijo David—, puede que tenga lombrices; cuando volváis a la ciudad deberías llevarle al veterinario —y un momento después—: ¿Por qué nunca te ríes de mis chistes?

Se quedó en casa mientras yo sacaba los pinceles y el papel. Finalmente dijo:

—Bueno, voy a aliviarme —y salió sin hacer ruido por la puerta, como al final de una obra de vodevil.

Volví a enroscar los tapones en los tubos de pintura, no tenía ninguna intención de trabajar: ahora que me los había quitado a todos de encima iba a buscar el testamento, las escrituras, el título de propiedad. Paul parecía convencido de que había muerto, eso me hacía dudar de mi teoría. Quizá la CIA lo hubiera eliminado para conseguir el terreno. El señor Malmstrom no era del todo plausible; pero eso era absurdo, no podía empezar a sospechar de la gente sin ningún motivo.

Revolví en el hueco bajo el banco de la pared, revisé las estanterías, busqué a tientas bajo las camas donde estaban guardadas las tiendas de campaña. Podía ser que hubiera archivado los papeles en una caja de seguridad, anteriormente, en un banco de una ciudad; no los iba a encontrar nunca. O podía haberlos quemado. En cualquier caso, no estaban aquí.

A no ser que estuvieran entre las páginas de un libro: revisé Goldsmith y Burns, cogiéndolos por el lomo y sacudiéndolos; luego pensé en sus dibujos lunáticos, la única pista que tenía de que quizá no estuviera muerto. Nunca los había revisado todos. Por un lado ese sería el escondite lógico; él siempre había sido lógico, y la locura solo es una ampliación de lo que ya eres.

Bajé el taco de dibujos y empecé a mirar. El papel era fino y suave, como papel de arroz. Primero las manos y las figuras con cornamenta, siempre con números

garabateados en la esquina, luego una hoja más grande, una media luna de la que salían cuatro palos, abultados en la punta. Coloqué bien la página, guiándome por los números, y se convirtió en un barco con gente, las hinchazones eran las cabezas. Era tranquilizador descubrir que era capaz de interpretarlo, que tenía sentido.

Pero el siguiente no era nada que yo pudiera reconocer. El cuerpo era largo, una serpiente o un pez; tenía cuatro miembros o brazos y una cola, y de la cabeza salían dos cuernos ramificados. A lo largo era como un animal, un cocodrilo; en vertical era más humano, pero solo por la posición de los brazos y los ojos mirando hacia delante.

Desquiciamiento mental absoluto. Me planteé cuándo habría empezado; debía de haber sido la nieve y la soledad, él se había extralimitado, eso se te mete por los ojos, el frío negro y afilado de una noche en pleno invierno, los días blancos densos con la luz del sol, el espacio exterior derritiéndose y volviendo a helarse con formas distintas, la mente te empieza a hacer lo mismo. El dibujo era algo que había visto, una alucinación; o podía haber sido él mismo, en lo que creía que se estaba convirtiendo.

Destapé la página siguiente. Pero no era un dibujo, era una carta escrita a máquina, la leí por encima rápidamente. Estaba dirigida a mi padre:

Estimado señor:

Muchas gracias por enviar las fotografías y esbozos y el mapa correspondiente. El material es muy valioso e incluiré parte de él en mi próximo trabajo sobre el tema, con su permiso y el reconocimiento merecido. Le agradecería enormemente cualquier detalle de subsiguientes descubrimientos que pueda hacer. Adjunto copia de uno de mis estudios más recientes que puede resultarle de interés.

Atentamente.

La carta tenía una firma ininteligible y la insignia de una universidad. Pegadas con un clip había media docena de fotocopias: *Pinturas rupestres de la Placa Central, por el Doctor Robin M. Grove*. Las primeras páginas eran mapas y gráficos y estadísticas; las hojeé rápidamente. Al final del artículo había tres párrafos, cortos, subtitulados *Cualidades estéticas y posible significado*.

El tema se divide en las siguientes categorías: Manos, Símbolos Abstractos, Seres Humanos, Animales y Criaturas Mitológicas. En el tratamiento se parecen, con sus miembros alargados y extrema distorsión, a los dibujos infantiles. La rigidez estática ofrece un marcado contraste con las pinturas rupestres de otras culturas, muy notablemente las pinturas cavernarias europeas.

De las características mencionadas podemos deducir que a los creadores

de las pinturas les interesaba exclusivamente el contenido simbólico, a expensas de la expresividad y forma. Sin embargo, solo podemos permitirnos conjeturas en cuanto a la naturaleza de este contenido, ya que no existen datos históricos. Los informantes sondeados han aportado tradiciones contradictorias. Algunos afirman que los emplazamientos de las pinturas son morada de espíritus poderosos o protectores, lo que puede explicar la costumbre, mantenida en regiones apartadas, de dejar ofrendas de ropa y pequeños manojos de bastones «votivos». Uno concede más credibilidad a la teoría de que las pinturas están asociadas a la práctica de ayunar para producir sueños significativos o premonitorios.

Dudosa también es la técnica empleada. Las pinturas parecen haberse ejecutado o bien con los dedos o con algo parecido a un tosco pincel. El color predominante es el rojo, con incidencias menores de blanco y amarillo; esto puede deberse o bien al hecho de que para los indios el rojo es un color sagrado o a la disponibilidad relativa de óxidos de hierro. El agente adherente se está investigando; puede resultar ser grasa de oso o huevos de ave, o quizá sangre o saliva.

La prosa académica rezumaba lógica; mis hipótesis se desmenuzaron como arena. Esta era la solución, la explicación: él nunca deja las cosas sin explicar.

Entonces sus dibujos no eran originales, solo copias. Las habría estado haciendo como una especie de pasatiempo al retirarse; era un aficionado y un entusiasta incurable: si le había dado por estas pinturas rupestres, habría peinado toda la zona en su busca, recopilándolas con su cámara, incordiando a los expertos por escrito cada vez que encontrara una; un anciano haciéndose ilusiones de ser útil.

Me apreté los ojos con los dedos, haciendo fuerza, para cercar la piscina de negrura con color intenso. Al soltar, el rojo volvía a entrar, abrupto como el dolor. El secreto se había aclarado, nunca había sido un secreto, lo había fabricado yo, eso era más sencillo. Se me abrieron los ojos, empecé a organizarme.

Pensé, supongo que lo sabía desde el principio, que no tenía que haber intentado descubrirlo, eso le ha matado. Tenía la prueba ahora, indiscutible, de la cordura y, por lo tanto, de la muerte. Alivio, pesar, tendría que haber sentido lo uno o lo otro. Un vacío, un chasco: los locos pueden volver, de donde vayan a refugiarse, pero los muertos no, están prohibidos. Intenté recordarle, ver su cara, cómo había sido cuando estaba vivo, me di cuenta de que no podía; lo único que veía eran las tarjetas que sostenía en alto, poniéndonos a prueba: $3 \times 9 = ?$ Ahora estaba tan ausente como un número, un cero, el signo de interrogación en el lugar de la respuesta que faltaba. Cantidad desconocida. Como hacía él. Había que medirlo todo.

Me había quedado mirando los dibujos, estaban enmarcados por mis dos brazos puestos paralelos encima de la mesa. Empecé a fijarme en ellos otra vez, había una laguna, algo sin explicar, algo que sobraba.

Extendí las primeras seis páginas encima de la mesa y las estudié, usando lo que llaman mi inteligencia; produce un cortocircuito en todo lo demás. Las notas y números eran aparentemente un código de localización, eran como un *puzzle* que me había dejado para resolver, un problema aritmético; él nos enseñaba matemáticas, nuestra madre nos enseñaba a leer y escribir. Geometría, lo primero que aprendí fue a dibujar flores con compases, eran como imágenes en ácido. Antes creían que así podías ver a Dios, pero yo lo único que veía eran paisajes y formas geométricas, que daría lo mismo si creías que Dios era una montaña o un círculo. Él decía que Jesús era un personaje histórico y Dios era una superstición, y una superstición era algo que no existía. Si dices a tus hijos que Dios no existe se verán obligados a creer que el dios eres tú, pero ¿qué ocurre cuando descubran que eres humano al fin y al cabo, que tienes que envejecer y morir? La resurrección es como las plantas, Jesucristo ha resucitado hoy, cantaban en la catequesis, para celebrar la existencia de los narcisos; pero las personas no son cebollas, como decía él tan razonablemente, esas se quedan abajo.

Los números eran un sistema, un juego; iba a jugarlo con él, le haría parecer menos muerto. Alineé las hojas y comparé las notas, cuidadosamente, como un joyero.

En uno de los dibujos, otra figura con cornamenta, por fin di con la clave: un nombre que reconocía, la laguna del Abedul Blanco donde íbamos a pescar percas. Estaba conectada con la laguna principal mediante una travesía. Entré en la habitación de David y Anna donde el mapa del distrito estaba pegado con chinchetas a la pared. Señalando un punto de la tierra había una x roja diminuta y un número, idéntico al número del dibujo. El nombre impreso era diferente, *Lac des Verges Blanches*; el gobierno había estado traduciendo todos los nombres ingleses al francés, aunque los nombres indios se habían quedado igual. Esparcidas aquí y allá había otras X, como un mapa del tesoro.

Quería ir a verificarlo, a cotejar el dibujo con la realidad; así estará segura de haber seguido las normas y haberlo hecho bien. Podía disfrazarlo de viaje para ir a pescar; David no había vuelto a coger nada desde su primer intento, a pesar de sus esfuerzos. Teníamos tiempo para ir hasta allí y volver con dos días de sobra.

Oí la voz de Anna acercándose, cantando, las palabras apagándose conforme se le cortaba la respiración al subir las escaleras. Volví al cuarto grande.

—Hola —dijo—, ¿se me nota morena?

Estaba rosa ahora, a medio cocer, el blanco asomándole por los bordes naranja de su biquini, el cuello separando el color del cuerpo del color artificial de la cara.

—Un poco —dije.

—Oye —dijo, su voz convirtiéndose en preocupación—, ¿qué le pasa a Joe? He estado en el muelle con él y no ha dicho ni una palabra.

—No habla mucho —dije.

—Ya lo sé, pero esto es distinto. No hace más que estar ahí tumbado.

Estaba presionando, exigiendo respuestas.

—Piensa que deberíamos casarnos —dije.

Las cejas se le levantaron como antenas.

—¿En serio? ¿Joe? No es...

—Yo no quiero.

—Ah —dijo—, entonces es horrible. Debes estar fatal —ya se había enterado; ahora estaba poniéndose crema para después del sol en los hombros—. ¿Te importa? —dijo, dándome el tubo de plástico.

Lo que sentía no tenía nada de terrible; me di cuenta de que no notaba prácticamente nada, ni lo había notado en mucho tiempo. Puede que hubiera sido así toda la vida, como hay niños que nacen sordos o sin el sentido del tacto; pero si eso fuera verdad, no habría sentido la ausencia. Sin duda, en algún momento el cuello debía de haberseme cuajado, un lago helado o una herida, encerrándome dentro de mi cabeza; desde entonces todo me había rebotado, era como estar dentro de un jarrón, o en ese pueblo donde yo les veía pero no les oía porque no entendía lo que decían. Las botellas también distorsionan para el observador: las ranas metidas en un bote se alargaban a lo ancho; a sus ojos, yo debía de aparecer grotesca.

—Gracias —dijo Anna—, espero no pelarme. Creo que deberías ir a hablar con él, o hacer algo.

—Ya lo he hecho —dije; pero sus ojos me acusaban, no había hecho lo suficiente, conciliación, expiación.

Fui obedientemente hacia la puerta.

—A lo mejor lo solucionas —me dijo al alejarme.

Joe seguía en el muelle, pero ahora estaba sentado en el borde con los pies en el agua, me agaché junto a él. En la parte de arriba de los dedos de los pies tenía pelos oscuros, espaciados como las agujas de una rama de bálsamo.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿Estás malo?

—Mierda, lo sabes perfectamente —dijo al cabo de un instante.

—Vámonos a la ciudad otra vez —dije—, igual que estábamos antes.

Le agarré la mano para poder notar la palma encallecida, endurecida por el torno, como de hormigón.

—Me estás vacilando —dijo, sin mirarme—. Lo único que quiero es una respuesta clara.

—¿A qué? —dije.

Cerca del muelle había unos zapateros, esos insectos que se deslizan sobre el agua; las frágiles sombras de los hoyuelos que hacían con la presión de las patas llegaban hasta la arena bajo el agua, moviéndose al moverse ellos. La vulnerabilidad de él me avergonzó, aún era capaz de sentir, debería haber sido más prudente.

—Si me quieres o no, nada más —dijo—. Es lo único que importa.

De nuevo el idioma. Yo no podía usarlo porque no era mío. Él debía saber lo que quería decir, pero era una palabra imprecisa; los esquimales tenían cincuenta y dos

palabras para la nieve porque era importante para ellos; debería haber la misma cantidad para el amor.

—Quiero quererte —dije—. Te quiero, de cierta manera.

Rebusqué en mi cerebro para dar con cualquier sentimiento que coincidiera con lo que había dicho. Sí quería querer, pero era como pensar que Dios debería existir y no ser capaz de creer.

—Dios santo, joder —dijo, apartando la mano—, solo sí o no, déjate de tonterías.

—Estoy intentando decir la verdad —dije.

La voz no era mía, salía de alguien vestida como yo, que me imitaba.

—Lo cierto es —dijo con amargura— que mi trabajo te parece una mierda, te parezco un perdedor que no merece la pena.

Su cara se contrajo. Era el dolor: lo envidié.

—No —dije, pero no era capaz de expresarme bien y él necesitaba algo más que eso—. Sube a la cabaña —dije; Anna estaba allí, nos ayudaría—. Voy a hacer un té.

Me levanté, pero él no quiso seguirme.

Mientras se calentaba el fogón bajé el álbum de cuero del estante de la habitación de ellos y lo abrí encima de la mesa, donde Anna estaba leyendo. Ya no era su muerte, sino la mía, lo que me preocupaba; quizá pudiera averiguar cuándo ocurrió el cambio por las diferencias en mis rostros anteriores, vivos hasta un año concreto, un día, después congelados. La duquesa de la corte francesa antes de la Revolución, que dejó de reír y llorar para que su piel nunca cambiara ni se arrugara; funcionó, murió inmortal.

Las abuelas y abuelos primero, antepasados lejanos, desconocidos mirando hacia delante, posando como ante un pelotón de fusilamiento: las máquinas de fotos no eran comunes entonces, quizá pensaran que les estaban robando el alma, como los indios. Debajo tenían carteles en blanco, la cuidadosa letra de mi madre. Mi madre antes de casarse, otra desconocida, con pelo cortado a lo chico y un gorro de lana. Fotos de bodas, sonrisas encorsetadas, mi hermano antes de nacer yo, luego empezaban a aparecer fotos mías. Paul llevándonos al lago en su trineo con caballos antes de que dejara de haber hielo. Mi madre, con su chaqueta de cuero y pelo de 1940 largo y raro, junto al comedero de pájaros, el brazo extendido; los arrendajos también estaban, los está amaestrando, uno lo tiene encima del hombro observándola con astutos ojos de chincheta, otro se le está posando en la muñeca, las alas captadas como un borrón. El sol se cuele a su alrededor a través de los pinos, sus ojos mirando directamente a la cámara, asustados, retrocediendo hacia las sombras de su cabeza como una calavera, un efecto de la luz.

Me vi ir haciéndome mayor. Madre y padre en fotos alternas, construyendo la casa, las paredes y luego el techo, plantando el huerto. A su alrededor había rebordes de papel blanco, en cada esquina un triángulo fijador, eran como pequeñas ventanas grises y blancas abiertas en un lugar que yo ya no podía alcanzar. Yo salía en la mayoría de las fotos, encerrada detrás del papel; o no yo, sino la parte desaparecida

de mí.

Fotos del colegio, mi cara alineada con otras cuarenta, profesores colosales elevándose por encima de nosotros. Siempre lograba descubrirme, yo era la que estaba borrosa por moverme o volviéndome hacia otro lado. Más adelante, relucientes fotos en color, niños olvidados con granos y claveles, yo con esos vestidos tiesos, crinolina y tul, a capas como las tartas de cumpleaños de las tiendas; por fin me habían civilizado, un producto terminado. Ella decía: «Estás muy bien así, cielo», como si lo creyera; pero yo no estaba convencida, ya sabía para entonces que ella no entendía de cosas normales.

—¿Esa eres tú? —dijo Anna, soltando *El misterio de Sturbridge*—. Por Dios, ¿cómo éramos capaces de ponernos eso?

Las últimas páginas del álbum estaban vacías, con unas fotos sueltas metidas entre las páginas negras como si mi madre no hubiera querido acabar. Después de los vestidos formales yo desaparecía, ninguna foto de boda, claro que no habíamos hecho ninguna. Cerré la tapa, alisando los bordes.

Ni pistas ni datos, no sabía cuándo había ocurrido. Yo debía de estar bien entonces; pero después de eso me había dejado cortar en dos. Mujer serrada en una caja de madera, en traje de baño, sonriendo, un truco hecho con espejos, lo leí en un cómic; solo que conmigo había habido un accidente y me había partido. La otra mitad, la que estaba encerrada, era la única capaz de vivir; yo era la mitad equivocada, desgajada, terminal. No era más que una cabeza, o no, algo menor, como un dedo cortado; insensible. En el colegio hacían una broma, traían unas cajitas con algodón dentro y un agujero debajo; metían el dedo por el agujero y fingían que era un dedo muerto.

Salimos del muelle a las diez por el reloj de David. El cielo estaba azul pastel, los grupos de nubes blancos por la espalda y grises por la tripa. Viento en popa, olas adelantándonos, mis brazos subiendo y columpiándose, ligeros y automáticos como si supieran qué hacer. Yo iba delante, mascarón de proa; detrás de mí Joe daba paletazos al agua, la canoa iba avanzando.

Los puntos de referencia iban pasando, desplegándose, mapa unidimensional compactándose en piedra y madera a nuestro alrededor: cabo, acantilado, árbol muerto torcido, isla de las garzas con sus intrincadas siluetas de pájaros, isla de los arándanos navegando con sus pinos mástiles, primeros planos. En la siguiente isla hubo una vez una cabaña de cazador, troncos rellenos de hierba y un montón de paja donde estaba la cama; vi que no quedaba nada más que una maraña de madera podrida.

Por la mañana hablamos, inútilmente, pero con voz tranquila y racional como si estuviéramos comentando la cuenta de teléfono; lo que significaba que era definitivo. Aún estábamos en la cama, sus pies asomaban al fondo. Estaba deseando llegar a vieja para no tener que volver a hacer esto.

—Cuando volvamos a la ciudad —dije—, me mudo.

—Me voy yo si quieres —dijo él generosamente.

—No, tú tienes allí todos tus cántaros y tus cosas.

—Haz lo que quieras —dijo—, como siempre.

Lo consideraba una competición, como esos niños del colegio que te retorcían el brazo y decían: «¿Te rindes?, ¿te rindes?». Hasta que te rendías; entonces te soltaban. Él no me quería, era una idea de sí mismo lo que quería y buscaba tener alguien a su lado, servía cualquiera, yo no importaba. Así que no tenía que preocuparme.

El sol estaba en el cenit. Comimos en una isla escarpada, casi en la parte ancha del lago. Al llegar a tierra descubrimos que alguien ya había construido una chimenea en el saliente de granito pelado que tenía la costa; había basura tirada alrededor, mondas de naranja y latas y un bulto rancio de papel grasiento, las huellas de los humanos. Eran como perros meando en una valla, como si la infinitud, el agua anónima y la tierra sin dueño les hicieran sentirse obligados a dejar su firma, marcar su territorio, y la basura era lo único que tenían para poder hacerlo. Cogí los restos del revoltijo y los amontoné a un lado. Ya los quemaría después.

—Eso es asqueroso —dijo Anna—. ¿Cómo puedes tocarlo?

—Es el distintivo de un país libre —dijo David—. Alemania con Hitler estaba muy limpia.

No hizo falta usar el hacha, la isla estaba cubierta de palos secos, ramas desechadas por los árboles. Herví agua e hice té y tomamos sopa de pollo con fideos, de sobre, y sardinas y puré de manzana de lata.

Nos sentamos a la sombra, humo blanco y el olor a mondas de naranja

chamuscadas envolviéndonos cuando viraba el viento. Pasando un palo por el asa quité el cazo del fuego y serví el té; tenía ceniza y trozos de rama flotando dentro.

—Señores —dijo David, alzando su taza de hojalata—. Arriba la Reina. Hice eso una vez en un bar de Nueva York y se acercaron tres hijos de la Gran Bretaña y querían empezar una pelea, creían que éramos yanquis insultando a su reina. Pero les dije que es nuestra reina también, así que tenemos derecho, y acabaron invitándonos a una copa.

—Creo que sería más justo —dijo Anna— si lo hicieras diciendo: «Señoras y señores, arriba la Reina y el Duque».

—Nada de feminismo de ese —dijo David, los ojos entornados— o acabarás en la calle. No pienso tener una feminista en casa, defienden la castración aleatoria, les va ese tema, recorren las calles en bandas salvajes, armadas con podaderas.

—Yo me uno si te unes tú —me dijo Anna, bromeando.

Dije:

—Yo creo que los hombres deberían ser superiores.

Pero ninguno de ellos oyó bien todas las palabras; Anna me miró como si la hubiera traicionado y dijo:

—Anda, menudo lavado de cerebro te han hecho.

David me preguntó:

—¿Quieres un trabajo? —Y a Joe—: ¿Has oído eso? Eres superior. —Pero cuando Joe solo gruñó, dijo—: Deberías hacerle una instalación eléctrica para que se le oiga. O ponerle un enchufe y una pantalla, estaría genial de lámpara para una mesa auxiliar. El año que viene voy a llevarle como orador invitado a dar una conferencia sobre vegetación adulta, «Cómo se comunican los cántaros»; que entre y no diga nada durante dos horas, eso les va a alucinar.

Joe sonrió por fin, débilmente.

Por la noche yo había necesitado salvamento; si se pudiera lograr hacer a mi cuerpo sentir, responder, moverse con suficiente fuerza, algunas de las sinapsis, rojas como bombillas, neuronas azules, moléculas incandescentes, podrían entrar en mi cabeza filtrándose a través de la garganta cerrada, la membrana del cuello. El placer y el dolor van juntos según dicen, pero la mayor parte del cerebro es neutral; insensible, como grasa. Ensayé los sentimientos, nombrándolos: alegría, paz, culpa, alivio, amor y odio, reaccionar, relacionar; qué sentir era como qué ponerte, mirabas a los demás y memorizabas. Pero lo único que había era el miedo a no estar viva: un negativo, la diferencia entre la sombra de un alfiler y cómo es cuando te lo clavas en el brazo, en el colegio, enjaulada en el pupitre. Yo hacía eso, con plumillas y puntas de compás también, instrumentos de la sabiduría, el Inglés y la Geometría; han descubierto que las ratas prefieren cualquier sensación antes que ninguna. Los dorsos de mis brazos estaban punteados de pequeñas heridas, como los de un adicto. Me deslizaron la aguja dentro de la vena y me dejé ir cayendo, era como bucear, hundirse pasando de una capa de oscuridad a otra más profunda, profundísima; cuando ascendí

atravesando la anestesia, verde claro y luego luz del sol, no recordaba nada.

—No le molestes —dijo Anna.

—O puede que organice un curso corto esta vez —dijo David—. Para los empresarios, cómo abrir el desplegable central del *Playboy* solo con la mano izquierda, dejando la derecha libre para actuar; para las amas de casa, cómo encender la tele y apagarse la cabeza, es lo único que necesitan saber, luego nos podemos ir a casa.

Pero él no quería, necesitaba que alguien le salvara, y ninguno de los dos se ponía la capa y las botas y la sudadera del rayo, a los dos nos daba miedo el fracaso; estábamos con las espaldas pegadas una a la otra, fingiendo dormir, mientras Anna rogaba en el vacío detrás de la pared de contrachapado. Cómicos románticos, en la portada siempre una cara rosa rezumando lágrimas como un polo derretido; las revistas de hombres eran sobre placer, coches y mujeres, las pieles brillantes como conductos internos. En parte era un alivio, estar exenta de sentir.

—Vuestro problema es que odiáis a las mujeres —dijo Anna ferozmente; tiró el resto de su té y los posos de su taza al lago, que cayeron haciendo plaf.

David sonrió.

—Eso es lo que se llama reaccionar con retraso —dijo—. Tócale el culo a Anna y gritará tres días después. Alégrate, ¡te pones tan mona cuando te enfadas!

Se acercó a ella a gatas y le frotó la cara con la barbilla rasposa de cadillo y le preguntó si le gustaría que la violara un puerco espín.

—¿Te sabes ese? —dijo—. ¿Cómo lo hacen los puerco espines? ¡Con mucho cuidado!

Anna le sonrió como si fuera un niño con una lesión cerebral.

Al minuto siguiente él se había levantado y daba brincos por el saliente, agitando el puño apretado y gritando «¡cerdos!, ¡cerdos!» todo lo alto que podía. Eran unos americanos, pasaban de camino al pueblo, su barco salpicando al subir y bajar con las olas, soltando penachos de espuma, banderas desplegadas de popa a proa. No le oían por el viento y el motor, creían que les estaba saludando, agitaron los brazos y sonrieron.

Lavé los platos y remojé la chimenea, las piedras calientes chisporrotearon; recogimos y volvimos a ponernos en marcha. Hacía peor tiempo, había cabrillas en el centro del lago, la canoa se balanceaba debajo de nosotros, tuvimos que esforzarnos para impedir que volcara de costado; la espuma serpenteaba sobre el agua oscura, olas pasadas. Surcando el lago con los remos, los oídos llenos de aire móvil; aliento y sudor, dolor de músculos, mi cuerpo al menos estaba vivo.

El viento era demasiado fuerte, tuvimos que cambiar de rumbo; enfilamos la orilla de sotavento y la seguimos, todo lo cerca de la isla que nos fue posible, serpenteando por el laberinto de rocas y bajíos. Era el camino más largo pero los árboles nos protegían.

Finalmente llegamos a la bahía estrecha donde estaba la travesía; el sol marcaba

las cuatro; nos había retrasado el viento. Esperaba ser capaz de encontrar el sitio, el inicio del camino; sabía que estaba en el lado opuesto. Cuando rodeábamos el cabo oí un sonido, un sonido humano. Al principio era como una motora arrancando; luego fue un gruñido, una sierra eléctrica, ahora les veía, dos hombres con cascos amarillos. Habían dejado un rastro, árboles talados a intervalos y echados en la bahía, los troncos cortados limpiamente como con un cuchillo.

Topógrafos, la fábrica de papel o el gobierno, la compañía eléctrica. Si era la compañía eléctrica, sabía lo que significaba: iban a elevar el nivel del lago como habían hecho hacía sesenta años, estaban trazando el nuevo contorno de la costa. Otros siete metros más y esta vez no iban a cortar los árboles como habían hecho antes, dejarían que se pudrieran. El huerto iba a desaparecer, pero la cabaña sobreviviría; la colina se convertiría en una isla de arena erosionada y rodeada de árboles muertos.

Al pasar nos miraron durante un instante, luego volvieron a su trabajo, indiferentes. Una avanzadilla, agentes. Susurro y chasquido mientras el árbol se tambaleaba, golpe y chapoteo al caer. Cerca de ellos había un poste clavado en el suelo con cifras en pintura roja reciente. El lago no les importaba, solo contaba el sistema: sería un embalse. Durante la guerra. Yo no iba a poder hacer nada, no vivía allí.

El desembarcadero de la travesía estaba obstruido con trozos de madera, empapado y cubierto de moho. Llegamos lo más lejos posible entre los troncos resbaladizos, luego nos bajamos y vadeamos, arrastrando las canoas, calándonos los zapatos. Era malo para las canoas, rozaba la quilla. Había otras marcas de pintura recientes.

Descargamos las canoas y yo amarré los remos en su sitio sobre los bancos. Dijeron que ellos llevaban las tiendas y las canoas y Anna y yo podíamos llevar las mochilas y lo demás, las cañas de pescar y la caja del aparejo con el frasco de ranas que yo había cogido por la mañana, y el equipo de cine. David se había empeñado en traerlo, aunque le había advertido que podíamos volcar.

—Tenemos que acabar la película —dijo—; solo lo tenemos alquilado otra semana más.

Anna dijo:

—Pero no va a haber nada que os interese.

Y David contestó:

—¿Tú qué sabes lo que a mí me interesa?

—Hay una pintura rupestre india prehistórica —dije—. Podríais filmarla.

Un lugar de interés; para juntarlo con Villa Botella y la familia de alces disecados, una nueva anomalía para su colección.

—Anda —dijo David—. ¿En serio? Genial.

Anna replicó:

—Por Dios, no le animes.

Ninguno de los dos había cargado una canoa nunca; tuvimos que ayudarles a llevarlas y equilibrarlas. Dije que quizá deberían juntarse los dos debajo de una de ellas, pero David insistió en que podían hacerlo como se hacía de verdad. Les dije que tuvieran cuidado; si la canoa se inclinaba a un lado y no te quitabas a tiempo te rompías el cuello.

—¿Qué pasa? —dijo él—, ¿no te fías de nosotros?

El camino no se había desbrozado recientemente, pero había marcas de pasos, huellas de botas en los sinos con barro. Dos personas que iban hacia dentro, pero que no salían; fueran quienes fueran, americanos quizá, espías, seguían ahí dentro.

Las mochilas pesaban, con provisiones para tres días en caso de que empezara a hacer mal tiempo y nos quedáramos aislados; las tiras se me clavaban en los hombros; me incliné hacia delante haciendo contrapeso, los pies chapoteando en los zapatos mojados al andar.

La travesía subía por una cuesta de roca empinada, una línea divisoria de aguas, luego bajaba entre helechos y retoños hacia un lago oblongo, una charca poco profunda que tendríamos que cruzar remando para llegar a la segunda travesía. Anna y yo llegamos primero y soltamos las mochilas; a Anna le dio tiempo de fumarse medio cigarrillo antes de que David y Joe aparecieran tambaleándose por el sendero, chocando por los lados como caballos con orejeras. Les sujetamos las Canoas y se agacharon para salir, estaban sonrosados y sin aliento.

—Ya puede haber peces ahí dentro —dijo David, limpiándose la frente con la manga.

—El siguiente es más corto —les dije.

El agua estaba cubierta de hojas de nenúfar, los nenúfares globulares amarillos con sus gruesos hocicos centrales abriéndose camino entre ellas. Estaba plagado de sanguijuelas, las vi ondulando lentamente bajo la superficie marrón. Cuando los remos tocaron fondo a mitad de camino, subieron pompas de gas de la vegetación en descomposición y estallaron con un hedor de huevos podridos o pedos. En el aire había una neblina de mosquitos.

Llegamos a la segunda travesía, señalada con una marca de trampero que el clima había igualado con el color del árbol. Salí y sujeté la canoa mientras Joe saltaba a tierra.

Lo tenía detrás, lo olí antes de verlo; luego oí las moscas. El olor era como el pescado podrido. Me volví y estaba colgado boca abajo de un fino hilo de nailon atado alrededor de las patas y sujeto a una rama, las alas caídas y abiertas. Me miró con su ojo espachurrado.

—Qué burrada —dijo David—. ¿Qué es?

—Un pájaro muerto —dijo Anna.

Se apretaba la nariz con dos dedos.

Dije:

—Es una garza. No se comen.

No sabía cómo la habían matado, una bala, dándole con una piedra, a golpes con un palo. Este parecía un buen sitio para las garzas, vendrían a pescar en el agua poco profunda, sosteniéndose sobre una pata y atacando con el pico largo como un arpón. Debían de haberla alcanzado antes de darle tiempo a alzarse en el aire.

—Queremos meter eso —dijo David—, podemos ponerlo con las agallas de pez.

—Mierda —dijo Joe—, cómo apesta.

—Eso no se va a ver en la película —dijo David—, cinco minutos podrás aguantar, queda genial, tienes que admitirlo.

Empezaron a montar la cámara; Anna y yo esperamos, sentadas encima de las mochilas.

Vi un escarabajo encima del pájaro, con lomo azul y ovalado; al sonar el zumbido de la cámara se refugió debajo de las plumas. Escarabajo carroñero, escarabajo de la muerte. ¿Por qué lo habían colgado como a una víctima de un linchamiento, por qué no lo habían tirado como si fuera basura? Para demostrar que podían hacerlo, que tenían poder para matar. Aparte de eso, no tenía valor: hermoso desde lejos pero no se podía domesticar ni cocinar ni enseñarle a hablar, la única relación que podían tener con una cosa así era destruirla. Comida, esclavo o cadáver, posibilidades limitadas; cabezas con cuernos y colmillos serradas y colgadas en la pared de la sala de billar, peces disecados, trofeos. Debían de haber sido los americanos; estaban ahí dentro ahora, nos íbamos a encontrar con ellos.

La segunda travesía era más corta, pero estaba más cubierta de maleza: hojas rozadas, ramas empujadas hacia el pasillo de aire que cubría el camino como para prevenir. Rastrojos recién partidos, madera y tuétano expuestos como huesos rotos, helechos pisoteados, habían estado aquí, sus pisadas con zigzag de tractor mellando el sendero de barro ante mí como excavaciones, cráteres. La cuesta descendía, las rendijas del lago relucían a través de los árboles. Me planteé qué les diría, qué se les podía decir, si les preguntaba por sus motivos, no significaría nada. Pero cuando llegamos al final de la travesía no estaban por ninguna parte.

El lago era una media luna estrecha, la punta más lejana estaba oculta. *Lac des Verges Blanches*, el abedul blanco crecía en bosquecillos al borde de la orilla, con el tiempo condenados por la plaga, cáncer de árbol, pero todavía no. El viento bamboleaba las copas; soplabla cruzado sobre el lago. La superficie ondulada, agua aleteando en la orilla.

Volvimos a meternos en las canoas y remamos hacia la curva; recordé que había

un espacio abierto donde podíamos acampar. De camino había varias madrigueras de castor abandonadas en forma de colmenas dilapidadas o almiarés de madera; las memoricé, a las percas les gustaba la maraña submarina.

Llegamos más tarde de lo que yo había previsto, el sol estaba rojo y perdiendo fuerza. David quería ponerse a pescar cuanto antes, pero le dije que teníamos que montar las tiendas y coger leña antes. Había basura en esta zona también, pero era basura antigua, las etiquetas de las botellas de cerveza ilegibles, las latas corroídas. La recogí y me la llevé al volver a meterme entre los árboles para cavar la letrina.

Capa de hojas y agujas de pino, capas de raíces húmedas. Eso era lo que más me molestaba de las ciudades, los retretes blancos con boca de cero en sus cubículos de azulejos limpios. Cisternas y aspiradoras que rugían y hacían desaparecer las cosas; en aquel entonces me daba miedo que hubiera un aparato que también hiciera desaparecer así a la gente, sin llevarlos a ningún sitio, como una máquina de fotos que te pudiera robar no solo el alma sino el cuerpo también. Palancas y botones, interruptores, salían de las máquinas como las flores salían de las raíces; círculos diminutos y rectángulo, lógica hecha visible, no podías saber de antemano qué iba a pasar si los apretabas.

Les enseñé a los tres dónde había hecho el hoyo.

—¿Dónde te sientas? —preguntó Anna con remilgos.

—En el suelo —dijo David—, te vendrá bien, eso endurece. Tendías que operarte el culo.

Anna le clavó el dedo en la hebilla del pantalón y dijo: «Grasa», imitándole.

Abrí más latas y las calenté, judías en salsa y guisantes, que nos tomamos con té humeante. Desde la roca donde fregué los platos veía parte de una tienda de campaña, metida entre los cedros en la punta más lejana del lago: su búnker. Prismáticos apuntándome, notaba los rayos oculares, la cruz de la mira del rifle junto a mi frente, por si hacía un movimiento en falso.

David estaba impaciente, quería amortizar el viaje, llevarse lo que venía buscando. Anna dijo que se iba a quedar en el campamento: la pesca no le interesaba. Le dejamos el insecticida y nos metimos los tres en la canoa verde con las cañas de pescar. Puse el frasco de ranas en la popa para tenerlo a mano. Tenía a David enfrente esta vez; Joe se sentó a proa, iba a pescar también, aunque no tenía permiso.

El viento había menguado, el lago estaba rosa y naranja. Fuimos recorriendo la costa, los abedules fríos sobresaliendo por encima de nosotros, pilares de hielo. Yo estaba mareada, demasiada agua y luz del sol, la piel de la cara me relucía como si estuviera quemada, arrebolada. Dentro de mi cabeza, al cerrar los ojos, colgaba la silueta de la garza, boca abajo. Tendría que haberla enterrado.

La canoa viró hacia la madriguera de castor más cercana y nos amarramos a ella. Abrí la caja del aparejo y enganché un señuelo en el sedal de David. Estaba contento, silbando en voz baja.

—Oye, puede que pesque un castor —dijo—. El símbolo nacional. Eso es lo que

tendrían que haber puesto en la bandera en vez de una hoja de arce, un castor partido; a eso sí le rendiría homenaje.

—¿Y por qué iba a estar partido? —dije.

Era como lo de desollar el gato, no lo pillaba.

Hizo una mueca de desesperación.

—Es una broma —dijo; y cuando seguí sin reírme—: ¿Dónde has estado viviendo? Es coño en argot. El Castor de Arce para Siempre^[13], eso sería genial.

Hundió el sedal en el agua y empezó a cantar, desentonando:

«En los días de antaño, de Gran Bretaña, del litoral
Llegó Wolfe, el héroe galán,
Se esparció por todo el suelo del lupanar
En las bellas tierras de Canadá...».

¿Cantaban eso en tu colegio?

—Te van a oír los peces —dije, y paró.

Una parte del cuerpo, un animal muerto. Me pregunté qué parte de su cuerpo sería la garza, que les hacía tanta falta matarla.

En mi cabeza entró flotando el remolcador, el que estaba antes en el lago, los troncos flotantes detrás, hombres saludando desde la cabina, sol y cielo azul, la manera perfecta. Pero no duró. Una primavera, cuando llegamos al pueblo, estaba varado cerca del muelle del gobierno, abandonado. Yo quería ver cómo era la caseta, cómo vivían; estaba segura de que habría una mesa y sillas en miniatura, camas que se desplegaban desde las paredes, cortinas de flores en las ventanas. Subimos; la puerta estaba abierta, pero por dentro era de madera natural, ni siquiera pintada; no había muebles y se habían llevado el fogón. Lo único que pudimos encontrar fueron dos cuchillas oxidadas en el alféizar y unos dibujos a lápiz en las paredes.

Pensé que eran plantas o peces, algunos tenían forma de almejas, pero mi hermano se rio, lo que quería decir que sabía algo que yo ignoraba; le di la lata hasta que me lo explicó. Me escandalicé, no por lo de esas partes del cuerpo, eso nos lo habían explicado, sino que estuvieran amputadas así de los cuerpos que debían ir con ellas, como si pudieran despegarse y gatear por su cuenta igual que los caracoles.

Eso lo había olvidado; pero por supuesto eran dibujos mágicos como los de las cuevas. Dibujas en la pared lo que es importante para ti, lo que estás cazando. Ellos tenían suficiente comida, no necesitaban dibujar latas de guisantes ni carne argentina en conserva, y lo otro era lo que echaban de menos durante sus viajes monótonos y nada idílicos subiendo y bajando por el lago, nada que hacer más que jugar a las cartas, lo habrían detestado, yendo y volviendo encadenados a los troncos. Todos ellos muertos ya o viejos, probablemente se odiaron unos a otros.

Las percas picaron en los dos sedales a la vez. Se resistían mucho, las cañas se doblaban hacia abajo. David sacó una, pero Joe dejó a la suya escapar entre el

laberinto de palos, donde enrolló el sedal alrededor de una rama y lo partió.

—Eh —decía David—, mátamela.

La perca era recia, estaba dando volteretas en el aire dentro de la canoa. Escupía agua desde su mandíbula herida con un siseo; no conseguía adivinar si estaba aterrorizada o enfurecida.

—Hazlo tú —le dije, dándole el cuchillo—. Te enseñé a hacerlo, ¿te acuerdas?

Golpe del metal en las espinas del pez, cráneo, cabeza cuerpo sin cuello, el pez está entero, yo ya no podía, no tenía derecho. No nos hacía falta, la comida que nos correspondía eran las latas. Estábamos cometiendo este acto, esta violación, por deporte o diversión o placer, esparcimiento le llaman, ya no eran los motivos adecuados. Una explicación pero no una justificación, decía mi padre, una de sus máximas favoritas.

Mientras admiraban el asesinato de David, el cadáver, saqué el bote de las ranas de la caja del aparejo y desenrosqué la tapa; se deslizaron al agua, verdes con manchas negras de leopardo y ojos dorados, salvadas. En el instituto, cada pupitre con una bandeja encima y una rana, que exhalaba éter, extendida y prendida con alfileres, lisa como un tapete y rajada por en medio, los órganos explorados y extirpados, el corazón amputado aún tragando aire despacio como la nuez de una garganta, sin llevar la leyenda del mártir, los intestinos un cordel enredado. Gato en vinagre relleno de plástico, rojo para las arterias, azul para las venas, en el hospital, en la funeraria. Encuentra el cerebro del gusano, dona tu cuerpo a la ciencia. Todo lo que fuéramos capaces de hacer a los animales nos lo podíamos hacer unos a otros: lo ensayábamos con ellos primero.

Joe me lanzó su sedal roto y yo rebusqué entre los señuelos y encontré otra guía, un plomo, otro anzuelo: accesorio, cómplice.

Los americanos habían rodeado el cabo, dos de ellos en una canoa plateada; venían lanzados hacia nosotros. Los examiné, evalué sus disfraces: no eran de esos abotargados de mediana edad, esos no salían de la lancha y el guía; estos eran más jóvenes, con mejor tipo, con ese acabado natural, de astronauta moreno, que se valoraba en las revistas. Al llegar a nuestro lado sus bocas abiertas se curvaron, mostrando filas duplicadas de dientes, blancos y uniformes como los postizos.

—¿Pican? —dijo el líder con acento del medio oeste; era el saludo tradicional.

—Mucho —dijo David, sonriendo también.

Yo esperaba que les dijera algo, les insultara, pero no lo hizo. Eran bastante corpulentos.

—Igual que nosotros —dijo el de delante—. Llevamos aquí tres o cuatro días, han picado sin parar, hemos pescado el máximo cada día.

Llevaban una bandera estrellada como todos, una calcomanía diminuta pegada a la proa de la canoa. Para dejarnos claro que estábamos en territorio ocupado.

—Pues hasta ahora —dijo el de atrás.

Su canoa pasó a nuestro lado de camino hacia la siguiente madriguera de castor.

Cañas de pescar como pistolas de rayos, caras impermeables como cascos de traje espacial, ojos de francotiradores, su culpa relucía como papel de aluminio. Mi cerebro recitó las historias que me habían contado sobre ellos: los que abarrotaban de pesca ilegal las bodegas de su hidroavión, los que tenían un coche con fondo falso, doscientas truchas de río metidas en hielo seco, el guardabosques les descubrió por casualidad. «Este es un país asqueroso», dijeron cuando no quiso aceptarles el soborno, «aquí no volvemos en *toa* nuestra vida». Se emborrachaban y perseguían con sus lanchas a los somorgujos para divertirse, dando marcha atrás sobre el ave en cuanto se zambullía, no dejándole volar, hasta que se ahogaba o le trituraban las palas de la hélice. Matanza sin sentido, era un juego; después de la guerra se aburrían.

El sol se estaba poniendo, el otro lado del cielo empezaba a estar negro. Volvimos con los peces, que ya eran cuatro, y les hice un corte con forma de Y, como un injerto en las agallas.

—Puaj —nos dijo Anna—, oléis a pescadería.

David dijo:

—Ojalá tuviéramos cerveza. Podríamos pedirles a los yanquis, les pega tenerla.

Fui al lago con la pastilla de jabón para lavarme la sangre de pez de las manos. Anna me siguió.

—Dios —dijo—, ¿qué hago? Me he olvidado el maquillaje, me va a matar.

La miré bien: con la luz del anochecer tenía la cara gris.

—Puede que no se dé cuenta —dije.

—Sí se va a dar, ya verás. Ahora puede que no, aún no se me ha quitado del todo, pero por la mañana sí. Quiere que parezca una tía joven a todas horas; si no, se enfada.

—Puedes dejar que se te ensucie mucho la cara —dije.

A eso no contestó. Se sentó en la piedra y apoyó la frente en las rodillas.

—Me la voy a cargar —dijo con fatalismo—. Tiene su librito de normas. Si no cumplo alguna, me castiga, pero como no hace más que cambiarlas nunca lo tengo claro. Está loco, le falta una pieza, ¿entiendes lo que digo? Le gusta hacerme llorar porque él es incapaz.

—Pero no será en serio —dije— lo del maquillaje.

Le salió un sonido de la garganta, una tos o una risa.

—No es solo eso; es una de las cosas que usa. Me mira sin parar, espera a tener excusas. Entonces deja de follar o la mete con tanta fuerza que hace daño. Supongo que está mal que yo cuente esto —sus ojos blancos como huevos se volvieron hacia mí en la semioscuridad—. Pero si le dijeras algo de esto a él, se pondría a hacer chistes sobre el tema, dice que tengo un cerebro como una telenovela, dice que me lo invento. Pero en serio que no, sabes.

Estaba recurriendo a mí para que opinara, pero no se fiaba, temía que yo hablara de ello con él a sus espaldas.

—Quizá deberías dejarlo —dije, ofreciendo mi solución—, o divorciarte.

—A veces creo que eso es lo que él quiere, ya no lo sé. Antes la cosa iba bien, luego empecé a enamorarme de él de verdad, y no lo aguanta, no puede soportar que yo me haya enamorado. ¿A que es raro?

Llevaba la chaqueta de cuero de mi madre por encima de los hombros, la había traído porque no tenía un jersey gordo. Con la cabeza de Anna pegada a ella quedaba incongruente, empequeñecida. Intenté pensar en mi madre, pero se había borrado; lo único que quedaba era una historia que me contó una vez sobre cómo, cuando era pequeña, ella y su hermana se habían hecho unas alas con un paraguas viejo; se habían tirado del tejado del granero, intentando volar, y ella se rompió los dos tobillos. Se reía de ello pero la historia entonces me pareció fría y triste, el fracaso insoportable.

—A veces creo que le gustaría que yo me muriera —dijo Anna—. Tengo sueños de este tipo.

Volvimos y yo hice el fuego y preparé un chocolate caliente, con leche en polvo. Ahora todo estaba oscuro menos las llamas, las chispas haciendo espirales, las ascuas de debajo palpitando, rojas al tocarlas la brisa de la noche. Estábamos sentados encima de las lonas, David rodeando a Anna con el brazo, Joe y yo a medio metro de distancia.

—Esto me recuerda a las *scouts* —dijo Anna con la voz alegre que yo había creído que era la suya.

Se puso a cantar, las notas indecisas, temblorosas:

Abejarucos podremos ver
En los blancos acantilados de Dover
Mañana cuando el mundo sea libre...

Las palabras salieron hacia las sombras, finas como el humo, evaporándose. Al otro lado del lago un mochuelo ululaba, rápido y suave como un ala golpeando un tímpano, cruzándose con la pauta de su voz, negándola. Ella miró hacia atrás, lo había notado.

—Y ahora, cantad todos —dijo, dando palmadas.

David declaró:

—Bien, buenas noches, niños.

Y él y Anna se metieron en su tienda. La tienda se encendió desde dentro durante un momento con la linterna, luego se apagó.

—¿Vienes? —dijo Joe.

—Dentro de un minuto.

Quería darle tiempo para dormirse.

Me quedé sentada a oscuras, acariciada por el sonido rítmico del lago. A lo lejos la hoguera de los americanos brillaba, el triste ojo rojo de un cíclope: las líneas enemigas. Les envié deseos malévolos: que sufran, recé, vuelca su canoa, quémalos,

rájalos en canal. Grito del búho: respuesta sin respuesta.

Me metí a gatas en la tienda pasando por el mosquitero; busqué la linterna a tientas pero no la encendí, no quería molestarle. Me desvestí fiándome del tacto; era una masa oscura a mi lado, inerte, reconfortante como un leño. Quizá era el único momento en que podía haber algo parecido al amor, cuando estaba dormido, sin exigir nada. Pasé la mano levemente por encima de su hombro como tocaría un árbol o una piedra.

Pero no dormía; se movió, alargó un brazo hacia mí.

—Perdona —dije—, creía que estabas dormido.

—Vale —dijo—, me rindo, tú ganas. Nos olvidamos de todo lo que he dicho y lo hacemos como quieres tú, volvemos a como estábamos antes, ¿de acuerdo?

Era demasiado tarde, yo ya no podía.

—No —dije.

Ya me había marchado.

Su mano se cerró furiosa sobre mi brazo; después me soltó.

—Maldita sea, me cago en Dios —dijo.

Su silueta se alzó en la oscuridad, yo me agaché, me iba a pegar; pero se volvió, apartándose de mí, embozándose en el saco de dormir.

El corazón me daba botes, me quedé quieta, traduciendo los ruidos del otro lado de la pared de lona. Chillidos breves, crujidos de hojas secas, gruñidos, animales nocturnos; no había peligro.

El techo de la tienda era translúcido, pergamino mojado, moteado por fuera con el primer rocío. Sobre mis oídos giraban voces de pájaros, complicadas como patinadores o agua corriente, el aire llenándose de sílabas líquidas.

En mitad de la noche hubo un rugido. Joe tenía una pesadilla. Le toqué, estaba a salvo, atrapado en el saco de dormir como una camisa de fuerza. Se sentó, aún no despierto del todo.

—Esta no es la habitación —dijo.

—¿Qué era? —pregunté—. ¿Qué estabas soñando?

Quería saberlo, quizá así yo recordaría cómo hacerlo. Pero se tumbó y regresó.

Mi mano estaba cerca de mí, tenía el olor a piel curtida de una hoguera de leña mezclada con sudor y tierra, restos de pescado, olor del pasado. En la cabaña pondríamos en remojo la ropa que habíamos llevado puesta, la frotaríamos bien para que desapareciera el bosque, renovaríamos nuestra capa de jabón y loción.

Me vestí, bajé al lago y metí la cara dentro. Esta agua no era clara como la del lago principal: era marrón, complicada por formas de vida más variadas, y estaba más fría. El repecho de roca entraba directamente en el agua. Fui a despertar a los demás.

Después de limpiar los peces, los rebocé en harina y los freí y preparé café. La carne del pescado estaba blanca, con venas azules, sabía a agua submarina y a juncos. Comían, sin hablar mucho; no habían dormido bien.

La cara de Anna a la luz del día estaba reseca y ligeramente arrugada sin su primera capa de crema y los reflejos rosa; tenía la nariz quemada por el sol y arrugas como ciruelas pasas debajo de los ojos. Mantenía la cara alejada de David, pero él no parecía darse cuenta; no dijo nada, excepto cuando ella dio un puntapié a su taza y tiró parte de su café al suelo. Entonces él lo único que comentó fue:

—Cuidado, Anna, te estás volviendo descuidada.

—¿Quieres pescar más esta mañana? —dije a David, pero negó con la cabeza.

—Vamos a filmar esa pintura rupestre.

Quemé las espinas de pescado, las dorsales frágiles como pétalos; las entrañas las planté en el bosque. No eran semillas, en primavera no saldrían piscardos. En la isla encontramos un esqueleto de ciervo, todavía con hebras de carne; él decía que si los lobos lo habían matado en invierno porque era viejo, que eso era natural. Si nos hubiéramos zambullido en su busca y nos hubiéramos servido de los dientes para capturarlos, luchando en su propio terreno, habría sido justo, pero los anzuelos eran sustitutos y el aire no era su medio ambiente.

Los dos toquetearon la cámara de cine, ajustándola y discutiendo sobre ella; luego pudimos empezar.

Según el mapa, la pintura rupestre estaba en una bahía cerca del campamento de los americanos. No parecían haberse levantado todavía, no salía humo del sitio donde hacían la hoguera. Pensé, puede que haya funcionado y estén muertos.

Busqué un paso en la costa, una línea que encajara con el contorno del mapa. Ahí estaba, el sitio de la X, inconfundible: un precipicio con una pared vertical, del tipo que habrían elegido para pintar encima; no había ninguna otra roca plana a la vista. Él había estado aquí y mucho antes que él los auténticos, los primeros exploradores, dejando tras de sí su señal, su palabra, pero no su significado. Me incliné hacia delante, oteando la superficie del acantilado; dejamos a las canoas avanzar de lado hasta que rozaron la roca.

—¿Dónde está? —dijo David; y a Joe—: Vas a tener que sujetar la canoa, no hay manera de grabar desde tierra firme.

—Puede que cueste verla al principio —dije—. Está borrosa. Tendría que estar justo ahí, en algún sitio.

Pero no estaba: no había ningún hombre con cornamenta, nada parecido a pintura roja, ni siquiera una mancha; la superficie de la roca se extendía bajo mi mano, granular, lunar, interrumpida solo por una veta blanca y rosa de cuarzo que la atravesaba, una diagonal que marcaba el lento ladeo de la tierra; nada humano.

O yo no había recordado bien el mapa o lo que él había escrito en él estaba mal. Yo lo había descifrado razonándolo, desenredando las pistas de su *puzzle* como él nos había enseñado, pero no conducían a ninguna parte. Era como si me hubiera mentido.

—¿Quién te lo había contado? —dijo David, interrogando.

—Simplemente creía que estaba aquí —dije—. Alguien lo mencionó. Puede que fuera otro lago.

De repente me di cuenta: claro, el lago lo habían inundado, las pinturas debían encontrarse a tres metros bajo el agua. Pero era el otro lago, este formaba parte de un sistema distinto, la línea divisoria de aguas los separaba. El mapa indicaba claramente que las había descubierto en el lago principal; según la carta, les había estado haciendo fotografías. Pero cuando registré la cabaña no había aparecido ninguna máquina de fotos. Ni dibujos, ni máquina; me había equivocado, tendría que volver a mirar.

Se quedaron desilusionados; habían esperado algo pintoresco o insólito, algo de lo que pudieran servirse. Él no había respetado las normas, había hecho trampa, yo quería enfrentarme a él, exigir una explicación: dijiste que debían encontrarse allí.

Dimos la vuelta. Los americanos se habían levantado, seguían vivos; estaban saliendo en su canoa; el de delante llevaba la caña de pescar colgando de la proa. Joe y yo les sacábamos ventaja; nos acercamos a ellos en ángulo recto.

—Hola —me dijo el de delante, sonrisa blanqueada—. ¿Ha habido suerte?

Ese era su blindaje, ignorancia vacua, cabezas huecas como globos-sonda: con eso se podían defender a sí mismos contra cualquier cosa. Con el pájaro habían tenido su dosis diaria de poder bruto; me imaginé la descarga de electricidad, el flujo neuronal cuando le dieron, derribándolo y haciéndolo caer como un avión accidentado. A los inocentes los masacran por existir, pensé; los felices asesinos no tienen nada dentro que les contenga, ni conciencia ni piedad; para ellos los únicos

seres que merecen vivir son humanos, humanos como ellos, enmarcados en la ropa y en los cachivaches adecuados, cromados. Habría sido diferente en esos países donde un animal es el alma de un antepasado o el hijo de un dios; al menos se habrían sentido culpables.

—No estamos pescando —dije, mis labios afilando las palabras.

Mi brazo quería coger el remo de lado, hundirle la pala en la cabeza: los ojos le brotarían hacia fuera, el cráneo se le rompería como un huevo.

Las comisuras de su boca languidecieron.

—Ah —dijo—. Oye, ¿de qué parte de Estados Unidos sois? No es fácil averiguarlo por vuestro acento. Fred y yo decimos que de Ohio.

—No somos de Estados Unidos —dije, indignada de que me hubiera confundido con uno de ellos.

—¿En serio? —Se le iluminó la cara, ya había visto a un nativo de verdad—. ¿Sois de aquí?

—Sí —dije—. Todos nosotros.

—Nosotros también —dijo el de atrás inesperadamente.

El de delante ofreció la mano, aunque nos separaban casi dos metros de agua.

—Yo soy de Sarnia y aquí Fred, mi cuñado, es de Toronto. Creíamos que erais yanquis, con ese pelo y todo lo demás.

Estaba indignada con ellos; se habían disfrazado.

—¿Qué hacéis con esa bandera en vuestro barco entonces? —dije en voz alta.

Esto les sorprendió.

El de delante retiró la mano.

—Ah, eso —dijo encogiéndose de hombros—. Soy un fan de los Mets desde hace años; siempre voy con el perdedor. Eso lo compré cuando bajé a ver el partido, el año que ganaron el campeonato.

Miré más de cerca la pegatina: no era una bandera ni mucho menos, era un rectángulo azul y blanco con letras rojas: ARRIBA LOS METS.

David y Anna nos habían alcanzado.

—¿Eres fan de los Mets? —dijo David—. Fabuloso.

Deslizó su canoa junto a la de ellos y se dieron la mano.

Pero, de todas formas, habían matado a la garza. No importa de qué país sean, decía mi cabeza, siguen siendo americanos, son lo que nos espera, en lo que nos estamos convirtiendo. Se propagan como un virus, se meten en el cerebro y atacan a las células, y las células cambian desde dentro, y las que tienen la enfermedad no lo notan. Como en las películas de ciencia-ficción de sesión de noche, criaturas del espacio exterior, ladrones de cuerpos inyectándose a sí mismos dentro de ti, desposeyéndote de tu cerebro; sus ojos, cáscaras de huevo sin pupila bajo las gafas oscuras. Si tienes el mismo aspecto que ellos y hablas como ellos y piensas como ellos, entonces eres ellos, decía yo, hablas su idioma, un idioma que representa todo lo que eres.

¿Pero cómo evolucionaron, de dónde vino el primero? No se trataba de una invasión de otro planeta, eran terrestres. ¿Cómo nos hicimos malos? Para nosotros, cuando éramos pequeños, el origen era Hitler, él era la encarnación del mal con sus múltiples tentáculos, tan antiguo e indestructible como el Demonio. No importaba que hubiera quedado reducido a unas cenizas y unos dientes en la época en que yo oí hablar de él; estaba segura de que seguía vivo; salía en los cómics que mi hermano traía a casa en invierno y también en el cuaderno de recortes de mi hermano; él era las esvásticas sobre los tanques; si consiguiéramos destruirle, todo el mundo estaría a salvo, ileso. Cuando nuestro padre hacía hogueras para quemar los rastrojos, tirábamos palos al fuego y cantábamos «La casa de Hitler está en llamas, mi bella dama^[14]»; sabíamos que de algo servía. Todos los horrores posibles se comparaban con él. Pero Hitler ya no estaba y aquello seguía ahí; fuera lo que fuera, incluso entonces, alejándonos mientras ellos sonreían satisfechos y se despedían agitando el brazo, yo me preguntaba si los americanos son peores que Hitler. Era como despedazar una tenía, los trozos crecían.

Al llegar al campamento, enrollamos los sacos de dormir, desmontamos las tiendas y las guardamos. Cubrí la letrina y la allané, camuflándola con palos y agujas de pino. No dejar rastro.

David quería quedarse, comer con los americanos y hablar de resultados de béisbol, pero yo dije que teníamos el viento en contra, andábamos mal de tiempo. Les metí prisa, quería alejarme de mi propia furia, y también de los simpáticos asesinos metálicos.

Llegamos a la primera travesía a las once. Mis pies avanzaban sobre las rocas y el barro, pisando mis propias huellas de un día de antigüedad, desandando lo andado; en mi cerebro los filamentos, rutas recuperadas y bifurcadas, habíamos matado a más gente, aparte de Hitler, antes de que mi hermano fuera al colegio y se enterara de quién era Hitler y de que nuestros juegos se convirtieran en juegos de guerra. Antes de eso jugábamos a que éramos animales; nuestros padres eran los humanos, los enemigos que podían dispararnos o atraparnos, nos escondíamos de ellos. Pero a veces los animales también tenían poder: una vez fuimos un enjambre de abejas, roímos los dedos, los pies y la nariz a nuestra muñeca menos querida, le rajamos el cuerpo de tela y sacamos el relleno, era gris y mullido como las tripas de los colchones; después la tiramos al lago. Flotaba. Encontraron el cuerpo y nos preguntaron cómo la habíamos perdido, y mentimos y dijimos que no lo sabíamos. Matar era malo, eso nos lo habían dicho: solo se podía matar a los enemigos y lo que servía para comer. Por supuesto la muñeca no estaba herida, no estaba viva; aunque los niños creen que todo está vivo.

En el lago de en medio seguía estando la garza, colgada bajo la cálida luz del sol como puesta en la ventana del carnicero, profanada, no redimida. Olía peor. Alrededor de la cabeza vibraban moscas, que ponían sus huevos. El cuento ese del rey que aprendió a hablar con animales, comía una hoja mágica y ellos le revelaban

un tesoro, una conspiración, le salvaban la vida; ¿qué dirían ahora si pudieran? Acusación, lamento, un alarido de furia; pero no tenían portavoz.

Experimenté una nauseabunda complicidad, pegajosa como el pegamento, noté sangre en las manos, como si hubiera estado allí, mirando sin decir «no» ni hacer nada para impedirlo: uno de los rostros callados y cautelosos entre la multitud. Igual que a algunas personas les molesta ser alemanes, pensé, a mí me molesta ser humana. En parte era una idiotez que te afectara más un pájaro muerto que las demás cosas, las guerras y disturbios y las masacres de los periódicos. Pero para las guerras y los disturbios siempre había una explicación, la gente escribía libros sobre ellos diciendo por qué ocurrían: la muerte de la garza no tenía razón de ser, era una muerte en estado puro.

El laboratorio. Él era mayor entonces. Nunca cogía pájaros, eran demasiado rápidos para él, lo que cogía eran seres más lentos. Los guardaba en botes y latas encima de un tablón en el bosque, cerca del pantano; para alcanzarlos hizo un camino secreto, señalado solo con pequeñas muescas en los árboles, un código. A veces olvidaba alimentarlos o quizá hacía demasiado frío de noche, porque cuando yo fui sola aquel día una de las serpientes había muerto, y varias de las ranas, la piel seca y la tripa amarilla hinchada, y el cangrejo de río flotaba en el agua turbia con las patas hacia arriba como las de una araña. Vacíé esos frascos en el pantano. A los demás, a los que seguían vivos, los solté. Enjuagué los botes y las latas y los dejé en fila encima del tablón.

Después de comer me escondí, pero acabé teniendo que salir para cenar. Él no podía decir nada delante de ellos, aunque sabía que era yo, no había nadie más. Se puso tan furioso que estaba pálido, moviendo los ojos sin cesar como si no me pudieran ver. «Eran míos», dijo. Luego volvió a coger más animales y cambió de sitio; esta vez no quiso decírmelo. Aunque lo descubrí, me dio miedo volver a soltarlos. Por culpa de mi miedo, murieron.

Yo no quería que hubiera guerras y muerte, quería que no existieran; solo los conejos con sus casas en huevos de colores, el sol y la luna en orden sobre la tierra plana, el verano eterno; quería que todo el mundo fuera feliz. Pero sus dibujos eran más precisos, las armas, los soldados desintegrándose: él era realista, eso le protegía. Casi se había ahogado una vez, pero nunca permitiría que le volviera a ocurrir; cuando se marchó, estaba preparado.

Las sanguijuelas estaban ahí otra vez en la tibia agua del lago, racimos de crías colgados de los tallos de las hojas de nenúfar como dedos, las mayores nadando, planas y suaves como fideos. No me gustaban, pero el desagrado no justificaba nada. En el otro lago nunca nos molestaban cuando nadábamos, pero cogíamos las moteadas, las malas como decía él, y las echábamos al fuego cuando nuestra madre no nos veía; ella prohibía toda crueldad. Eso no me importaba tanto, siempre que se murieran; pero salían retorciéndose de dolor, andando cubiertas de ceniza y agujas de pino, de vuelta hacia el lago, aparentemente capaces de oler dónde estaba el agua.

Entonces él las cogía con dos palos y las volvía a echar a las llamas.

No era la ciudad lo que era malo, los inquisidores en el patio del colegio, nosotros no éramos mejores que ellos; solo teníamos diferentes víctimas. Volver a convertirse en un niño pequeño otra vez, en un bárbaro, en un vándalo: lo llevábamos dentro también, era innato. Algo se me había cerrado dentro de la cabeza, una mano, una sinapsis, impidiéndome la huida: ese era el camino equivocado, la entrada; la redención estaba en otro lugar, la debía de haber pasado por alto.

Llegamos al lago principal, volvimos a cargar las canoas y las empujamos hacia fuera por encima de la maraña de troncos. En la bahía, los árboles talados y los postes numerados mostraban dónde habían estado los topógrafos, la compañía eléctrica. Mi país, vendido o anegado, un embalse; a la gente la vendían junto con la tierra y los animales, una ganga, rebajas, *solde*. *Les soldes* los llamaban, la liquidación, la riada dependía de quién salía elegido, no aquí sino en otro sitio.

Era el sexto día, tenía que descubrirlo; era mi última oportunidad; mañana vendría Evans para llevarnos de vuelta. Mi cerebro iba a toda velocidad, tapando las cosas malas y rellenando los huecos con un bordado de cálculos y números; esto tenía que terminarlo, nunca había terminado nada. Para ser exactos, condensarme hasta convertirme en una cabeza de alfiler, atravesando un dato, una certidumbre.

En cuanto pude volví a revisar el mapa. La x estaba donde tenía que estar, no me había equivocado. Solo había una teoría en la que me podía refugiar: algunas de las cruces podían ser sitios que a él le parecieran apropiados para pinturas, pero que aún no había examinado. Deslicé el dedo por la costa, buscando el lugar marcado más cercano; era el acantilado donde habíamos ido a pescar la primera noche; estaría bajo el agua, tendría que bucear. Si encontraba algo le exculparía, sabría que había tenido razón; si no, podía probar con la siguiente X, cerca de la isla de las garzas, y después con la siguiente.

Ya tenía puesto el bañador; habíamos estado lavando la ropa en el muelle, frotándola en la tabla de lavar acanalada con la pastilla desgastada de jabón amarillo, metiéndonos en el lago para aclararla. Ahora estaba tendida en la cuerda de detrás de la cabaña: camisas, vaqueros, calcetines, la ropa interior coloreada de Anna, nuestras pieles despojadas. Anna parecía más relajada, canturreaba tras su fachada de maquillaje fresco. Se había quedado a orillas del lago para lavarse el pelo y quitarse el olor a humo. Yo me puse una sudadera por si acaso aparecían más americanos. Antes de marcharnos busqué su máquina una vez más, la que tenía que haber usado para hacer las fotos, pero no estaba; la debía de tener consigo. En aquel momento, la última vez.

Había empezado a bajar las escaleras antes de verles. Estaban los tres en el muelle, divididos por las barras de los troncos de los árboles. Anna estaba arrodillada con su bikini naranja, una toalla cubriéndole la cabeza como una monja. David se erguía de pie junto a ella, las manos en las caderas. Joe estaba más atrás con la cámara de cine, sentado en el muelle con las piernas colgando, la cabeza vuelta, como esperando educadamente a que terminaran. Cuando oí lo que decían me quedé quieta. Las canoas estaban ahí y necesitaba una de ellas, pero era demasiado peligroso. Era un día tranquilo, los sonidos nítidos.

—Venga, quítatelo —dijo David; la voz de estar haciendo bromas.

—Yo no te he molestado a ti.

Anna estaba contenida, esquiva.

—No te va a doler, nos hace falta una mujer desnuda.

—¿Para qué narices?

Ahora Anna estaba malhumorada, la cabeza velada vuelta hacia arriba; debía de tener los ojos entrecerrados.

—*Muestras imprevistas* —dijo David pacientemente, y yo pensé «lo han usado

todo, aquí ya no les queda nada que fotografiar más que uno al otro, la siguiente soy yo»—. Vas a ir después del pájaro muerto, es tu oportunidad para convertirte en una estrella, siempre has querido ser famosa. Saldrás en la Tele Educativa —añadió como si fuera un reclamo especial.

—Ay, por el amor de Dios —dijo Anna.

Volvió a coger su novela negra y fingió leer.

—Venga, necesitamos una señora desnuda con tetas grandes y un culo grande —dijo David con la misma voz tierna; reconocí esa suavidad amenazadora, en el colegio siempre iba antes del truco, del remate.

—Oye, ¿me quieres dejar en paz? —dijo Anna—. No estoy molestando a nadie; no molestes tú tampoco, ¿de acuerdo?

Se puso en pie, y la toalla se le cayó. Intentó alcanzar la tierra firme, pero él dio un paso lateral y se colocó frente a ella.

—Yo no la voy a sacar si ella no quiere —dijo Joe.

—Es resistencia simbólica —dijo David—, sí que quiere, en el fondo es una exhibicionista. Le gusta su cuerpo abundante, ¿verdad? Aunque se está poniendo demasiado gorda.

—No creas que no sé lo que pretendes —dijo Anna como si hubiera acertado una adivinanza—. Pretendes humillarme.

—¿Qué tiene tu cuerpo de humillante, cariño? —dijo David cariñosamente—. A todos nos encanta, ¿te avergüenzas de él? Menuda tacaña estás hecha, deberías compartir esa riqueza; como haces siempre.

Anna se había puesto furiosa; aguijoneada, alzó la voz:

—Vete a tomar por culo, quieres conseguir jodidamente todo, verdad, pues conmigo no te sirve de nada.

—¿Por qué no —dijo David sin alterarse—, si funciona? Ahora, quítatelo como una niña buena o si no voy a tener que quitártelo yo.

—Déjala en paz —dijo Joe, balanceando las piernas, aburrido o excitado; era imposible saberlo.

Yo quería bajar corriendo al muelle y pararle, pelearse estaba mal, no nos dejaban; si lo hacíamos, los dos bandos acabábamos castigados como en una guerra de verdad. Así que luchábamos en secreto, sin declararlo, y al cabo de un tiempo yo dejé de ofrecer resistencia porque nunca ganaba. La única defensa era la huida, la invisibilidad. Me senté en el escalón de arriba.

—Tú cállate, es mi mujer —dijo David.

La agarró poniéndole la mano encima del codo. Ella se apartó con un respingo; entonces vi que la rodeaba con los brazos, como si fuera a besarla, y ella acabó en el aire, echada boca abajo sobre el hombro de él, el pelo colgando en hebras mojadas.

—Bueno, cara chocho —dijo él—. Te lo quitas, ¿o te echo en el lago?

Anna se agarraba a la camisa de él con las dos manos.

—Si me meto, tú te metes también.

Las palabras salían a trompicones desde debajo de su pelo colgante, estaba dando patadas. No lograba ver si estaba riendo o llorando.

—Graba —dijo David a Joe, y a Anna—: Voy a contar hasta diez.

Joe giró la cámara y les enfocó como con un bazuca o un extraño instrumento de tortura y apretó el botón, palanca, zumbido siniestro.

—Vale —dijo Anna coaccionada por el aparato—, so imbécil, maldito cabrón.

Él la soltó y se apartó. Los brazos de ella, los codos disparados, lucharon con el cierre, como las patas de un escarabajo vuelto de espaldas, y la parte de arriba cayó: yo la veía cortada en dos, un pecho a cada lado de un árbol delgado.

—Culos también —dijo David como a un niño recalcitrante. Anna le lanzó una mirada despectiva y se dobló—. Ahora ponte sexy, venga; haznos un bailecito.

Anna se quedó de pie durante un momento, más roja que bronceada, con su pelaje amarillo y esas marcas blancas como si fueran ropa interior, mirándoles furiosa. Luego les hizo un gesto clavando el dedo corazón en el aire y corrió hacia el final del muelle y saltó al lago. Fue una panzada. El agua se esparció como un huevo que se aplasta al caer. Salió con el pelo deshilachado encima de la frente y echó a nadar hacia el cabo de arena, torpe, los brazos alborotados.

—¿Lo has sacado? —dijo David apaciblemente por encima de su hombro.

—Una parte —dijo Joe—. Podrías mandarle que lo vuelva a hacer.

Me parecía que lo decía con sarcasmo, pero no estaba segura. Empezó a desenroscar la cámara del trípode.

Oí a Anna chapotear y luego dar traspies abajo en la punta de tierra; ahora sí que estaba llorando, resollando al tragar aire. Los arbustos crujieron, dijo un taco; luego apareció por encima de la cuesta, debía de haber trepado agarrándose a los árboles inclinados. Su cara rosa se estaba disolviendo, la piel cubierta de arena y agujas de pinto como una sanguijuela chamuscada. Entró en la cabaña sin mirarme ni decir nada.

Me puse en pie. Joe se había ido, pero David seguía en el muelle, ahora sentado con las piernas cruzadas. De uno en uno eran más inofensivos; bajé a coger la canoa.

—Hola —dijo—, ¿cómo va la cosa?

No sabía que yo lo había visto. Tenía los zapatos quitados y se estaba toqueteando una uña, como si no hubiera pasado nada.

David es como yo, pensé, somos los que no sabemos querer, hay algo esencial que no tenemos, nacimos así: *Madame* en la tienda con una mano de menos, atrofia del corazón. Joe y Anna tienen suerte, lo hacen mal y sufren por ello: pero es mejor ver que estar ciego, aunque de esa forma tengas que dejar entrar los crímenes y atrocidades también. O quizá nosotros somos normales y los que son capaces de amar son los bichos raros; tienen un órgano de más, como ese ojo a medio desarrollar en la frente de los anfibios, del que nunca se ha descubierto su utilidad.

El bikini de Anna estaba tirado en el muelle, arrugado, una crisálida desechada. Él cogió la parte de arriba y empezó a plegar y desplegar el tirante. Yo no tenía

intención de decir nada sobre ello, no era asunto mío, pero acabé preguntándole casi sin darme cuenta.

—¿Por qué has hecho eso?

Mi voz era neutral y me di cuenta de que no lo preguntaba por Anna, no la estaba defendiendo; era por mí misma, necesitaba entenderlo.

Durante un momento, fingió.

—¿Qué? —dijo, sonriendo, inocente.

—Eso que acabas de hacerle a ella.

Me miró bien para ver si le estaba acusando, pero yo estaba desatando la canoa, era impersonal como una pared, un confesionario, y eso le tranquilizó.

—Tú no sabes las cosas que me hace —dijo con un leve gimoteo—. Me lo pide, me obliga a hacerlo —su voz se volvió artera—. Se va con otros hombres, cree que no se le va a notar, pero es demasiado tonta, la descubro todas las veces; se lo huelo. Y no me importaría que lo hiciera abiertamente y que fuera sincera, por Dios, no es que esté celoso —sonrió tolerantemente—. Pero es taimada, eso no lo aguanto.

Anna no me lo había contado, se había saltado algo; o él estaba mintiendo.

—Pero ella te quiere —dije.

—Una mierda —dijo—, quiere cortarme los huevos.

Tenía los ojos tristes en vez de hostiles, como si en tiempos hubiera tenido un mejor concepto de ella.

—Ella te quiere —repetí, los pétalos de una margarita; era la palabra mágica, pero no podía funcionar porque yo no tenía fe.

Mi marido, repitiéndola una y otra vez como una grabación meteorológica, telefónica, intentaba imprimírmela encima, y con el mismo desconcierto, como si fuera yo la que le hubiera estado haciendo daño a él y no al contrario. Un accidente, así lo llamaba él.

—A mí nunca me dice eso —dijo él—. Me da la impresión de que quiere acabar, que está esperando tener la oportunidad de marcharse. Pero no se lo he preguntado, ya no hablamos casi, menos cuando hay otra gente delante.

—Quizá deberías —dije, poco convencida, poco convincente.

Se encogió de hombros.

—¿De qué íbamos a hablar? Es demasiado tonta, no se entera de lo que le digo; Jesús, si hasta mueve los labios cuando ve la tele. No sabe nada, siempre que abre la boca queda en ridículo. Ya sé lo que estás pensando —dijo, casi suplicante—, pero yo estoy totalmente a favor de la igualdad de las mujeres; si ella resulta que no es igual, eso no es culpa mía, ¿no? Con lo que me casé fue con un par de tetas, me manipuló para hacerlo; era cuando yo estaba estudiando para hacerme cura, no sabíamos nada en aquel entonces. Pero así es la vida.

Movió el bigote y soltó una carcajada de Pájaro Loco, los ojos desconcertados.

—Yo creo que podéis arreglarlo —dije.

Nivelé el remo sobre los bancos y me metí en la canoa. Recordé lo que había

dicho Anna sobre los compromisos emocionales: ellos tienen uno, pensé, se odian uno al otro; eso debe de ser casi tan absorbente como el amor. La pareja del barómetro en su casa de madera, encerrados en su nicho sagrado en el porche de Paul, mi ideal; pero ellos estaban pegados en su sitio con pegamento, condenados a oscilar sin parar, sol y lluvia, sin escapatoria. Cuando él volviera a verla no iba a haber retractaciones, ni reconciliaciones complicadas ni perdón, estaban más allá de eso. Ninguno de los dos lo mencionaría, habían llegado a un equilibrio casi como la paz. Nuestra madre y nuestro padre en el burro de madera detrás de la cabaña, madre sosteniendo el árbol, abedul blanco, padre serrando, el sol entre las ramas iluminándoles el pelo, belleza.

La canoa giró en redondo.

—Oye —dijo él—, ¿hacia dónde vas?

—Eh... —Gesticulé hacia el lago.

—¿Quieres un remero de popa? —dijo—. Soy muy bueno. Ahora tengo mucha práctica.

Tenía un aire melancólico, como si buscara compañía, pero yo no quería llevarle conmigo; tendría que explicarle lo que estaba haciendo y tampoco iba a servirme de nada.

—No —dije—, pero gracias.

Me arrodillé, inclinando la canoa hacia un lado.

—Vale —dijo—, hasta luego, cocodrilo.

Desenroscó las piernas, se puso en pie y paseó alejándose del muelle en dirección a la cabaña, su camiseta a rayas centelleando entre las rendijas de los árboles, desvaneciéndose detrás de mí conforme me deslizaba desde la bahía hacia lo ancho del lago.

Avancé hacia el acantilado. Los rayos del sol, oblicuos, daban una luz no amarilla sino blanca y clara, aún era por la mañana. En lo alto un avión, tan arriba que apenas lo oía, hilvanando las ciudades con su rastro de humo; una x en el cielo, crucifijo profano. La forma de la garza sobrevolándonos la primera tarde que pescamos, patas y cuello estirados, alas desplegadas, una cruz azul grisácea, y la otra garza, o era la misma, colgando del árbol destrozada. Si murió de buen grado, libremente, si Cristo murió de buen grado, todo lo que sufre y muere en nuestro lugar es Cristo; si no mataran pájaros y peces, nos habrían matado a nosotros. Los animales mueren para que nosotros vivamos, son sustitutos de personas; cazadores en otoño matando ciervos, eso también es Cristo. Y nos los comemos, sacándolos de latas o de otras maneras; nos alimentamos de la muerte, la carne muerta de Cristo resucita dentro de nosotros, concediéndonos la vida. Carne Spam enlatada, Jesús enlatado, hasta las plantas tenían que ser Cristo. Pero nos negamos a rendir culto; el cuerpo rinde culto con sangre y músculo, pero la cosa que hay dentro del bulto que es la cabeza no quiere, nos ordena que no, la cabeza es codiciosa, consume pero no da las gracias.

Llegué al acantilado, no había ningún americano. Lo bordeé, calculando el mejor sitio para tirarme al agua: daba hacia el este, tenía el sol encima, era la hora apropiada del día; empezaría por el lado izquierdo. Bucear yo sola era peligroso, debería haber otra persona. Pero creía recordar cómo era: cogíamos las canoas o construíamos balsas con troncos a la deriva y puntas de tabla que a menudo partían las cuerdas, y huían en primavera cuando se quitaba el hielo; a veces volvíamos a encontrarnos después, flotando sin rumbo como trozos sueltos de un glaciar.

Subí el remo a bordo y me quité la sudadera. Me tiraría a varios metros de la piedra y luego nadaría hacia abajo y hacia dentro: de lo contrario me arriesgaba a golpearme la cabeza, el descenso parecía estar despejado, pero podía haber un saliente bajo el agua. Me arrodillé, de espaldas con las dos rodillas en el asiento de popa, luego puse un pie en cada borda y me levanté lentamente. Doblé las rodillas y me enderecé, la canoa se tambaleó como un trampolín. En el agua estaba mi otra forma, no mi reflejo sino mi sombra, recortada por delante, silueta borrosa, rayos ondeando desde el contorno de la cabeza.

La columna me crujió, golpeé el agua y descendí pataleando, deslizándome entre los estratos del lago, pasando del gris a un gris más oscuro, del fresco al frío. Me arqueé de lado y surgió la pared de piedra, gris, rosa y marrón; avancé junto a ella, tocándola con los dedos, tacto de caracol sobre una superficie babosa, el agua nublándose los ojos. Luego los pulmones se me empezaron a agarrotar y me encogí y ascendí, soltando aire como una rana, el pelo arremolinado encima de la cara, hacia la canoa, que colgaba partida entre el agua y el aire, mediadora y balsa salvavidas. La incliné con mi peso, me dejé caer dentro desde un lado y descansé; no había visto nada. Los brazos me dolían del día anterior y del esfuerzo recién hecho, mi cuerpo se

movía a trompicones; recordaba los movimientos solo de forma imperfecta, como aprender a andar después de una enfermedad.

Esperé unos minutos, luego hice avanzar la canoa y volví a lanzarme al agua, forzando la vista, sin saber qué forma esperar, huella de mano o animal, cuerpo de lagarto con cuernos y cola y cabeza mirando al frente, pájaro o canoa con palos por remos; o una cosa pequeña, una abstracción, un círculo, una luna; o una larga figura distorsionada, rígida e infantil, un ser humano. Mi reserva de aire se agotó y me remonté hasta la superficie. Aquí no, debía de estar más adelante o más abajo; estaba convencida de que existía, él no habría marcado y numerado el mapa tan metódicamente para nada, eso no sería consistente; él siempre mantenía sus propias normas, axiomas.

En el siguiente intento me pareció verlo, una mancha, una sombra, justo cuando giraba para ascender. Estaba mareada, la vista se me empezaba a nublar, mientras descansaba me jadeaban las costillas, debería parar, media hora al menos; pero me había puesto eufórica, estaba ahí abajo, lo iba a encontrar. Imprudente, me balanceé y zambullí.

Verde pálido, luego oscuridad, capa tras capa, a mayor profundidad que antes, fondo marino; el agua parecía haberse espesado, en ella unos puntos de luz daban chispazos y revoloteaban, rojos y azules, amarillos y blancos, y vi que eran peces, los moradores de los abismos, aletas contorneadas de chiribitas fosforescentes, dientes neón. Era maravilloso estar tan abajo, miré los peces, nadaban como esas formas que salen al cerrar los ojos; mis piernas y brazos sin peso, flotando libres; casi se me olvidó buscar el acantilado y la figura.

Ahí estaba pero no era una pintura, no estaba en la roca. Lo tenía debajo, flotando hacia mí desde el nivel más lejano donde no había vida, un óvalo oscuro arrastrando sus miembros. Estaba borroso pero tenía ojos, estaban abiertos, era una cosa de la que yo sabía algo, una cosa muerta, estaba muerto.

Me volví, el miedo saliéndome por la boca en burbujas plateadas, el pánico cerrándome la garganta, el grito sofocado y ahogándome. La canoa verde estaba encima, lejos de mí, la luz del sol irradiaba a su alrededor, una baliza, seguridad.

Pero no había una canoa, había dos, la canoa se había duplicado o yo veía doble. Mi mano salió del agua y agarré la borda, luego saqué la cabeza; me chorreaba agua por la nariz, tragué aire a golpes, estómago y pulmones contrayéndose, el pelo pegajoso como algas, el lago era horrible, estaba lleno de muerte, me estaba tocando.

En la otra canoa estaba Joe.

—Me ha contado que habías venido hacia aquí —dijo.

Debía de haber estado a punto de llegar antes de que me tirara al agua, pero no le había visto. Yo no podía decir nada, los pulmones buscaban el aire, los brazos casi no podían hacer fuerza para meterme en la canoa.

—¿Qué demonios estás haciendo? —dijo.

Me tumbé en el fondo de la canoa y cerré los ojos. Quería que él no estuviera allí.

Aquello volvió a tomar forma en mi cabeza: al principio creí que era mi hermano ahogado, el pelo flotando alrededor de la cara, una imagen que tenía de antes de nacer yo; pero no podía ser él, él al final no se había ahogado, estaba en otro sitio. Luego lo reconocí: nunca había sido mi hermano lo que yo recordaba, eso había sido un disfraz.

Sabía cuándo fue, estaba metido en una botella hecho un ovillo, mirándome como un gato en conserva; tenía unos ojos enormes de gelatina y aletas en vez de manos, agallas de pez, no podía dejarlo escapar, ya estaba muerto, se había ahogado en aire. Estaba ahí cuando yo me desperté, suspendido en el aire encima de mí como un cáliz, un grial malvado, y pensé, sea lo que sea, parte de mí o una criatura distinta, yo lo he matado, no será un niño pero podía haberlo sido, yo no lo permití.

El agua que yo soltaba caía en gotas a la canoa, estaba tumbada dentro de un charco. Me había enfurecido con ellos, lo tiré de la mesa con un manotazo, mi vida en el suelo, huevo de cristal y sangre hecha añicos, no se podía hacer nada.

No fue así, yo nunca lo vi. Lo echaron raspándolo a un cubo y lo tiraron donde suelen tirarlos, ya viajaba por las alcantarillas cuando yo me desperté, volvía al mar, estiré la mano hacia ello y desapareció. La botella había sido lógica, pura lógica, un vestigio de los animales atrapados y medio descompuestos, oculto por mi cerebro, un recinto, algo con que mantener la muerte alejada de mí. Ni siquiera un hospital, ni siquiera ese viso de legalidad, de los procedimientos oficiales. Una casa, ahí había sido, sala de espera con revistas, alfombrilla morada en el suelo del vestíbulo, plantas verdes y flores, olor a abrillantador de limón, puertas y susurros furtivos, querían que te fueras rápido. El fingimiento de la falsa enfermera, sus axilas ácidas, la cara empolvada de solicitud. A trompicones por el pasillo, de flor en flor, su mano criminal sobre mi codo, el otro brazo contra la pared. Anillo en el dedo. Era todo suficientemente real, había realidad de sobra para siempre, yo no podía aceptarlo, esa mutilación, el destrozo que había hecho, necesitaba una versión diferente. Lo reconstruí lo mejor que pude, aplastándolo, cuaderno de recortes, *collage*, tapando con pegamento las partes equivocadas. Un álbum falso, los recuerdos fraudulentos como pasaportes; pero una casa de papel era mejor que ninguna y casi podía vivir en ella, había vivido en ella hasta ahora.

Él no había ido conmigo al sitio donde te lo hacían; sus propios hijos, los de verdad, estaban en una fiesta de cumpleaños. Pero fue después a recogerme. Era un día de calor, cuando salimos al sol, durante un instante no veíamos nada. No era una boda, no había palomas, la oficina de correos y el césped estaban en otra parte de la ciudad, donde yo iba a comprar los sellos, la fuente de los delfines y el querubín con media cara era de la ciudad de la compañía, la había metido para que hubiera algo mío.

—Ya pasó —dijo él—, ¿estás mejor?

Estaba vacía, amputada; atufaba a sal y antiséptico, me habían plantado la muerte dentro como una semilla.

—Tienes frío —dijo él—, vamos, hay que llevarte a casa.

Escudriñándome la cara en la luz, las manos sobre el volante, duro, mejor así. Sobre mis rodillas desinfladas había un bolso, una maleta. Yo no podía volver allí, a la casa, no volví nunca; les mandé una postal.

Nunca supieron lo que pasó ni por qué me fui. Su propia inocencia, el motivo por el que no podía decírselo; inocencia peligrosa, encerrándoles tras un cristal, su jardín artificial, su invernadero. No nos enseñaron lo que es el mal, no lo entendían, ¿cómo podía yo describírselo? Eran de otra época, prehistórica, cuando todo el mundo se casaba y tenía una familia, niños creciendo en el jardín como girasoles; aislados como esquimales o mastodontes.

Abrí los ojos y me senté. Joe seguía ahí a mi lado; estaba agarrado al borde de mi canoa.

—¿Estás bien? —dijo.

Su voz me llegaba débil, como amortiguada.

Me dijo que debería hacerlo, me obligó a hacerlo; habló de ello como si fuera legal, sencillo, como quitarse una verruga. Dijo que no era una persona, solo un animal; yo tendría que haberme dado cuenta de que no había diferencia, estaba escondido dentro de mí como en una madriguera, y en vez de asegurarle un santuario dejé que lo capturaran. Podía haber dicho que no, pero no lo hice; eso me convertía en uno de ellos también, una asesina. Después de la matanza, el asesinato, él no podía creer que yo no quisiera volver a verle; le desconcertaba, estaba resentido conmigo, esperaba gratitud porque me lo había organizado todo, me había dejado como nueva; otros, decía, no se habrían tomado la molestia. Desde entonces había llevado esa muerte metida dentro, cubriéndola con capas, un quiste, un tumor, una perla negra; la gratitud que sentía ahora no era hacia él.

Tenía que ir a la orilla y dejar algo: eso era lo que se hacía, dejabas algo de tu ropa como ofrenda me arrepentí de las monedas de cinco centavos que había llevado obedientemente al platillo de la limosna, obtenía tan poco a cambio: no quedaba ningún poder en sus sosas láminas oleográficas de Jesús ni en las estatuas de los otros, rígidas y estilizadas, triple nombre sagrado encogido y convertido en palabrotas. Estos dioses de aquí, los de la orilla o el agua, no reconocidos ni olvidados, eran los únicos que alguna vez me habían dado algo de lo que necesitaba; y libremente.

Las cruces del mapa y los dibujos ahora tenían sentido: al principio solo debió de estar localizando las pinturas rupestres, deduciéndolas, esbozándolas y fotografiándolas, un pasatiempo de jubilado; pero luego descubrió lo que eran. Los indios no poseían la propiedad de la salvación pero en tiempos supieron dónde existía y sus señales marcaban los lugares sagrados, los lugares donde podías aprender la verdad. No había ninguna pintura en el lago de los Abedules Blancos y ninguna aquí, porque sus dibujos posteriores no estaban copiados de cosas que hubiera en las rocas. Había descubierto sitios nuevos, oráculos nuevos eran cosas que estaría viendo como

las había visto yo, una visión verdadera; al final, después de fallar la lógica. Catando ocurrió por primera vez se debió quedar aterrorizado, sería como pasar por una puerta normal y acabar en una galaxia distinta, árboles morados, lunas rojas y un sol verde.

Levanté el remo, la mano de Joe se despegó y la canoa avanzó hacia la orilla. Me puse las alpargatas y cogí la sudadera hecha un burruño y me bajé, atando la cuerda a un árbol; luego subí la cuesta hacia el acantilado, árboles a un lado, acantilado al otro, olor a bálsamo, la maleza arañándome las piernas desnudas. Había un saliente, lo había visto desde el lago, podía tirar la sudadera encima. No sabía los nombres de aquellos a quienes hacía la ofrenda; pero estaban ahí, tenían poder. Velas enfrente de las estatuas, muletas en los escalones, flores en botes de mermelada junto a las cruces de la carretera, agradecimientos, por muy deseada y parcial que fuera la curación. Una prenda de vestir era mejor, más cercana y más esencial; y el regalo había sido más importante, más que una mano o un ojo; estaba recuperando la sensibilidad, notaba un cosquilleo como cuando un pie se ha quedado dormido.

Yo estaba enfrente del saliente recubierto de líquenes; en los extremos, matojos intrincados con ramas, las puntas rojas, brillando al sol. Quedaba al alcance de la mano sobre la pared del acantilado; doblé la sudadera cuidadosamente y la dejé encima.

Detrás de mí algo avanzaba, ruidosamente. Era Joe, lo había olvidado. Al alcanzarme me cogió por los hombros.

—¿Estás bien? —volvió a decir.

No le quería, estaba muy lejos de él, era como estar viéndolo a través de una ventana manchada o de papel satinado; su lugar no estaba aquí. Pero existía, merecía estar vivo. Estaba deseando decirle cómo cambiar para que pudiera llegar ahí, al sitio donde estaba yo.

—Sí —contesté.

Le toqué en el brazo con la mano. Mi mano tocó su brazo. Mano tocó brazo. El lenguaje nos divide en fragmentos, yo quería estar intacta.

Me besó; yo me quedé a mi lado de la ventana. Cuando su cabeza se separó, dije: «No te quiero»; iba a explicárselo, pero él no parecía oírme, boca sobre mi hombro, dedos anudados tras mi espalda, luego bajando por los flancos, me estaba empujando como si intentara doblar una tumbona, quería que me echara en el suelo.

Me tendí dentro de mi cuerpo, ramas y agujas de pino debajo de mí. En ese momento pensé: quizá para él yo sea la entrada, como el lago ha sido la entrada para mí. El bosque se condensaba en él, era mediodía, tenía el sol detrás de la cabeza; su cara era invisible, los rayos de sol salían de un centro de oscuridad, mi sombra.

Sus manos descendieron, sonido de cremallera, dientes metálicos sobre dientes metálicos, estaba saliendo de la vaina de piel, sólido y fuerte; pero la tela se separó de él y vi que era humano, no le quería tener dentro, sacrilegio, era uno de los asesinos, dejaba las víctimas de arcilla heridas y desperdigadas tras él, y no había descubierto nada, no sabía cómo era él mismo, su capacidad para producir la muerte.

—No —dije, se estaba reclinando sobre mí—. No quiero que me lo hagas.

—¿Qué te pasa? —dijo, furioso; después me aprisionó, manos tenazas, dientes apretados contra mis labios, censurándome, estaba empujando contra mí, su cuerpo insistente como un punto de vista en una discusión.

Deslicé el brazo entre nosotros, contra su garganta, su tráquea, y apalanqué su cabeza, apartándola.

—Me voy a quedar embarazada —dije—, es justo el momento.

Era la verdad; eso le detuvo: carne haciendo más carne, oh milagro, eso les asusta a todos.

Él llegó al muelle primero, adelantándome, su furia impulsando la canoa como un motor. Cuando llegué había desaparecido.

No había nadie en la cabaña. Me pareció distinta, más grande, como si llevara mucho tiempo sin verla: la mitad de mí que había empezado a regresar aún no estaba acostumbrada a ella. Volví a salir y abrí la verja del rectángulo alambrado y me senté en el columpio, cuidadosamente, las cuerdas aún aguantaban mi peso; me balanceé suavemente hacia delante y hacia atrás, manteniendo los pies en el suelo. Rocas, árboles, el cajón de arena donde yo hacía casas con piedras por ventanas. Estaban los pájaros, los herrerillos y arrendajos; pero desconfiaban de mí, no estaban adiestrados.

Giré el anillo sobre el dedo de mi mano izquierda, un recuerdo: me lo regaló él, oro liso, decía que no le gustaba la ostentación, nos hacía fácil entrar en los moteles, un abridor de puertas; el resto del tiempo yo lo llevaba colgado de una cadena alrededor del cuello. Los cuartos de baño fríos, intercambiables, el tacto de las baldosas en las plantas de los pies, entrar andando en ellos envuelta en la toalla de otras personas en los tiempos del sexo de goma, precauciones. Él dejaba su reloj visible en las mesillas de noche para asegurarse de no llegar tarde.

Para él yo podía haber sido cualquiera, pero para mí él era único, el primero, fue donde aprendí. Le adoraba, no-novia/niña, idólatra, guardaba los fragmentos escritos por él como reliquias de santo, él nunca escribía cartas, lo único que conseguí fueron las críticas en lápiz rojo que pegaba a mis dibujos con un clip. Cuatros y cincos, era un idealista, decía que no quería que nuestra relación como él la llamaba influyera en su criterio estético. No quería que nuestra relación influyera en nada: había que mantenerla aislada de la vida. Un certificado enmarcado sobre la pared, su constatación de que él seguía siendo joven.

Aunque sí dijo que me quería, esa parte era verdad; no me la había inventado. Fue la noche en que yo me encerré y abrí los grifos de la bañera y él lloró al otro lado de la puerta. Cuando cedí y salí me enseñó fotos de su mujer e hijos, sus motivos, su familia disecada y enmarcada, tenían nombres, dijo que yo debería ser más madura.

Oí el silbido de torno de dentista de una lancha motora acercándose, más americanos; me bajé del columpio y llegué hasta la mitad de los escalones donde me tapaban los árboles. Ellos frenaron su motor e hicieron una curva para entrar en la bahía. Me agaché y miré, al principio creí que iban a desembarcar: pero solo estaban mirando, inspeccionando, planeando el ataque y la ocupación. Señalaron hacia arriba, a la cabaña, y hablaron, centelleo de prismáticos. Después aceleraron y se dirigieron hacia el acantilado donde vivían los dioses. Pero no iban a cazar nada, no les iba a ser permitido. Era peligroso que fueran allí sin saber nada sobre el poder; quizá se hicieran daño, un movimiento en falso, ganchos metálicos sumergiéndose en el agua sagrada, eso podía desencadenarlo como electricidad o una granada. Yo lo había soportado solo porque tenía un talismán, mi padre me había dejado las guías, los animales-hombres y el laberinto de números.

Estaría bien que mi madre también me hubiera dejado algo, un legado. El de él

era confuso, enmarañado, pero el de ella sería simple como una mano, sería definitivo. Yo no estaba completa todavía; tenía que haber un regalo de cada uno de ellos.

Quería buscarlo pero David venía trotando por el sendero desde el retrete.

—Hola —gritó—. ¿Has visto a Anna?

—No —dije.

Si volvía a entrar en casa o iba al huerto, me seguiría y hablaría. Me levanté y bajé el resto de los escalones y me metí en la hierba crecida donde empezaba la ruta.

Entré en el fresco verdor de los árboles, árboles nuevos y tocones, los tocones con corteza de carbón, costrosos y tullidos, supervivientes de un antiguo desastre. La vista adelantándoseme sobre el suelo, ojos filtrando los contornos, los nombres de las cosas desvaneciéndose pero sus formas y usos intactos, los animales aprendían qué comer sin sustantivos. Seis hojas, tres hojas, la raíz de esto es crujiente. Tallos blancos curvados como signos de interrogación, color de pescado en la luz tenue, plantas cadáver, incomedibles. Hongos amarillos con forma de dedo, sin clasificar, nunca los memoricé todos, y más adelante una seta con sombrero y anillo y branquias de tiza y un nombre: Oronja Verde, veneno mortal. Debajo de ella la parte invisible, red subterránea hilada de la que la seta era la flor sólida, provisional como un carámbano, crecimiento congelado; mañana se habría derretido pero las raíces permanecerían. Si nuestros cuerpos vivieran dentro de la tierra con solo el pelo sobresaliendo a través del mantillo de hojas, parecería que solo éramos eso, plantas filamentosas.

He aquí la razón por la que han inventado los ataúdes; para encerrar a los muertos dentro, conservarlos, les ponen maquillaje; no quieren que se extiendan ni se conviertan en otra cosa. La lápida con el nombre y la fecha iban encima para cargarles de peso. Mi madre lo habría odiado, esa caja, intentaría salirse; debería haberla sacado a escondidas de esa habitación y traerla aquí y dejarla marcharse sola al bosque; habría muerto de todas formas, pero más deprisa, lúcidamente, no en esa urna de cristal.

Aquello brotaba de la tierra, pura alegría, pura muerte, ardiendo blanco como la nieve.

Las hojas secas crujieron detrás de mí: me había seguido por la ruta.

—Hola, ¿qué haces? —dijo.

No me volví ni hablé, pero él no esperó a oír una respuesta, se sentó a mi lado y dijo:

—¿Qué es eso?

Tuve que concentrarme para poder hablarle, las palabras inglesas parecían importadas, extranjeras; era como intentar escuchar dos conversaciones distintas, una interrumpiendo a la otra.

—Una seta —dije.

No sería suficiente, querría un término concreto. Mi boca dio trompicones como

la de un tartamudo y apareció el latín:

—Amanita.

—Genial —dijo, pero no le interesaba.

Pedí en silencio que se marchara pero no se fue; al cabo de un rato me puso la mano en la rodilla.

—¿Y bien? —dijo.

Le miré. Su sonrisa era como la de un pariente bonachón; bajo la frente tenía un plan que le ondulaba la piel. Le quité la mano y él volvió a ponerla.

—¿Qué me cuentas? —dijo—. Querías que te siguiera.

Sus dedos me apretaban, me estaba quitando una parte del poder, lo perdería y me haría pedazos otra vez, las mentiras volverían a atraparme.

—Por favor, no —dije.

—Venga, anda, no me marees —dijo—. Eres una tía cojonuda, sabes de qué va el tema, no estás casada.

Me rodeó con el brazo, invadiendo, y me arrastró hacia él; tenía el cuello arrugado y con pecas; pronto tendría papada, olía a cuero cabelludo. Su bigote me rozó la cara.

Me retorcí para apartarme y me puse en pie.

—¿Por qué haces esto? —dije—. Me estás acosando.

Me froté el brazo donde me lo había agarrado.

No entendió lo que yo quería decir, sonrió todavía más.

—No te agobies —dijo—. No se lo voy a decir a Joe. Será genial, es bueno para la salud, te mantiene en forma —luego dijo—: Cof, cof —como Goofy.

Hablaba de ello como si fuera un programa de ejercicios, una demostración atlética, natación sincronizada en una piscina con cloro en algún lugar perdido de California.

—No me mantendría en forma —dije—, me haría quedarme embarazada.

Alzó las cejas, incrédulo.

—Me estás vacilando —dijo—, estamos en el siglo veinte.

—No estamos —dije—, aquí no.

Él se levantó también y dio un paso hacia mí. Yo me aparté. Se estaba poniendo rosa jaspeado, cuello de pavo, pero su voz seguía siendo racional.

—Mira —dijo—, ya veo que andas perdida en el país de nunca jamás pero no me digas que no sabes dónde está Joe; no es tan noble, está metido en algún sitio entre los arbustos con ese chocho con patas, justo en este momento debe de estar metiéndosela.

Eché una ojeada rápida a su reloj como si les estuviera cronometrando; parecía eufórico con lo que había dicho, los ojos le relucían como tubos de ensayo.

—Ah —dije; pensé en ello durante unos instantes—. Puede que se quieran.

Sería lógico, eran ellos los que podían.

—¿Tú me quieres a mí? —pregunté por si no le había entendido—. ¿Por eso

quieres que lo haga?

Creyó que me estaba haciendo la lista o la tonta y dijo:

—Dios.

Luego se detuvo, afinando la puntería.

—No irás a dejarle que se salga con la suya, ¿verdad? —dijo—. Ojo por ojo, como se suele decir.

Dobló los brazos, terminando su alegato, la revancha era su último recurso: debía de pensar que era un deber, una obligación por mi parte; así se haría justicia. Sexo geométrico, me necesitaba para cumplir un principio abstracto; se conformaría si nuestros genitales pudieran desmontarse como dos aparatos de cocina y copular en el aire, eso resolvería su ecuación.

Su reloj brilló, cristal y plata: quizá fuera su dial, la llave que le daba cuerda, el interruptor. Tenía que haber una frase, un vocabulario que funcionara.

—Lo siento —dije—, pero no me atraes.

—So... —dijo, buscando palabras, ya perdiendo el control—, cabrona estrecha.

El poder me entró a raudales en los ojos, le veía por dentro, era un impostor, un pastiche, capas de octavillas políticas, páginas de revistas, carteles, verbos y sustantivos adheridos a él, haciéndose trizas, la superficie primitiva regada de fragmentos y andrajos. Con un traje negro llamando a las puertas, joven en algún momento, hasta eso había sido un disfraz, un uniforme, ahora se le estaba cayendo el pelo y no sabía qué idioma usar, el suyo se le había olvidado, tenía que copiar. El americano prestado le iba cubriendo a manchas, como sarna o liquen. Estaba infestado, confuso, y yo no podía ayudarle: sería necesario mucho tiempo para curarlo, para desenterrarlo, para llegar hasta lo que en él había de verdad.

—Pues quédatelo para ti —dijo—. No pienso arrodillarme a mendigar un mal polvo sin ganas.

Me desvié para evitarlo, al volver hacia la cabaña. Más que nunca tenía que encontrar lo que ella había escondido; el poder obtenido por mediación de mi padre no bastaba para protegerme, solo otorgaba sabiduría, pero había más dioses aparte de los suyos; los suyos eran los dioses de la cabeza, cornamentas clavadas en el cerebro. No solo cómo ver sino cómo actuar.

Pensé que se quedaría ahí, al menos hasta que yo desapareciera de su vista, pero me siguió, andando detrás de mí.

—Siento haber perdido la chaveta —dijo.

Su voz había vuelto a cambiar, ahora era respetuosa.

—Esto queda entre nosotros, ¿de acuerdo? No hay por qué contárselo a Anna, ¿eh?

Si hubiera conseguido sus fines, se habría apresurado a contarlo.

—Esto ha hecho que te respete, de verdad que sí.

—Está bien —dije; sabía que estaba mintiendo.

Se sentaron en torno a la mesa en los sitios de siempre y yo les puse la cena. No había habido almuerzo, pero nadie lo mencionó.

—¿A qué hora viene Evans mañana? —dije.

—Diez, diez y media —dijo David—. ¿Has pasado una buena tarde? —dijo a Anna.

Joe pinchó una patata nueva con el tenedor y se la metió en la boca.

—Fantástica —dijo Anna—. He tomado un poco el sol y he terminado mi libro; luego he hablado mucho rato con Joe y he ido a dar un paseo.

Joe masticaba, la boca cerrada moviéndose, refutación silenciosa.

—¿Y tú?

—Genial —dijo David con gesto entusiasta y enfático.

Dobló el brazo sobre la mesa, su mano rozando la mía casualmente, como sin querer, para que ella lo viera. Me aparté con un respingo; estaba mintiendo intencionadamente, los animales no mienten.

Anna le sonrió lastimera. Observé a David; no reía, la estaba mirando fijamente, las líneas de su cara más profundas y caídas. Lo saben todo uno del otro, pensé, por eso están tan tristes; pero Anna estaba más que triste, estaba desesperada, su cuerpo era su única arma y luchaba por su vida, él era su vida, su vida era la lucha: seguía luchando contra él porque si alguna vez se rendía el equilibrio de poder se rompería y él se marcharía a otro sitio. A seguir con la guerra.

Yo quería romper filas.

—No es lo que piensas —dije a Anna—. Me lo ha pedido pero no he querido.

Intentaba decirle que no había ido contra ella.

Sus ojos saltaron de él a mí.

—Qué acto tan puro —dijo.

Me había equivocado, le daba rabia que yo no hubiera cedido, la hacía quedar mal.

—No sabes lo pura que es —dijo David—. Es una mojigata de cuidado.

—Joe me ha contado que tampoco quiere hacérselo con él —dijo Anna, sin dejar de mirarme.

Joe no dijo nada; estaba comiendo otra patata.

—Odia a los hombres —dijo David alegremente—. O es eso, o quiere ser hombre. ¿Verdad?

Un círculo de ojos, un tribunal; de un momento a otro iban a cogerse de la mano y bailar alrededor de mí, y después de eso la cuerda y la hoguera, remedio contra la herejía.

Quizá fuera verdad. Pasé revista a todos los hombres que había conocido para ver si les odiaba o no. Pero luego me di cuenta de que no era a los hombres a quienes odiaba, era a los americanos, a los seres humanos, tanto hombres como mujeres. Habían tenido su oportunidad, pero se habían enfrentado a los dioses, y ya era hora de que yo eligiera un bando. Quería que hubiera una máquina que les hiciera

desaparecer, un botón que poder apretar para evaporarles sin perturbar nada más, así habría más espacio para los animales, estarían salvados.

—¿No vas a contestar? —dijo Anna en tono provocador.

—No —dije.

Anna dijo:

—Dios, sí que es desalmada —y los dos rieron un poco, apesadumbrados.

Recogí la mesa y raspé las sobras de grasa del jamón enlatado, echándolas de los platos al fuego, comida para los muertos. Si los alimentabas lo suficiente se mantenían alejados; venía en uno de los libros, pero se me había olvidado.

Anna dijo que lavaría los platos. Era una disculpa quizá, una reparación por el hecho de que esta vez le había resultado más fácil luchar junto a él que contra él. Al fregar daba golpes con los cubiertos en el barreño, cantando para evitar discusiones; habíamos rebasado el momento de las confidencias; su voz ocupaba la habitación.

Tenía que estar dentro de la casa. Antes de cenar registré el cobertizo al ir a coger la pala, y el huerto cuando fui a sacar las patatas; pero ahí no estaba, lo habría reconocido. Tenía que ser algo fuera de su sitio, algo que no estuviera aquí cuando yo me marché, una manzana en la fila de las naranjas como en los antiguos cuadernos de matemáticas. Ella lo habría traído aquí especialmente para mí y escondido donde yo pudiera descubrirlo cuando estuviera dispuesta; como en el *puzzle* de mi padre, algo que serviría de mediador, como el rompecabezas de mi padre, no podemos dirigirnos a ellos directamente. Sequé los platos mientras Anna lavaba, inspeccionando cada uno para asegurarme de que me era familiar. Pero no habían añadido nada desde la última vez que yo estuve aquí, el regalo no era un plato.

No estaba por ninguna parte en la habitación grande. Cuando terminamos fui al cuarto de Anna y David: su chaqueta de cuero estaba ahí, colgada, no había vuelto a estar en su sitio desde la excursión. Examiné los bolsillos; no había nada dentro más que un bote metálico de aspirinas vacío y un *kleenex* antediluviano, y las cáscaras de pipas de girasol; y un filtro chamuscado de uno de los cigarrillos de Anna, que tiré al suelo y aplasté con el pie.

Mi habitación era la única que quedaba. Nada más entrar en ella noté el poder, en las manos y recorriéndome los brazos, estaba cada vez más cerca. Repasé con la vista las paredes y las estanterías, ahí no estaba; mis señoras pintadas me miraban con sus ojos recelosos. Entonces lo supe con seguridad: en los cuadernos, los había metido debajo del colchón sin terminar de mirarlos todos bien. Eran la última posibilidad y se suponía que no tenían que estar aquí, pertenecían a la ciudad, al baúl.

Oí el zumbido de un motor subiendo desde el lago, un tono distinto, más profundo que una lancha motora.

—Oye, mira —gritó Anna desde la habitación principal—. ¡Un barco grande!

Salimos a la cuesta: era una lancha de policía como las que llevan los guardabosques, nos estaban controlando igual que hacían antes, para ver si teníamos peces muertos y el permiso correspondiente; era pura rutina.

La lancha frenó y entró en el muelle. David ya estaba ahí abajo, le dejaría a él que los recibiera; era el que tenía los papeles. Volví a entrar en casa y me quedé de pie junto a la ventana. Anna, curiosa, bajó paseando para unirse a ellos.

Había dos hombres, policías o probablemente guardabosques, con ropa de

paisano; y un tercer hombre, rubio, Claude, el del pueblo, probablemente, y un cuarto, mayor, del tamaño de Paul. Era raro que Paul fuera en la lancha: si hubiera venido de visita habría traído su propio barco. David les dio la mano y se apiñaron encima del muelle, hablando en voz baja. David escarbó en su bolsillo, buscando el permiso; luego se rascó el cuello como si estuviera preocupado. Joe apareció por el sendero del retrete y la conversación volvió a empezar desde el principio; la cabeza de Anna se alzó hacia mí.

Entonces vi a David corriendo, subiendo los escalones de la cuesta de dos en dos. La puerta mosquitera se cerró tras él con un portazo.

—Han encontrado a tu padre —dijo, sin aliento por haber subido rápido.

Entrecerró los ojos, como para darme el pésame.

La puerta volvió a cerrarse de golpe, era Anna; él la rodeó con el brazo y los dos me observaron con la intensa mirada felina de la cena.

—Ah —dije—. ¿Dónde?

—Unos tipos americanos le han encontrado en el lago. Estaban pescando, le han enganchado por casualidad, pero un vejete que se llama Paul no sé cuántos, que está ahí fuera, dice que te conoce, ha identificado la ropa. Creen que se ha caído por un acantilado o algo así, tiene el cráneo fracturado.

Un sórdido mago como esos de los grandes almacenes, sacándose a mi padre de la manga como un conejo disecado de una chistera.

—¿Dónde? —dije otra vez.

—Es horrible —dijo Anna—. Lo siento mucho.

—No saben dónde ha sido —dijo David—, le habrá llevado la corriente; llevaba una cámara al cuello, muy grande, creen que el peso le habrá mantenido sumergido. Si no, le habrían encontrado antes.

Sus ojos me escrutaban con un placer malsano.

Era inteligente por su parte haber averiguado lo de la cámara desaparecida, porque yo no les había contado nada. Tenía que haber pensado con rapidez para inventárselo todo en tan poco tiempo: yo sabía que era todo mentira, lo hacía para desquitarse conmigo.

—¿Te han pedido el permiso de pesca? —dije.

—No —dijo, fingiendo sorpresa—. ¿Quieres hablar con ellos?

Ahí corría un riesgo, debería haberlo calculado mejor, eso iba a desvelar toda su falsa argumentación mentirosa. Quizá fuera lo que él quería, quizá pretendiera hacer una broma. Decidí actuar como si le creyera, ver cómo salía de esta.

—No —dije—, diles que estoy demasiado afectada. Mañana cuando vayamos al pueblo ya hablaré con Paul de los trámites —así se les llamaba, trámites—. Él quería que le enterraran por aquí cerca.

Detalles convincentes; si él inventaba, yo también sabía inventar, había leído suficientes novelas policiacas. Los detectives, ermitaños excéntricos, cultivadores de orquídeas, ancianas astutas con el pelo azulado, chicas con navaja y linterna, según

ellos todo encajaba. Pero no en la vida real, quería decirle: te has pasado de listo.

Él y Anna intercambiaron una mirada: pensaban que iban a hacerme sufrir.

—Vale —dijo él.

Anna dijo:

—No preferirías... —Y luego se detuvo.

Volvieron, bajando por las escaleras, desilusionados los dos, su trampa había fallado.

Entré en el otro cuarto y saqué los cuadernos de debajo del colchón. Seguía habiendo suficiente luz para ver, pero cerré los ojos, tocando las cubiertas con las manos, con las puntas de los dedos. Uno de ellos pesaba más y despedía más calor; lo levanté, dejé que se abriera solo. El regalo de mi madre estaba ahí para mí, ya podía mirar.

En el resto del cuaderno había gente primaria, pelos saliéndoles disparados de la cabeza, como rayos o lanzas, y soles con caras, pero el regalo en sí era una página suelta, el borde roto, las figuras dibujadas con lápices de cera. A la izquierda había una mujer con estómago de luna llena: el niño estaba sentado dentro de ella, mirando hacia fuera. Enfrente había un hombre con cuernos en la cabeza como cuernos de vaca y una cola con pinchos.

El dibujo era mío, lo había hecho yo. El niño era yo antes de nacer, el hombre era Dios, le había dibujado cuando mi hermano aprendió en invierno quiénes eran el Demonio y Dios; si al Demonio le dejaban tener cola y cuernos, a Dios también le venían bien, eran ventajas.

Eso era lo que los dibujos habían significado entonces, pero su primer significado se perdía ahora como los significados de las pinturas rupestres. Eran mis guías, ella me los había guardado, pictogramas, tenía que descifrar su significado nuevo con la ayuda del poder. Los dioses, sus parecidos: verles en su forma auténtica es funesto. Mientras seas humano; pero después de la transformación se puede llegar a ellos. Primero tenía que sumergirme en el otro idioma.

Vibración de la lancha al alejarse. Volví a meter la página en el cuaderno y lo dejé otra vez debajo del colchón. Pataleo de los demás al subir la cuesta, me quedé dentro de la habitación.

Encendieron la lámpara. Ruido de David buscando algo y luego las cartas, estaba preparando un solitario; luego la voz de Anna, ella quería hacer lo mismo con la otra baraja. Estaban jugando a dobles, bajando las cartas con un chasquido como jugadores expertos, monosílabos según ganaban o perdían. Joe estaba sentado en la esquina del banco, le oía cambiar de postura contra la pared.

Para él la verdad quizá fuera aún posible, lo que le va a salvar es la ausencia de palabras; pero los otros ya se están convirtiendo en metal, pieles galvanizadas, cabezas convertidas en bultos congelados, los componentes y cables complicados madurando por dentro. Las cartas chasquean sobre la mesa.

Abro el puño, gesto liberador, se vuelve a convertir en una mano, la palma una

red de caminos, la línea de la vida, pasado presente y futuro, el corte cerrándose cuando frunzo los dedos. Cuando la línea del corazón y la de la cabeza se juntan, nos dijo Anna, eres un criminal, un idiota o un santo. Cómo actuar.

Sus voces murmuran, no pueden hablar de mí, saben que estoy escuchando. Me están evitando, les parezco poco apropiada; creen que debería estar invadida por la muerte, que tendría que estar de luto. Pero nada ha muerto, todo está vivo, todo está esperando a cobrar vida.

TRES

La puesta de sol era roja, de un color claro de tulipán que tomaba la palidez de tejidos cutáneos, de una membrana. Ahora solo quedan vetas, malva y púrpura, en el cielo visible, dividido por los cuarterones de la ventana, y luego por las ramas entrelazadas, hojas superpuestas a hojas. Estoy en la cama, tapada, la ropa amontonada en el suelo, él vendrá dentro de poco, no puede posponerlo para siempre.

Murmullos, cartas recogidas, enjuague y espumarajos de gente lavándose los dientes. Soplido y chisporroteo, la lámpara se apaga, los haces de linterna bañan el techo. Él abre la puerta y se queda dubitativo, oscureciendo la luz que lleva en la mano, después de esta mañana y esta tarde no sabe bien cómo comportarse conmigo, finjo estar dormida y entra a tientas en la habitación sigiloso como la espuma, y baja la cremallera de su piel humana.

Cree que estoy sufriendo, quiere evitarlo, se encorva para alejarse de mí; pero yo le acaricio, le paso la mano por el cuerpo, se sorprende de que esté despierta. Después de unos segundos se vuelve hacia mí, rígido, los brazos me rodean y me pasan por encima y siento el olor de Anna en su cuerpo, crema bronceadora y grasa de cara enrojecida y humo, pero eso no importa; lo que importa es el otro olor, los otros olores, las sábanas, lana y jabón, pieles químicamente tratadas, aquí no puedo. Me siento, bajo las piernas de la cama.

—Y ahora ¿qué? —dice, susurra.

Le tiro de las manos.

—Aquí no.

—¡Por Dios!

Intenta tirar de mí hacia abajo pero me freno con las piernas, enganándolas al borde.

—No hables —digo.

Se levanta a trompicones de la cama y me sigue. Salimos de este cuarto, pasamos delante del otro y cruzamos el suelo de la sala. Cuando he abierto la puerta mosquitera y la puerta de madera le cojo la mano: fuera hay algo contra lo que yo tengo protección pero él no, tengo que mantenerle cerca de mí, dentro del radio.

Pisamos la tierra, pies y piel desnudos; la luna está saliendo, bajo la luz gris verdosa su cuerpo reluce y los troncos de árboles, los óvalos blancos de sus ojos. Camina como si estuviera ciego, tropezando con matojos de sombras, chocando con los dedos de los pies, aún no sabe andar a oscuras. Mis pies tentaculares y mi mano libre olfatean el camino, los zapatos son una barrera entre el tacto y la tierra. Topetazo doble, corazón contenido: conejos, previniéndonos a nosotros y avisándose entre ellos. En la orilla lejana un búho, su voz de plumas y de garras, negro sobre negro, sangre en el corazón.

Me tumbo, manteniendo la luna a mano izquierda y el sol ausente a mano derecha. Él se arrodilla, está temblando, las hojas de debajo y alrededor están

húmedas por el rocío, o es el lago, empapando la roca y la arena, estamos cerca de la orilla, las olas pequeñas arrullan. Tiene que dejarse crecer más pelo en la piel.

—¿Qué ocurre? —dice— ¿qué pasa?

Mis manos están encima de sus hombros, es compacto, indefinido, contorno pero sin rasgos, pelo y barba una melena, la luna detrás. Se vuelve para curvarse sobre mí; sus ojos destellan, está temblando, miedo o piel tensa o el frío. Tiro de él hacia abajo, su barba y pelo me caen encima como helechos, boca suave como el agua. Pesa encima de mí, piedra cálida, casi viva.

—Te quiero —dice a un lado de mi cuello, catecismo.

Dientes rechinando, se contiene, quiere que sea como en la ciudad, artesanía barroca con volutas, complejo como un ordenador, pero yo estoy impaciente, el placer es redundante, los animales no tienen placer. Le guío hacia dentro, es la época adecuada, me doy prisa.

Tiembla y en ese momento noto a mi niño perdido aflorando dentro de mí, perdonándome, saliendo del lago donde lleva tanto tiempo aprisionado, sus ojos y dientes fosforescentes; las dos mitades se abrochan, entrelazándose como dedos, algo brota, hace salir frondas. Esta vez lo voy a hacer sin ayuda, en cuclillas, sobre periódicos viejos en una esquina yo sola; o encima de hojas, sobre un montón de hojas secas, es más limpio. El niño saldrá tan fácilmente como un huevo, un gatito, y lo lameré y le morderé el cordón, la sangre volviendo a la tierra a la que pertenece; la luna estará llena, ejercerá su influencia. Por la mañana lo podré ver: estará cubierto de pelo brillante, un dios, nunca le enseñaré ninguna palabra.

Le rodeo con los brazos, alisándole la espalda; le estoy agradecida, me ha dado la parte de mí misma que necesitaba. Le voy a volver a llevar a la cabaña, atravesando la fuerza que ahora nos presiona como el mar abierto a un nadador, después puedo dejarle ir.

—¿Está bien? —dice. Está tumbado encima de mí, respirando, derretido—. ¿Ha estado bien?

Quiere decir dos cosas distintas; pero «sí», digo en respuesta a una tercera pregunta no hecha. Nadie debe descubrirlo o volverán a hacerme eso otra vez, atarme con correas a la máquina de la muerte, máquina del vacío, piernas en el soporte metálico, cuchillos secretos. Esta vez no les voy a dejar.

—Entonces vale —dice, apoyado de codos, con dedos y labios me tranquiliza, sobre mi mejilla, mis cabellos—. No ha sido nada lo de esta tarde, no ha significado nada; es ella la que lo ha querido.

Se desliza al suelo, tumbado junto a mí, arrimándose a mi hombro en busca de calor; está temblando otra vez.

—Mierda —dice—, qué jodido frío —después, cautelosamente—: Entonces, ¿sí?

Es la palabra ritual del amor, quiere saberlo otra vez, pero yo no le puedo dar redención, ni siquiera en forma de mentira. Los dos aguardamos mi respuesta. El viento se mueve, susurro de pulmones de árboles, el agua chapalea a nuestro

alrededor.

Cuando despierto es de mañana; estamos en la cama otra vez. Él ya está despierto, la cabeza cerniéndose sobre mí, me estaba supervisando mientras dormía. Sonríe, una sonrisa suficiente, satisfecha, la barba inflada como una garganta de sapo cancionero, y baja la cara para besarme. Aún no lo entiende, cree que ha ganado, el acto de su carne convertido en una cuerda atada a mi cuello, en una correa, me va a conducir de vuelta a la ciudad y a atarme a vallas, a picaportes.

—Has dormido mucho —dice.

Empieza a ponerse encima de mí pero yo miro al sol, es tarde, casi las ocho y media. En la habitación grande oigo metal sobre metal, ya están levantados.

—No hay prisa —dice él, pero yo le aparto y me visto.

Anna está haciendo comida, raspando con una cuchara la sartén. Tiene puesta la túnica morada y los pantalones de campana blancos, atuendo urbano, y el maquillaje untado sobre la cara forma como una visera.

—Había pensado hacerlo yo —dice—, para que pudierais quedaros durmiendo.

Habrá oído abrir y cerrar la puerta por la noche; enseña una sonrisa, cálida, conspiradora, y yo sé qué circuitos se están cerrando en su cabeza: al tirarse a Joe ha vuelto a unirnos. Salvar al mundo, todos quieren hacerlo; los hombres creen que pueden hacerlo con pistolas, las mujeres con sus cuerpos, el amor lo conquista todo, los conquistadores aman a todos, espejismos creados por las palabras.

Ella reparte el desayuno. Son judías guisadas en lata, se acabó la comida que había para desayunar.

—Carne de cerdo y judías y fruta musical, cuanto más comas, mejor cantarás —dice David y hace cuac como el pato Daffy, vivaracho, emulando satisfacción.

Anna le ayuda, vida comunitaria y cooperación; ella le da golpecitos en los nudillos con el tenedor y dice:

—Ya estamos.

Luego se acuerda y se adapta a su máscara de la tragedia:

—¿Cuánto vas a estar en el pueblo?

—No lo sé —digo—. No mucho.

Preparamos las mochilas y les ayudo a bajar el equipaje, el mío también, maleta llena de palabras ajenas y dibujos fallidos, bolsa de lona con ropa, nada que necesite. Ellos se sientan en el muelle a hablar: Anna está fumando, se ve reducida al último cigarrillo.

—Por Dios —dice—, me voy a alegrar de volver a la ciudad para poder comprar cosas otra vez.

Subo las escaleras una vez más para asegurarme de que no se han dejado nada. Están los arrendajos, fluyendo de árbol en árbol, voces transmitiendo códigos tribales; se retiran a las ramas superiores, aún no han decidido si soy de fiar o no. La cabaña está como la encontramos; cuando llegue Evans echaré el cerrojo.

—Deberíais subir las canoas antes de que venga —digo al volver a bajar—. Van dentro del cobertizo.

—Vale —dice David.

Consulta su reloj, pero no se levantan. Han sacado la cámara, están hablando de la película; tienen al lado la bolsa con cremallera donde va el equipo, el trípode, los rollos de película en sus latas.

—Supongo que podremos empezar a montarla en dos o tres semanas —dice David, hablando como si fuera un profesional—. Lo primero es llevarla al laboratorio.

—Sobra parte de un rollo —dice Anna—. Teníais que meterla a ella; me habéis metido a mí, pero a ella no.

Me mira, el humo le asciende desde la nariz y la boca.

—Oye, qué buena idea —dice David—. El resto de nosotros salimos, ella es la única que no.

Me inspecciona.

—Y ¿dónde la encajamos? Aún no tenemos a nadie follando; pero tendría que hacerlo yo —le dice a Joe—, nos hace falta que tú manejes la cámara.

—Puedo manejar la cámara yo —dice Anna—. Así podéis hacerlo los dos —y todos ríen.

Se levantan al cabo de un rato y agarran la canoa roja, uno en cada punta, y la suben por la cuesta. Yo me quedo con Anna en el muelle.

—¿Se me está pelando la nariz? —dice, frotándosela.

Del bolso saca una polvera redonda dorada con violetas en la tapa. La abre, revelando su otro yo, y se pasa las puntas de los dedos alrededor de las comisuras, izquierda, derecha; luego desenrosca un tubo rosa y se pone una porción en cada mejilla, que después difumina, cambiando de forma, ejecutando la única magia que le queda.

Grupa portátil, cojín de harén, rosa en las mejillas y negro discretamente en torno a los ojos, rojo sangre y negro ébano; una imitación respunteada y doblada de una foto de revista que es a su vez una imitación de una mujer que también es una imitación, el original en ningún sitio, ángel lobulado sin pelo en el mismo cielo donde Dios es un círculo, princesa cautiva en la cabeza de alguien. Está encerrada, no se le permite comer, ni cagar, ni llorar ni dar a luz, nada entra, nada sale. Se quita la ropa o se la pone, vestuario de muñeca de papel, copula bajo luces electrónicas con el torso del hombre mientras su cerebro observa desde su cubículo de control acristalado en la otra punta de la habitación, su rostro se retuerce en poses de exultación y abandono total, eso es todo. No está aburrida, no tiene otros intereses.

Anna está sentada, oscuridad en las cuencas de los ojos, calavera con una vela. Hace clic al cerrar la polvera y apaga el cigarrillo contra el muelle; recuerdo cómo lloraba, subiendo por la cuesta de arena; era ayer, desde entonces se ha cristalizado. La máquina es gradual, te quita un poco de ti cada vez, dejando la cáscara. No pasaría

nada si se limitaran a cosas muertas, los muertos se pueden defender, estar medio muerto es peor. Se lo hacían unos a otros además, sin saberlo.

Abro la cremallera de la bolsa con el material de rodaje y saco las latas de película.

—¿Qué haces? —dice Anna, con aire distraído, sin embargo.

Desenrosco la película, de pie a pleno sol, y dejo que se hunda en el lago haciendo una espiral.

—Mejor que no hagas eso —dice Anna—, te van a matar.

Pero no interviene, no les llama.

Cuando he desenrollado los carretes abro la parte de atrás de la cámara. La película enroscada cae en la arena bajo el agua, lastrada con el peso de sus envases; las imágenes invisibles capturadas se alejan nadando hacia el interior del lago como renacuajos, Joe y David junto a su tronco vencido, leñadores con brazos doblados, Anna sin ropa tirándose de la punta del muelle, sacando el dedo, cientos de diminutas Annas desnudas han dejado de estar embotelladas y archivadas.

La examino para ver si su liberación ha supuesto alguna diferencia, pero los ojos verdes me observan inalterados desde la cara esmaltada.

—Te la vas a cargar —dice, compungida como un profeta—. No deberías haberlo hecho.

Ellos están en la cima de la cuesta ahora, volviendo por la otra canoa. Corro rápidamente hacia ella, la pongo boca arriba, tiro un remo dentro y la arrastro por el muelle.

—¡Eh! —grita David—. ¿Qué haces?

Ya están casi aquí, Anna me mira mordándose un nudillo, no sabe si contarlo o no: si se queda callada la tratarán como a un cómplice.

Deslizo la canoa de popa hacia el agua, me agacho, entro, empujo.

—Ha tirado vuestra película —dice Anna detrás de mí.

Hundo la pala en el agua, no me vuelvo, noto que intentan ver algo en el lago.

—Mierda —dice David—, mierda, mierda de mierda, ¿por qué carajo no se lo has impedido?

Cuando llego a la lengua de arena miro atrás. Anna está de pie, brazos caídos a los lados, no involucrada; David está de rodillas, las manos pescando en el agua, sacando la película a puñados como espaguetis, aunque debe de saber que es inútil, se ha echado a perder.

Joe no está. Entonces aparece en la cima de la cuesta de arena, corriendo, deteniéndose. Grita mi nombre, furioso: si tuviera una piedra la tiraría.

La canoa se desliza, llevándonos a los dos, rodeando los árboles inclinados y fuera de su alcance. Es demasiado tarde para que cojan la otra canoa y vengan detrás; probablemente no se lo han planteado, los ataques sorpresa funcionan por el

desconcierto. La dirección está clara. Me doy cuenta de que esto lo tenía pensado, hace cuánto no lo sé.

Voy avanzando pegada a los árboles, barco y brazos un solo movimiento, anfibio; el agua se cierra detrás de mí, sin rastro. La tierra se curva y nos curvamos con ella, un estrechamiento y luego un espacio y estoy a salvo, oculta en el laberinto de la costa.

Aquí hay rocas; se vislumbran bajo el agua, sombras marrones como nubes o amenazas, barricada. Declive de tierra a cada lado, piedra adornada con trepadoras. El suelo del lago, antes suelo de tierra, se inclina hacia arriba, tan poco profundo ahora que una motora no pasaría. Otro recodo y estoy en la bahía, pantano sin salida al mar, capa de agua tibia con juncos y enneas asomando entre el lodo negro vegetal, en torno a los tocones serrados de los árboles, antes altos como torres. Aquí es donde yo tiraba las cosas muertas y limpiaba las latas y botes.

Floto, no hace falta remar. Más adentro, los árboles que no cortaron antes de la inundación están aislados, rotos y de color blanco grisáceo, torcidos hacia un lado, sus enormes raíces deformes desteñidas y sin piel; en los troncos empapados hay colonias de plantas alimentándose de la desintegración: el laurel, la drosera insectívora, sus hojas como uñas del pie con pelos rojos pegajosos. De los nidos de hojas se alzan las flores, color blanco puro, carne de mosquitos y cínifes, pétalos ahora, metamorfosis.

Me tumbo en el suelo de la canoa y espero. El agua mansa acumula el calor; pájaros, lejos en el bosque un carpintero, en algún sitio un tordo. A través de los árboles ojea el sol; el pantano a mi alrededor, arde, la energía del deterioro convirtiéndose en crecimiento, fuego verde. Me acuerdo de la garza; a estas alturas será insectos, ranas, peces, otras garzas. Mi cuerpo también cambia, la criatura que llevo dentro, planta-animal, produce filamentos en mi interior; yo la encamino a la seguridad entre muerte y vida, me multiplico.

El motor acercándose me despierta: está fuera, en el lago, será Evans. Varo la canoa, ato la cuerda a un árbol. No esperan que aparezca, no en esta dirección, tengo que asegurarme de que se marchan con él como deben, sería típico de ellos fingir pero quedarse para sorprenderme cuando vuelva.

Es menos de medio kilómetro atravesando árboles, cabeceando para evitar las ramas, pendiente de dónde piso, siguiendo los vestigios de la ruta codificada hasta donde estaban los botes con especímenes; si no supiera que el camino está ahí, nunca podría encontrarlo. Cuando el barco de Evans llega al muelle, yo estoy detrás de ellos, cerca de la madera amontonada, cabeza agachada y tumbada en el suelo, les veo a través de la pantalla de los tallos de las plantas.

Se inclinan, están cargando las cosas en el barco, me pregunto si se llevarán las mías también, mi ropa, los fragmentos de dibujos.

Están de pie hablando con Evans, sus voces bajas, inaudibles; pero le estarán explicando, tendrán que inventar alguna razón, accidente, decir por qué no estoy con ellos. Estarán tramando una estrategia para capturarme. ¿O realmente van a marcharse y prescindir de mí, desaparecer en las catacumbas de la ciudad, dándome por perdida, guardándome en su cabeza con toda la ropa y las frases obsoletas? Para ellos pronto seré tan antigua como los cortes de pelo militares y las canciones sobre la guerra mundial, una cara medio recordada en un anuario de instituto, una medalla por un enemigo capturado: un *souvenir*, o quizá ni eso.

Joe sube las escaleras gritando; Anna grita también, en tono agudo, como un pitido de tren antes de la salida, mi nombre. Es demasiado tarde, ya no tengo nombre. He pasado todos estos años intentado ser civilizada, pero no lo soy y estoy harta de fingir.

Joe llega a la parte delantera de la cabaña, quedando oculto. Al cabo de un instante reaparece, bajando la cuesta ruidosamente hasta donde están ellos, los hombros hundidos por la derrota. Quizá ahora ya lo entienda.

Se van metiendo en el barco. Anna se detiene un momento, vuelta directamente hacia mí, la cara bajo el sol, perpleja, extrañamente abatida: ¿me ve, va a despedirse con la mano? Luego los demás le ofrecen manos y la ayudan a subir, un gesto que desde lejos casi parece amor.

El barco resopla marcha atrás hacia la bahía, luego vira hacia delante y ruge. Evans con su cabeza de toro al timón, camisa a cuadros e impasible, americano, ya son todos americanos ahora. Pero de verdad se están marchando, de verdad se han ido, un zumbido en los oídos y luego un silencio. Me pongo en pie lentamente, tengo el cuerpo entumecido por la inmovilidad; en la carne desnuda de mis piernas se ven marcas de hojas y ramas.

Camino hasta la cuesta y recorro la costa con la mirada, encontrando el sitio, la abertura por donde han desaparecido: comprobando, asegurándome. Es verdad, estoy sola; es lo que quería, quedarme aquí sola. Desde cualquier perspectiva racional soy absurda; pero ya no hay puntos de vista racionales.

Han cerrado las puertas del cobertizo, de la cabaña; ha sido Joe, puede haber pensado que yo iría en canoa hasta el pueblo. No, ha sido mala voluntad. Yo no debería haber dejado las llaves colgadas en el clavo, tendría que habérmelas metido en el bolsillo. Pero han sido tontos al pensar que iban a dejarme fuera. Pronto llegarán al pueblo, al coche, a la ciudad; ¿qué dirán de mí ahora? Que he huido; pero irme con ellos habría sido huir, la verdad está aquí.

Me quedo de pie en el escalón de la puerta y me inclino hacia un lado, agarrando el alféizar, mirando dentro. La mochila de lona con mi ropa la han cambiado de sitio, ahora está dentro otra vez, en la mesa con mi maleta; junto a ella está la novela negra de Anna, la última que ha leído, poco consuelo pero consuelo, la muerte es lógica, siempre hay un motivo, puede que las haya leído por eso, por la teología.

Ya no hay sol, cielo oscureciéndose, quizá llueva después. Nubes acumuladas sobre las colinas, yunques, ominosas cabezas de martillo, va a ser una tormenta; aunque quizá no llegue, a veces se arremolinan durante días, se acercan pero nunca se desencadenan. Voy a tener que entrar. Allanar mi propia casa, «entrar y salir por la ventana», cantaban por aquel entonces los niños alzando los brazos para formar un puente por encima de sus cabezas.

La parihuela está bajo la cabaña, junto a la leña amontonada donde siempre se guardaba, dos postes con tablas clavadas transversalmente como peldaños. La saco y la apoyo en la pared bajo la ventana, la que no tiene mosquitero. La ventana está enganchada por dentro en las esquinas, voy a tener que romper cuatro de los cuadrados pequeños de cristal. Lo hago con una piedra, la cabeza apartada, ojos cerrados para evitar las astillas. Meto cuidadosamente la mano por los agujeros dentados y quito los ganchos y levanto la ventana hacia dentro dejándola sobre el sofá. Si consiguiera abrir el cobertizo, podría usar el destornillador para quitar de la puerta la falleba del candado, pero el cobertizo no tiene ventanas. Hacha y machete dentro, sierra, utensilios metálicos.

Piso el sofá y luego el suelo, ya estoy dentro. Barro el cristal roto; después de eso vuelvo a enganchar la ventana en su sitio. Será una lata trepar siempre para entrar y salir, quitar la ventana todas las veces, pero en las otras ventanas hay mosquiteros y no tengo nada con que cortarlos. Podría intentarlo con el cuchillo: si tuviera que marcharme con prisa sería mejor usar una de las ventanas de atrás, están más cerca del suelo.

Lo he logrado; ahora no sé qué hacer. Me detengo en mitad de la habitación, escuchando: nada de viento, quietud, respiración contenida del lago, los árboles.

Para mantenerme ocupada saco mi ropa de nuevo y la cuelgo de los clavos de mi habitación. La chaqueta de mi madre vuelve a estar aquí, la vi por última vez en el cuarto de Anna, la han cambiado de sitio. Mis pasos son el único ruido, reverberación de zapatos sobre madera.

Debe de haber algo que hacer ahora; pero el poder ha desaparecido, tengo los dedos vacíos como guantes, ojos normales, nada me guía.

Me siento ante la mesa y ojeo una revista antigua, pastores tejiéndose sus propios calcetines, el rostro curtido por el clima, mujeres con corpiños acordonados y carmín rojo equilibrando cestas de la colada sobre la cabeza, sonriendo para enseñar dientes y felicidad; plantaciones de caucho y templos desiertos, la selva deslizándose sobre los serenos dioses tallados. Círculo de una taza mojada en la cubierta, marcado ayer o hace diez años.

Abro una lata de melocotón y como dos de las fibrosas mitades amarillas, zumo azucarado goteando de la cuchara. Luego me tumbo en el sofá y el sueño desciende sobre mi cara, rectángulo negro, sin imágenes.

Cuando despierto, la luz difusa de fuera está más hacia el oeste, parece tarde, deben de ser casi las seis, hora de cenar; David tenía el único reloj. Noto el hambre dentro, un gimoteo contenido. Desengancho la ventana y me subo para salir, un pie sobre la parihuela que se bambolea, raspándome la rodilla al dejarme caer al suelo. Debería fabricar una escalera, pero no hay elementos, no hay tablas.

Bajo al huerto. He olvidado el cuchillo y el cuenco, pero no hacen falta, los dedos bastan. Abro la puerta, las paredes de alambre me rodean; fuera de la verja los árboles cuelgan como marchitándose, las plantas de dentro están pálidas bajo la luz grisácea; el aire está cargado, agobiante. Empiezo a sacar las cebollas y las zanahorias.

Estoy llorando por fin; es la primera vez, me observo a mí misma: estoy agachada junto a las lechugas, las flores desaparecidas ya, hechas semillas, se me corta la respiración, el cuerpo tenso lucha contra las lágrimas; el agua me llena la boca, sabor a pescado. Pero no estoy llorando su muerte, estoy acusándoles, *¿por qué lo hicisteis?* Lo eligieron, lograron controlar su muerte, decidieron que era el momento de irse y se fueron, montaron esta barrera. No tuvieron en cuenta cómo me lo tomaría yo, quién iba a ocuparse de mí. Estoy furiosa porque han dejado que ocurra.

—Aquí estoy —grito—. ¡Estoy aquí!

Voz alzándose más y más con la frustración y luego el terror de no oír ninguna respuesta; la vez que estábamos jugando después de cenar y yo me escondí demasiado bien, demasiado lejos y no lograban encontrarme. Los troncos de los árboles son tan parecidos, el mismo tamaño, el mismo color, imposible desandar lo andado, en vez de ello localizar el sol, la dirección, vayas hacia donde vayas te vas a encontrar con agua. Lo peligroso es el pánico, andar haciendo círculos.

—¡Estoy aquí!

Pero no pasa nada. Me enjugo la sal de la cara, los dedos manchados de tierra.

Si me concentro, si rezo, puedo hacerles volver. Están aquí ahora, noto que están esperando, fuera de mi vista en el sendero o entre la hierba crecida al otro lado de la verja, se me resisten pero puedo conseguir que salgan, donde sea que estén escondidos.

Enciendo el fogón y cocino la comida en la habitación cada vez más oscura. No hay motivo para poner platos; como del cazo y de la sartén con una cuchara. Voy a acumular los cacharros sucios hasta que haya suficientes; cuando el cubo de lavar los platos esté lleno tendré que bajarlo por la ventana con una cuerda.

Vuelvo a subirme para salir y dejo los restos de la carne enlatada en la bandeja para los pájaros. Gris oscuro, las nubes descendiendo, acercándose; las rachas de viento han empezado, avanzan por el lago como escalofríos; al sur hay una columna de lluvia. Destellos de luz pero sin truenos, ráfaga de hojas.

Subo la cuesta hasta el retrete, obligándome a ir despacio, manteniendo el pánico a raya, observándolo. Desde dentro cierro la puerta con el gancho, son las puertas lo que temo porque no veo a través de ellas, es la puerta abriéndose sola con el viento lo que me da miedo. Vuelvo corriendo por el sendero, diciéndome a mí misma que basta, ya soy lo bastante mayor, ya soy mayor.

El poder me habría protegido, pero se ha esfumado, agotado, sirve igual de poco que las balas de plata o la señal de la cruz. Pero la casa me defenderá, tiene la forma adecuada. Una vez dentro vuelvo a colocar la ventana en su sitio, enganchándola al marco, parapetándome, barras de madera. Los cuatro cristales rotos, cómo puedo cerrarlos. Intento rellenarlos con páginas arrancadas de las revistas y arrugadas, *National Geographic*, *Macleans*, pero no funciona, los agujeros son demasiado grandes, los tapones de papel caen al suelo. Ojalá tuviera clavos, un martillo.

Enciendo la lámpara pero el aire que entra por la ventana rota la hace parpadear y ponerse azul, y con la lámpara no veo lo que está pasando fuera. La apago y me siento a oscuras, escuchando las ráfagas de viento, aunque no llueve.

Al cabo de un rato decido irme a la cama. No estoy cansada, he dormido por la tarde, pero no hay otra cosa que hacer. En mi habitación me quedo de pie mucho tiempo planteándome por qué me da miedo quitarme la ropa: me preocupa que vuelvan a buscarme; si vienen tendré que marcharme rápidamente; pero no lo intentarán en plena tormenta. Evans lo sabe de sobra, el lago es el peor sitio por la electricidad, la piel y el agua son elementos conductores.

Aparto la cortina atándola para que haya más luz. La chaqueta de mi madre cuelga de un clavo junto a la ventana, no hay nadie dentro; apoyo la frente en ella. Olor a oscuro, el olor de la pérdida; irrecuperable. Pero no puedo pensar en eso. Me tumbo en la cama con la ropa puesta y enseguida la primera lluvia golpea el techo. Repiquetea, cambia a un tamborileo regular, sonido de una avalancha, que me rodea. Noto cómo asciende el lago, rebasando la orilla y la cuesta, los árboles tambaleándose y cayendo dentro como arena que se desmorona, raíces volcadas, la casa desamarrada y flotando como un barco, meciéndose y meciéndose.

En mitad de la noche me despierta el silencio, la lluvia ha parado. Oscuridad triste, no veo nada, intento mover las manos pero no puedo. El miedo llega como olas, como

pisadas, no tiene centro; me aprisiona como una armadura, es mi piel la que está temerosa, rígida. Quieren entrar, quieren que yo abra las ventanas, la puerta, no pueden hacerlo ellos solos. Soy la única que queda, dependen de mí pero ya no sé quiénes son; vengan como vengan no serán los mismos, habrán cambiado. Yo lo pedí en silencio, les llamé, que vayan a venir es lógico; pero la lógica es una pared, yo la construí, al otro lado está el terror.

Encima del tejado los dedos del agua tamborileando al gotear de los árboles. Oigo una respiración, contenida, vigilante, no en la casa sino todo alrededor.

Por la mañana recuerdo la silueta de la ventana, que comienza a emerger; debo de haber estado mirando hasta casi el amanecer. Luego pienso que puede haber sido un sueño, de esos que dan la sensación de estar despierto.

Para desayunar como estofado guisado, calentándolo primero en un cazo, y café instantáneo. Hay demasiadas ventanas, me muevo para sentarme en el banco de la pared, desde ahí las veo todas.

Apilo los platos en la sartén con los de anoche y les echo encima el resto del agua caliente. Luego me vuelvo hacia el espejo para cepillarme el pelo.

Pero cuando cojo el cepillo noto una oleada de pánico en la mano, el poder ha vuelto con otra forma diferente, se ha debido de filtrar por el suelo durante los relámpagos. Sé que el espejo está prohibido, tengo que dejar de estar en el espejo. Miro por última vez mi cara de cristal distorsionada: ojos azul claro en una piel roja oscura, pelo tieso y enredado encima de la cabeza, reflejo que se entromete entre mis ojos y la visión. No verme a mí misma sino ver. Invierto el espejo para dejarlo vuelto hacia la pared, ya no me atrapa, el alma de Anna encerrada en la polvera dorada, eso y no la cámara es lo que debería haber roto.

Desmonto la ventana y salgo; inmediatamente el miedo me abandona, como una mano soltándome la garganta. Debe de haber normas: sitios donde se me permita estar, otros sitios donde no. Voy a tener que escuchar cuidadosamente, si confío en ellos me dirán lo que está permitido. Debería haberles dejado entrar, puede haber sido la única oportunidad que me den.

El recinto con el columpio y el cajón de arena está prohibido, eso lo sé sin tocarlo. Bajo andando al lago. Está en calma chicha, el agua veteada de polen, una neblina asciende de las bahías y desde detrás de las islas, el sol quemándola conforme sube, el propio sol cálido y brillante como luz pasando por una lente. Algo reluce en la superficie, un animal nadando o un tronco muerto; cuando no hay viento se atreven a salir bichos desde la orilla. El aire huele a tierra, pleno verano.

Piso el muelle: el miedo dice no, puedo estar cerca del lago pero no en el muelle. Me lavo las manos des de la roca lisa. Si lo hago todo en el orden correcto, si no pienso en nada más, ¿qué sacrificio, qué quieren?

Cuando estoy segura de haber adivinado lo que se me exige vuelvo a la cabaña, entro en ella. El fuego que he encendido para desayunar sigue ardiendo: añado otro trozo de madera y abro el tiro.

Abro con un chasquido los cierres de mi maleta y saco los dibujos y el texto a máquina, *Cuentos populares de Quebec*; les será fácil reemplazarlo en la ciudad, lo mismo que mis princesas frustradas, el Fénix Dorado torpe y muerto como un loro momificado. Las páginas me abultan entre las manos; las quemo una a una para que el fuego no se apague, este ya no es mi futuro. Tiene que haber alguna forma de eliminar la maleta Samsonite; esa no se puede quemar. Le hago un corte con el

cuchillo grande, anulándola con una X.

Me quito el anillo de la mano izquierda, debo ahora liberarme definitivamente de mi marido: lo tiro al fuego, puede que no se derrita pero al menos se purificará, la sangre se quitará al quemarse. Todo lo que sea historia debe eliminarse, los círculos y las arrogantes páginas cuadradas. Rebusco bajo el colchón y saco los cuadernos, rompiéndolos, las señoras, los vestidos con cabezas de porcelana adornadas, los soles y las lunas, los conejos y sus huevos arcaicos, mi falsa paz, sus guerras, aviones y tanques y exploradores con casto; quizá al otro lado del mundo mi hermano note que se le quita un peso de encima, la libertad emplumándole los brazos. Incluso los guías, la milagrosa mujer doble y el dios con cuernos, han de ser codificados de nuevo. Las señoras de la pared también, con sus pechos de sandía y sus faldas de pantalla de lámpara; todos mis objetos.

Los suyos también, el mapa arrancado de la pared, las pinturas rupestres, legadas a mí por voluntad de mi padre; y los álbumes, la secuencia de la vida de mi madre, las fotografías reclusas. Mis propios rostros se rizan, ennegreciéndose, la madre y el padre de imitación se convierten en cenizas lisas. Es el tiempo lo que nos separa, yo era una cobarde, no les dejaba entrar en mi época, mi sitio. Ahora debo entrar en los suyos.

Cuando todas las cosas de papel se han quemado, rompo los vasos y platos y la pantalla de la lámpara. Arranco una página de cada uno de los libros, *Boswell* y *El misterio de Sturbridge*, la Biblia y las setas comunes y *Cómo construir cabañas de madera*, quemar todas las palabras llevaría demasiado tiempo. Todo lo que no puedo romper, sartén, cuenco de esmalte, cucharas y tenedores, lo tiro al suelo. Después de eso uso el cuchillo para dar un tajo grande a las mantas, las sábanas, las camas y las tiendas de campaña y al final mi propia ropa y la chaqueta de cuero gris de mi madre, el sombrero de fieltro gris de mi padre, los impermeables: estas cáscaras ya no hacen falta, las elimino, tengo que dejar un espacio libre.

Cuando no queda nada intacto y del fuego solo hay ascuas, me marchó, llevándome una de las mantas heridas, la voy a necesitar hasta que me salga el pelo. La casa se cierra con un clic tras de mí.

Desato mis pies de los zapatos y bajo a la orilla; la tierra está húmeda, fría, marcada de viruela por las gotas de lluvia. Amontono la manta sobre la piedra y entro andando en el agua y me tumbo. Cuando todas las partes de mi cuerpo están mojadas, me quito la ropa, despegándola de mi piel como papel pintado. Las prendas se mecen junto a mí, infladas, las mangas como cámaras de aire.

Mi espalda está sobre la arena, mi cabeza descansa en la roca, inocente como plancton; mi pelo se esparce, móvil y fluido en el agua. La tierra gira, reteniendo mi cuerpo sobre ella como retiene a la luna; el sol palpita en el cielo, llamas y rayos rojos latiendo desde él, cauterizando la forma errónea que me encasilla, lluvia seca

empapándome, calentando el huevo de sangre que llevo dentro. Meto la cabeza bajo el agua, lavándome los ojos.

Orilla adentro un somorgujo; baja la cabeza, luego la levanta otra vez y llama. Me ve pero me ignora, me acepta como una parte de la tierra.

Cuando estoy limpia salgo del lago, dejando mi falso cuerpo flotando en la superficie, un señuelo de tela oscila con las olas que hago, aprieta suavemente contra el muelle.

Ofrecían ropa como señal, antes; eso era parcial, pero los dioses son exigentes, absolutos, lo quieren todo.

El sol ha subido tres cuartos, me ha entrado hambre. La comida de la cabaña está prohibida, no se me permite volver a entrar en esa jaula, rectángulo de madera. Además, las latas y los botes están prohibidos; son cristal y metal. Me dirijo hacia el huerto y merodeo por él, luego me agacho, envuelta en mi manta. Pruebo los guisantes verdes mordéndolos en sus vainas y las judías amarillas crudas, escarbo las zanahorias de la tierra con los dedos, las lavaré en el lago primero. Hay una fresa tardía, la encuentro entre los hierbajos enmarañados y los chupones. Comidas rojas, color del corazón, son las mejores, son sagradas; luego amarillas, luego azules; las comidas verdes salen de una mezcla de azules y amarillas. Saco una de las remolachas y la arañeo para quitarle la tierra y la mordisqueo, pero la piel es dura, aún no estoy lo bastante fuerte.

Al ponerse el sol devoro las zanahorias lavadas, cogiéndolas de la hierba donde las he escondido, y parte de un repollo. El retrete está prohibido, así que dejo mi estiércol, caca, en la tierra y hecho tierra encima con los pies. Todos los animales con madriguera hacen eso.

Despejo una guarida cerca del montón de leña, hojas secas debajo y ramas muertas estiradas por encima con ramas de pino frescas entretejidas para cubrir. Dentro me acurruco con la manta por encima de la cabeza. Hay mosquitos, pican a través de la tela; es mejor no darles con la mano, el olor a sangre atrae a otros. Duermo haciendo relevos como un gato, me duele el estómago. Alrededor de mí el espacio cruje; sonido de búho, al otro lado del lago o dentro de mí, la distancia se contrae. Un ligero viento, las olas pequeñas hablando frente a la orilla, agua multilingüe.

La luz me despierta, se filtra a través de las ramas del techo. Me duelen los huesos, el hambre me ronda por dentro, la tripa un globo, el estómago un tiburón flotando. Hace calor, el sol está casi al mediodía, he dormido la mayor parte de la mañana. Salgo a gatas y corro hacia el huerto donde está la comida.

La puerta alambrada me detiene. Ayer pude entrar pero hoy no: lo están haciendo gradualmente. Me apoyo en la verja, mis pies, como garras, dejan huellas en el barro húmedo de la lluvia, el rocío, el lago rezumando a través del suelo. Luego noto un calambre en la tripa y me aparto y me tumbo sobre la larga hierba. Hay una rana, rana leopardo con manchas verdes y ojos bordeados de oro, un antepasado. Me incluye en su mundo, brilla, nada se mueve más que su garganta respirando.

Descanso en el suelo, cabeza apoyada en las manos, intentando olvidar el hambre, mirando a través de los hexágonos de alambre el huerto: filas, cuadrados, estacas, marcas. Las plantas se están desarrollando, crecen casi visiblemente, chupando humedad por las raíces y tallos carnosos, las hojas sudando, ruborizadas por los rayos del sol hasta ponerse de un verde violento, hierbajos y plantas legítimas por igual, no hay diferencia. Bajo tierra los gusanos se entrelazan, venas rosadas.

La verja es inexpugnable; puede mantener alejado todo menos las semillas de las malas hierbas, los pájaros, los insectos y el clima. Bajo ella hay un foso de medio metro de profundidad, pavimentado con cristales rotos, frascos y botellas hechos añicos y cubiertos de gravilla y tierra; las marmotas y mofetas no pueden meterse por debajo. Las ranas y serpientes la atraviesan, pero están permitidas.

El huerto es un montaje, un truco. No podría existir sin la verja.

Ahora entiendo la norma. No pueden estar en ningún sitio que esté delimitado, cercado: incluso si abriera las puertas y vallas no podrían entrar en las casas y jaulas, pueden moverse solo en los espacios intermedios, están en contra de los límites. Para hablar con ellos debo acercarme a la condición que ellos mismos han adquirido; a pesar del hambre debo resistirme a la valla, estoy demasiado cerca ahora para echarme atrás.

Pero debe de haber algo más que pueda comer, algo que no esté prohibido. Pienso en lo que podría cazar, cangrejos de río, sanguijuelas, no, todavía no. En el sendero las plantas comestibles, las setas, sé las que son venenosas y las que solíamos coger, algunas de ellas se pueden comer crudas.

Hay frambuesas en los tallos, ajadas y no muchas pero son rojas. Las chupo, su dulzor y acidez me traspasa la boca, los granos crujen bajo mis dientes. El camino, un túnel de frescor, una bóveda de árboles; al andar busco en el suelo formas que pueda comer, cualquier cosa. Provisiones, ellos me proveerán, siempre han favorecido la supervivencia.

Vuelvo a encontrar dos de las plantas de seis hojas. Arranco las tersas raíces blancas y las mastico, sin esperar a llevarlas al lago para lavarlas. Tierra endurecida

bajo mis uñas melladas.

Las setas siguen ahí, la blanca mortal, esa la reservaré hasta que esté inmunizada, dispuesta, y la otra amarilla, los dedos amarillos. A estas alturas muchas de ellas están demasiado viejas, arrugadas, pero arranco las más suaves. Las mantengo en la boca un largo rato antes de tragar, saben mustias, a lona mohosa, no estoy segura de ellas.

¿Qué más, qué más? Basta de momento. Me siento, envolviéndome en la manta, que está húmeda de la hierba; los pies se me han quedado fríos. Voy a necesitar más cosas, quizá pueda coger un pájaro o un pez con las manos; la lucha estará igualada. Dentro de mí ya está creciendo, toman lo que necesitan, si no lo alimento absorberá mis dientes, huesos, el pelo me saldrá ralo, se me caerá a puñados. Pero yo lo he puesto ahí, lo he invocado, el dios peludo con rabo y cuernos, ya formándose. Las madres de los dioses, ¿qué sienten, voces y luz relumbrándoles desde la tripa, se ponen malas, se marean? El dolor me estruja el estómago, me doblo, cabeza apoyada en las rodillas.

Lentamente desando el camino. Me ha pasado algo en los ojos, mis pies están liberados, se alternan, a varios centímetros del suelo. Soy cristalina como el hielo, transparente, los huesos y el niño que llevo dentro se muestran a través de las membranas verdes de mi piel, mis costillas son sombras, mis músculos gelatina, los árboles son así también, resplandecen, sus corazones brillan bajo la madera y la corteza.

El bosque salta hacia arriba, enorme, igual que era antes de que lo cortaran, columnas de sol congeladas; las rocas flotan, se derriten, todo es de agua, hasta las piedras. Hay un idioma que no tiene sustantivos, solo verbos mantenidos durante más tiempo.

Los animales no tienen necesidad de hablar, ¿para qué hablar si se es una palabra?
Me apoyo en un árbol, soy un árbol inmóvil.

Emerjo otra vez en el sol brillante y me arrebujó, la cabeza sobre el suelo.

No soy animal o un árbol, soy la cosa donde los árboles y animales se mueven y crecen, soy un lugar.

Tengo que levantarme, me levanto. Afloro de la tierra, rompo superficie, ahora estoy de pie; desgajada otra vez. Me pongo la manta sobre los hombros, cabeza hacia delante.

Oigo los arrendajos, chillando y chillando como si hubieran encontrado un enemigo o comida. Están cerca de la cabaña, camino hacia ellos subiendo la cuesta. Los veo en los árboles y sumergiéndose en picado entre los árboles, el aire

convirtiéndose en pájaros, siguen trinando.

Entonces la veo. Está de pie delante de la cabaña, la mano extendida, lleva su chaqueta gris de cuero; tiene el pelo largo, por los hombros al estilo de hace treinta años, antes de que yo naciera; está medio dándome la espalda, solo veo un lado de su cara. No se mueve, los está alimentando: uno se le posa en la muñeca, otro en el hombro.

He dejado de andar. Al principio no noto nada más que la falta de sorpresa: ahí es donde ella estaría, ha estado ahí de pie todo este tiempo. Entonces conforme miro y no cambia, me asusto, me quedo helada de miedo. Temo que no sea real, muñeca de papel recortada por mis ojos, dibujo quemado, si parpadeo desaparecerá.

Ella lo debe de haber notado. Mi miedo. Vuelve la cabeza tranquilamente y me mira, me traspasa, como si supiera que hay algo ahí, pero no logra verlo bien. Los arrendajos vuelven a chillar, se apartan de ella volando, las sombras de sus alas ondean en el suelo y ella desaparece.

Subo hasta donde estaba ella. Los arrendajos siguen en los árboles, graznándome; quedan unos restos de comida en la bandeja todavía, han tirado una parte al suelo. Levanto la vista con los ojos entrecerrados, intentando verla, intentando ver cuál de ellos es; dan brincos, sacuden las plumas, vuelven la cabeza, mirándome primero con un ojo, luego el otro.

Es de día otra vez, mi cuerpo salta fuera del sueño. Lo que he oído es una motora agrediendo. Ha faltado poco; estaban dando vueltas al entrar en la bahía y frenando y casi en el muelle cuando me he despertado. Salgo de mi madriguera correteando a cuatro patas, manta por encima, camuflaje de cuadros marrones, y corro retrocediendo agachada entre los árboles y me agacho, metiéndome como un gusano en un matorral, un avellano desde donde puedo observarlos.

Puede ser que les hayan enviado a buscarme, quizá los otros se lo hayan pedido, puede que sea la policía; o pueden ser excursionistas, turistas curiosos. Evans lo habrá contado en la tienda, lo sabrá todo el pueblo. O puede haber empezado la guerra, la invasión, son americanos.

No son de fiar. Me van a confundir con un ser humano, una mujer desnuda envuelta en una manta: posiblemente es eso a lo que han venido, si el bicho anda corriendo por ahí suelto, sin dueño, por qué no llevármolo. No van a ser capaces de saber qué soy realmente. Pero si averiguan mi verdadera forma, mi verdadera identidad, me van a pegar un tiro o hundir el cráneo y colgarme de un árbol por los pies.

Están saliendo en masa del barco ahora. Son cuatro o cinco. No veo claramente sus caras; los tallos y hojas me lo impiden; pero les huelo y el olor me da náuseas, es aire rancio, estaciones de autobús y humo de nicotina, bocas revestidas de felpa sucia, sabor ácido de cables de cobre o dinero. Tienen la piel roja, verde a cuadros, azul a rayas, y tardo un rato en recordar que estas son pieles falsas, banderas. Su piel real por encima del cuello es blanca y desplumada, con penachos de pelo encima, mezcla moteada de piel y no piel como salchichas mohosas o culos de babuino. Están evolucionando, están a medio camino de la máquina, la piel sobrante atrofiada y enferma, porosa como un apéndice.

Dos de ellos suben la cuesta hacia la cabaña. Van hablando, sus voces son nítidas pero me penetran los oídos solo como ruido, una radio extranjera. Debe de ser inglés o francés, pero no lo reconozco como ningún idioma que yo haya escuchado o hablado. Roces y gruñidos, están entrando, por la puerta o la ventana abierta, rechinar de sus botas dentro pisando el cristal roto. Uno de ellos ríe, clavo arañando una pizarra.

Los otros tres siguen en el muelle. Luego gritan: deben de haber encontrado mi ropa, uno está arrodillado. Puede ser Joe, intento imaginar cómo es Joe. Pero da igual, no me iba a ayudar, estaría de su parte; quizá él les haya dado las llaves.

Los dos salen de la cabaña y vuelven al muelle aporreando los pies, las pieles falsas aleteando. Se apiñan, gorjean y chisporrotean como una cinta acelerada, agitando nerviosamente los tenedores y cucharas de las puntas de los brazos. Quizá crean que me he ahogado, ese sería el tipo de error que cometerían.

Cállate digo, me muerdo el brazo pero no logro contenerme, la risa sale expelida.

Me asusta, paro enseguida pero ya es tarde, me han oído. Pies de goma pisoteando al salir del muelle y cabezas a prueba de bala moviéndose hacia mí, quiénes podrían ser, David y Joe, Claude el del pueblo, Evans, Malmstrom el espía, los americanos, los humanos, están aquí porque no he querido vender. No es mío, no es de nadie les digo, no hace falta que me matéis. Posibilidades del conejo: quedarte muy quieto, arriesgarte a que te vean; o salir corriendo.

Les saco una buena ventaja y no llevo zapatos. Corro silenciosamente, esquivando ramas, dirigiéndome al camino hacia el pantano, la canoa está ahí, es fácil alcanzarla primero. En pleno lago podrían cerrarme el paso con la motora, pero si entro en el pantano, entre las raíces de árboles muertos estaré a salvo, tendrían que vadear para alcanzarme, el barro está blando, se hundirán como bulldozers. Retumban detrás de mí, sus botas retumban, idioma ululando, lanzan señales electrónicas de ida y vuelta entre ellos, juu, juu, hablan todos a la vez, la voz de la razón. Suenan a metal, cargados con armas y placas de hierro.

Pero han completado medio círculo y se acercan, cinco dedos de metal convergiendo en un puño. Vuelvo atrás. Otros trucos: subir a un árbol, pero no hay tiempo ni árbol lo bastante grande. Agazaparme entre rocas, de noche sí pero ahora no y no quedan rocas, han regresado a la tierra justo cuando las necesito. Fuga, no hay alternativa, aunque estoy rezando el poder me ha abandonado, nada está de mi parte, ni siquiera el sol.

Tuerzo hacia el lago, hay una orilla alta aquí, un repecho empinado, casi todo arena. Remonto la cima y me deslizo cuesta abajo, aparentemente sobre una rodilla y un codo, cavando surcos, espero que no vean las huellas. Llevo la manta por encima para que lo blanco no se vea y me encorvo con la cara pegada a las raíces de árbol que cuelgan sobre el lado erosionado. Retorcidas: cedros. Tengo uno de los pies rajado, y el brazo, noto la sangre inflándose como savia.

Los tañidos y gritos pasan estrepitosamente a mi lado y continúan, más lejos, luego más cerca. Me quedo sin moverme, no te delates. Allá en el bosque se reagrupan: charla, risas. Puede que hayan traído comida, en cestas y termos, puede que se lo hayan tomado como un pícnic. El corazón se me tensa, destensa, lo escucho.

El sonido del motor arrancando me anima a seguir. Me arrastro sobre la orilla y me agacho tras el seto de troncos, si me quedo junto al agua pueden verme. El ruido avanza al salir tras el cabo y pasan disparados, a tiro de piedra. Los cuento, asegurándome, cinco.

Así es como son, no te dejan tener paz, no quieren que tengas nada que no tengan ellos mismos. Me quedo en la orilla, descansando, lamiéndome los arañazos; aún no tengo pelo en la piel, es demasiado pronto.

Emprendo el camino de vuelta hacia la cabaña, resentida con los dioses aunque quizá me hayan salvado, cojeando, me sigue saliendo sangre del pie pero no tanta. Me

pregunto si han puesto trampas; tendré que evitar usar mi refugio. Hay animales capturados que se arrancan los brazos y las piernas a mordiscos para liberarse, sería yo capaz de eso.

No he tenido tiempo para notar el hambre e incluso ahora el hambre es independiente de mí, no insiste; debo de estar acostumbrándome a él, pronto seré capaz de aguantar sin comida del todo. Después buscaré por la otra ruta, que llega al cabo de piedra; tiene arbustos de arándanos.

Al irme acercando al cobertizo, el miedo, el poder aparece, en las plantas de mis pies, saliendo de la tierra, un zumbido sordo. Se me prohíbe andar por los senderos. Cualquier cosa que haya tocado el metal, dejando cicatrices; hacha y machete han abierto las rutas, el orden se hace con cuchillos. Su trabajo no era el correcto, él era realmente un topógrafo, se aprendía los árboles, dándoles nombre y contándolos para que los demás pudieran nivelar y excavar. Eso ya debía saberlo él a estas alturas. Me echo a un lado, rodeando los sitios gastados por donde hayan pasado zapatos, descendiendo hacia el lago.

Está de pie junto a la valla, de espaldas a mí, mirando dentro del huerto. El último sol de la tarde cae oblicuamente entre los troncos de árbol de la cuesta, sobre él, nublándole con una bruma naranja, está ondulado, como metido en agua.

Se ha dado cuenta de que era un intruso; la cabaña, las vallas, las hogueras y los senderos eran violaciones; ahora su propia valla le excluye, como la lógica excluye al amor. Quiere que se acabe, abolir los límites, quiere que el bosque vuelva a fluir a los lugares que su mente asoló: una reparación.

Digo: «Padre».

Se vuelve hacia mí y no es mi padre. Es lo que mi padre vio, eso que ves cuando has estado aquí demasiado tiempo solo.

No tengo miedo, es demasiado peligroso para tenerle miedo; me mira durante un tiempo con sus ojos amarillos, ojos de lobo, no profundos pero luminosos como los ojos de los animales vistos de noche con los faros del coche. Reflectores. No me aprueba ni me desaprueba, me dice que no tiene nada que decirme, solo el hecho de sí mismo.

Luego su cabeza se aparta con un bamboleo extraño, casi tullido: no le intereso, formo parte del paisaje, podría ser cualquier otra cosa, un árbol, un esqueleto de ciervo, una roca.

Ahora descubro que aunque no es mi padre es en lo que se ha convertido mi padre. Sabía que no estaba muerto.

Desde el lago un pez salta.

La idea de un pez salta.

Un pez salta, pez de madera tallada con puntos pintados a los lados, no, un bicho pez con cornamenta dibujado en rojo sobre la roca del precipicio, espíritu protector. Cuelga suspendido en el aire, carne convertida en icono, ha cambiado otra vez, ha regresado al agua. ¿Cuántas formas puede adoptar?

Lo miro durante una hora o así; luego cae y se ablanda, los círculos se amplían, se convierte en un pez normal otra vez.

Cuando voy a la verja, las huellas están ahí, una junto a otra en el barro. Se me acelera la respiración, era verdad, lo he visto. Pero las pisadas son demasiado pequeñas, tienen dedos; coloco mis pies sobre ellas y descubro que son mías.

Al caer la tarde hago otra madriguera, más alejada y mejor escondida. No como nada, pero me tumbo sobre las rocas y bebo del lago. Durante la noche sueño con ellos, cómo eran cuando estaban vivos y haciéndose mayores; están en un barco, la canoa verde, saliendo de la bahía.

Cuando despierto por la mañana sé que se han marchado por fin, de vuelta a la tierra, el aire, el agua, dondequiera que estuvieran cuando yo les convoqué. Las normas se han acabado. Ya puedo ir a cualquier sitio, a la cabaña, al huerto, puedo andar por los caminos. Soy la única que queda viva en la isla.

Pero han estado aquí, confío en ello. Les he visto y han hablado conmigo, en el otro idioma.

Ya no tengo hambre pero me doy la caminata hasta la cabaña y trepo por la ventana otra vez y abro una lata de judías amarillas. Preferir la vida, eso se lo debo a ellos. Me siento con las piernas cruzadas en el banco de la pared y como las judías de la lata con los dedos, poco a poco, demasiado al principio es malo. Trastos tirados en el suelo, cosas rotas, ¿eso lo he hecho yo?

David y Anna han estado aquí, dormían en el cuarto del fondo; les recuerdo, pero indistintamente y con nostalgia, como recuerdo a las personas que conocí una vez. Ellos viven en la ciudad ahora, en un tiempo diferente. También le recuerdo a él, marido falso, aunque más claramente, y ahora no siento nada por él más que pena. No era ninguna de las cosas que yo creía, solo era un hombre normal, de mediana edad, de segunda categoría, egoísta y amable en las proporciones corrientes; pero yo no estaba preparada para lo corriente, sus innecesarias crueldades y mentiras. Mi hermano vio el peligro pronto. Sumergirse, unirse a la guerra, o ser destruido. Aunque debería haber otras opciones.

Pronto será otoño, luego invierno; las hojas cambiarán a finales de agosto; al llegar octubre la nieve empezará a caer y no parará hasta que llegue a la parte de arriba de las ventanas o la parte más baja del tejado, el lago se congelará totalmente. O antes de eso cerrarán las compuertas de la presa y el agua subirá, yo lo veré día a día, quizá por eso hayan venido en la motora, no para cazar sino para advertirme. En cualquier caso no me puedo quedar aquí para siempre, no hay bastante comida. El huerto se agotará y las latas y botellas se acabarán; mi vínculo con las fábricas se ha roto, no tengo dinero.

Si eran buscadores, volverán y quizá digan que me han visto, quizá que solo han creído haberme visto. Si no eran buscadores, no dirán nada.

Podría coger la canoa que está amarrada en el pantano y remar los quince kilómetros hasta el pueblo, ahora, mañana, cuando haya comido y tenga suficientes fuerzas. Luego de vuelta a la ciudad y a la permanente amenaza, los americanos. Existen, están avanzando, hay que ocuparse de ellos, pero posiblemente puedan ser vigilados y pronosticados y detenidos, sin tener que copiarles.

Ya no hay dioses que me ayuden, son cuestionables una vez más, teóricos como Jesús. Han retrocedido, de vuelta al pasado, dentro de la calavera, será ese el mismo lugar. Nunca se me volverán a aparecer, no puedo permitírmelo; desde ahora tendré que vivir de la manera normal, definiéndoles por su ausencia; y el amor por sus fallos, el poder por su pérdida, su renunciación. Los echo de menos; pero solo aportan una clase de verdad, una mano.

No hay salvación total, resurrección, Padre Nuestro, Madre Nuestra, rezo. Bajad a ayudarme, pero no funciona: menguan, crecen, se convierten en lo que eran, humanos. Algo a lo que yo nunca concedí ningún mérito; pero su inocencia totalitaria era la mía.

Intento pensar por primera vez cómo era ser ellos: nuestro padre, aislando su vida, protegiéndonos tanto a nosotros como a sí mismo, en medio de una guerra y en un país pobre, el esfuerzo que habrá supuesto mantener sus ilusiones de razón y orden benevolente, y quizá no lo hiciera. Nuestra madre, consignando las estaciones y el clima y las caras de sus hijos, los archivos meticulosos que le permitían omitir las demás cosas, el dolor y el aislamiento y lo que fuera contra lo que luchaba, algo en una historia desaparecida, nunca lo sabré. Ya están fuera de mi alcance, se pertenecen a sí mismos, más que nunca.

Dejo la lata medio vacía encima de la mesa y ando cuidadosamente por el suelo, los pies descalzos evitando el cristal roto. Doy la vuelta al espejo: en él hay una criatura, ni animal ni humana, sin pelo en la piel, solo una manta sucia, hombros agazapados hacia delante, ojos mirando azules como el hielo desde las cuencas profundas; los labios se mueven solos. Este era el estereotipo, briznas en el pelo, diciendo tonterías o no diciendo nada en absoluto. Tener alguien con quien hablar y palabras que puedan entenderse: su definición de la cordura.

Ese es el verdadero peligro ahora, el hospital o el zoo donde se nos mete, especie e individuo, cuando ya no somos capaces de arreglárnoslas solos. Jamás creerían que esto es solo una mujer natural, un estado de la naturaleza, eso se lo parece un cuerpo moreno en la playa con pelo lavado ondeando como pañuelos al viento; no esto, cara con barro seco y manchada, piel sucia y costrosa, pelo como una alfombrilla deshilachada llena de hojas y ramas. Una nueva clase de desplegable.

Me río, y sale un ruido como de algo muriendo asesinado: ¿un ratón, un pájaro?

Esto por encima de todo, negarse a ser una víctima. Si no puedo hacer eso, no puedo hacer nada. Tengo que retractarme, abandonar la vieja creencia de que no tengo poder y por ello nada de lo que pueda hacer afectará jamás a nadie. Una mentira que siempre fue más desastrosa de lo que habría sido la verdad. Los juegos de palabras, los juegos de perder y ganar se han terminado; de momento no hay otros pero deberán ser inventados, retirarse ya no es posible y la alternativa es la muerte.

Dejo caer la manta en el suelo y entro en mi habitación desmantelada. Mi ropa de repuesto está aquí, con tajos de cuchillo, pero me la puedo poner. Me visto torpemente, no estoy familiarizada con los botones; vuelvo a entrar en mi propio tiempo.

Pero traigo conmigo del pasado lejano de hace cinco noches al viajero del tiempo, el ser primitivo que tendrá que aprender, con forma de pez de colores ahora en mi tripa, experimentando sus acuosos cambios. La palabra hace surcos potenciales en su protocerebro, caminos desconocidos. No un dios y quizá no real, hasta eso es incierto; no puedo saberlo aún, es demasiado pronto. Pero lo asumo: si yo muero, muere; si paso hambre, pasa hambre conmigo. Puede que sea el primero, el primer humano verdadero; debe nacer, permitirle.

Estoy fuera en el huerto cuando viene el barco. No es Evans; es el barco de Paul, ancho y lento y pintado de blanco, lo construyó él mismo. Paul va atrás, junto al motor antigualla; delante va Joe.

Salgo por la verja y retrocedo entre los árboles, abedules blancos agrupados junto al camino, sin prisa, sin huir pero prudente.

El motor se corta, el morro del barco golpea el muelle. Paul se pone en pie con un remo, acercándose; Joe sale y amarra el barco y da varios pasos hacia tierra.

Grita mi nombre, luego se detiene.

—¿Estás aquí? —Eco—: ¿aquí, aquí?

Debe de haber estado esperando en el pueblo, los buscadores le habrán contado que me han visto, quizá él estuviera con ellos. Se quedó cuando Anna y David se marcharon en el coche, o fue a la ciudad con ellos y luego volvió a dedo, o andando, lo que importa es que está aquí, un mediador, un embajador, ofreciéndome algo: ¿cautividad en cualquiera de sus formas, una nueva libertad?

Le miro, mi amor por él tan inútil como un tercer ojo o una posibilidad. Si voy con él tendremos que hablar, las casas de madera son obsoletas, ya no podemos vivir en una paz espuria evitándonos uno al otro, como hacíamos antes, tendremos que volver a empezar. A nosotros nos hace falta la intercesión de palabras; y probablemente fallemos, tarde o temprano, más o menos dolorosamente. Es normal, es como ocurre ahora y no sé si merece la pena o siquiera si puedo confiar en él, le pueden haber enviado como una trampa. Pero no es un americano, eso lo veo ahora; no es nada, está aún a medio hacer, y por ese motivo puedo fiarme de él.

Fiarse es soltarse. Me tenso hacia delante, hacia las exigencias y preguntas, aunque mis pies no se mueven todavía.

Me llama otra vez, balanceándose sobre el muelle que no es tierra ni agua, manos sobre las caderas, cabeza echada hacia atrás y ojos oteando. Su voz está furiosa: no va a esperar mucho más. Pero de momento espera.

El lago está en silencio, los árboles me rodean, sin preguntar ni dar nada.

Glosario de términos que aparecen en francés

Anglais: Inglés (aquí se traduce por «inglesa» para que concuerde con «familia»).

Avez-vous du viande hâché?: ¿Tiene usted carne picada?

Ban oui: Pues sí.

Bienvenue: Bienvenidos.

Bière: Cerveza.

Buvez Coca Cola Glacé: Bebe Coca Cola Helada.

Caisse postale: Apartado de correos.

Defense de cracher sur le plancher: Prohibido escupir en el suelo.

Délicieux: Delicioso.

Des barbares: Unos bárbaros.

Gardez le droit: Manténgase a la derecha.

Ilfait beau: Hace buen tiempo.

Lac des Verges Blanches: Lago de las Cañas Blancas.

Loupgarou: Fantasma.

Petite vitesse: Velocidad reducida.

Solde: Rebajas.

Thé: Té.

Thé Salada: Té Salado.

Tranché: Cortado en rebanadas.

Très bon: Muy bueno.

Vers: Gusano; verso.

Vers libre: Verso libre.

Votez Godet, Votez Obrien: Votad a Godet, Votad a O'Brien.



MARGARET ATWOOD (Ottawa, 1939) escritora canadiense. Atwood inició su carrera literaria componiendo poesía, para luego comenzar a escribir relatos, así como novelas.

En cuanto a la temática de sus obras, es muy variada; trabaja desde la crítica literaria a la novela realista, pasando por la ciencia ficción, hasta la literatura comprometida en defensa de los derechos de la mujer. Su obra más conocida es *El cuento de la criada* (1985), novela con la que recibió premios como el Arthur C. Clark o el Los Ángeles Prize.

Otros galardones recibidos a lo largo de su carrera han sido el Governor General y el Príncipe de Asturias de las Letras, que le fue otorgado en el año 2008.

Notas

[1] Canadá es un país donde coexisten oficialmente el francés y el inglés. Manteniendo las palabras que aparecen en francés en el original, algunas con errores ortográficos, se incluye un breve glosario de términos franceses al final del libro. (*N. de la T.*) <<

[2] Se refiere a la Iglesia católica. Aproximadamente una tercera parte de la población canadiense es católica. (*N. de la T.*) <<

[3] «Lifesaver», literalmente «salvavidas» en inglés, es el nombre comercial de unos caramelos de sabores variados y con forma de flotador enormemente populares en América del Norte. En España su equivalente fueron los caramelos de la marca «Chimos». (*N. de la T.*) <<

[4] Conocida canción del estadounidense Vaughn Horton (1911-1988), cantante y compositor de estilo *hillbilly*, una variante del *country* sureño, cuyas canciones interpretaron Bill Haley y B. B. King, entre otros. (N. de la T). <<

[5] Personaje femenino de la serie estadounidense de dibujos animados Looney Tunes, de la compañía Warner Brothers, popularizado en los años treinta y coetáneo del famoso Porky Pig.(*N. de la T.*) <<

[6] Popular canción estadounidense anónima a menudo atribuida a Harry McClintock sobre la vida de los vagabundos rurales en la década de 1930. (*N. de la T.*) <<

[7] Nombre comercial de un refresco popularizado en Estados Unidos por dos personajes de cómic creados por el famosísimo Al Capp (1909-1979), cuyas tiras cómicas llegaron a tener millones de seguidores. (*N. de la T.*) <<

[8] Personaje de comic creado en 1948 por el estadounidense Al Capp (ver nota anterior), con forma de bolo, dos ojos como botones, un bigote de cuatro o cinco pelos desiguales y capacitado para satisfacer todas las necesidades de la humanidad. (N. de la T). <<

[9] Sagrada Virgen María. En inglés, B. V. M., Blessed Virgin Mary. (*N. de la T*). <<

[10] Conocidísima canción popular estadounidense escrita en 1940 por Jimmi Davis, que llegó a vender en su momento más de un millón de copias y luego cantarían Gene Autry y Bing Crosby, entre otros. (*N. de la T*). <<

[11] Marca estadounidense de carne de cerdo enlatada cuya fabricación comenzó en 1937 y que se hizo famosa al emplearse para alimentar a los ejércitos norteamericano, ruso y europeos durante la Segunda Guerra Mundial. (*N. de la T.*) <<

[12] Deportista canadiense nacida en 1928 y ganadora de una medalla de oro olímpica en patinaje artístico. (*N. de la T.*) <<

[13] La alternativa al himno nacional *O Canada* es el patriótico *Maple Leaf For Ever*, literalmente *Hoja de arce para siempre*, escrito por Alexander Muir, cuya primera estrofa se altera y con cuyo título se hace un juego de palabras. (N. de la T). <<

[14] Variante de la conocida canción inglesa *London Bridge*, cuya primera frase «London Bridge is falling down (El puente de Londres se está cayendo)» se sustituye por «Hitler's house is burning down (La casa de Hitler está en llamas)». (*N. de la T.*)

<<